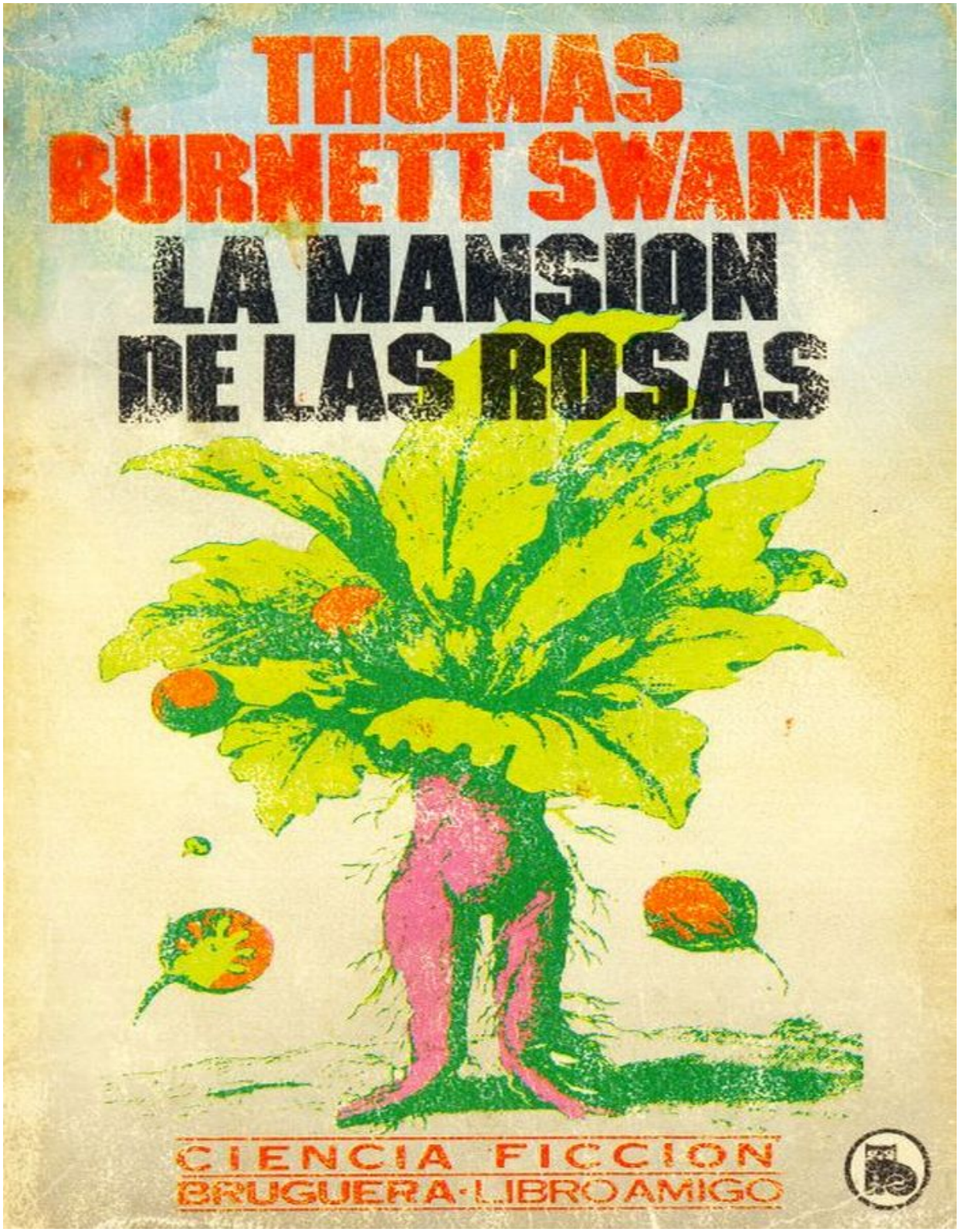
LA MANSIÓN DE LAS ROSAS
Thomas Burnett Swann



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

Hace ya nueve años, en nuestra segunda selección de ciencia ficción publicamos un delicioso relato de Thomas Burnett Swann, viajero, investigador y escritor británico, probablemente el más prestigioso cultivador de la narrativa histórico-legendaria en la actualidad.

El relato en cuestión se titulaba precisamente La Mansión de ¡as Rosas, y es posible que algunos de nuestros lectores asiduos aún lo recuerden, ya que no es una narración fácil de olvidar, ni siquiera después de tantos años: situada en la Inglaterra inmediatamente posterior a Ricardo Corazón de León, cuando en los bosques todavía resuena el nombre de Robin Hood, cuenta el sanguinario enfrentamiento de hombres y mandrágoras, y las aventuras de tres jóvenes que se dirigen a Londres con la idea de marchar a las Cruzadas.

En 1976, el autor fundió este relato con otros del mismo ciclo narrativo en una novela singular y patética, que es la que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Como ha dicho Theodore Sturgeon, Thomas Burnett Swann posee una prosa «llena de magia y de belleza, al margen de modas y tendencias», con la que, en la línea de Tolkien, narra sus «cuentos de hadas» a un auditorio contemporáneo. Unos cuentos de hadas que no se limitan a reproducir viejos esquemas, sino que suponen una aproximación lúcida y distanciadora a ciertos mitos y planteamientos que el hombre actual cree, un tanto fatuamente, haber dejado atrás.

A la vez que nos devuelve con raro poder de evocación el ambiente –tanto histórico como mitológico– de la Inglaterra medieval, el autor denuncia con eficaz y elegante sencillez la xenofobia, el maniqueísmo, el clasismo, el machismo, el fanatismo, el puritanismo y otros «ismos» que, por desgracia, han perdido bien poca vigencia desde el siglo Xlll hasta hoy.

Si, a juzgar por el extraordinario éxito de El Señor de los Anillos, hay que suponer que en el «civilizado» hombre contemporáneo está viva la necesidad de recuperar su pasado real y mítico, su historia obscura y sus esclarecedoras leyendas, la obra de Thomas Burnett Swann –y muy concretamente esta desmitificadora novela llena de ternura, poesía y fino humor– merece ser destacada como una contribución del máximo interés a la narrativa fantástica actual.

Carlo Frabetti

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar con gratitud la enorme deuda contraída en la redacción de este libro con A History of Everyday Things in England 1066-1499, de Marjorie y C. H. B. Quennell, así como con The Crusades, de Henry Treece. Con una sola excepción, las canciones citadas en mi relato son versiones modernizadas de poemas líricos anónimos de la Inglaterra medieval. La excepción es la «Canción del Unicornio», que es mía y se reproduce aquí gracias a la autorización de The Wings Press.

T. B. S.

Primera Parte

STEPHEN

I

Soy una mujer de treinta y cinco años, una mujer madura de quien, sin embargo, se dice, en esta época de sífilis y peste, de muerte temprana y prematura desaparición de la belleza, que sigue siendo tan bella como una de esas vírgenes bizantinas que flotan en el paraíso de un mosaico dorado y que llevan su pena como un manto de pétalos. Pero la pena no es un vestido sino más bien una desnudez, sobre todo para las miradas fisgonas, para esos seres de lengua de urraca que disfrutan ante el dolor... El feudo reclama un heredero... ¿Quién nos defenderá del bosque invasor, de los ladrones, de las mandrágoras?

Hace once años, cuando corría el año 1202 de nuestra era, Edmundo el Lobo, compañero de armas de mi marido, vino cabalgando a traerme la noticia de su muerte y a entregarme las riquezas que había conquistado antes de morir en batalla como consuelo para su viuda. Digo conquistado pero debería decir robado, en el saqueo de Constantinopla. Ya lo veis, éstos son tiempos en los que los hombres son como jovenzuelos rapaces y crueles, y están tan dispuestos a matar a un judío, un húngaro o un griego, como a un infiel; tiempos en los que los hombres sólo son felices si tienen en la mano una espada y pueden usarla en nombre de Dios. Ellos dicen que son las Cruzadas. Unos tiempos en los que muchachos que todavía no han crecido lo suficiente para ser el orgullo de sus padres, son los únicos que merecen el nombre de hombres.

Sin embargo, yo quise a mí marido, un normando pelirrojo tan alegre como suelen serlo los meridionales y muy distinto de los austeros varones de las tierras del norte. Me gustaba por su alegría, por su pelo del color de los ladrillos romanos, y porque me dejó un hijo.

Pero el código de las Cruzadas posee también, como si fuera uno de los malvados demonios de la sífilis, a los niños. El año pasado, Stephen proclamaba por Francia y Germania el mensaje que según él había recibido de Cristo, mientras Nicholas tocaba su irresistible flauta, y los niños les seguían obedeciéndoles como las mareas obedecen a la luna, y avanzaban como un mar de blancos e inmaculados vestidos hacia las playas de ese gran mar que es el Mediterráneo.

A Inglaterra no llegaron más que unos pocos ecos de esta locura. Es posible que nuestros muchachos no sientan inclinación por las visiones, pues al parecer prefieren la caza a las frías naves de las iglesias y las conversaciones con Dios. Pero aunque no afectó a la mayoría, la locura tocó a mi hijo. Se fue a Londres montado en su palafrén ruano, abrigado con un justillo de piel de cordero teñido del amarillo de la flor de la aulaga, ceñido por un cinturón de cuero del que colgaba una bolsa de color cervato en la que tintineaban monedas recién acuñadas. ¡Se fue dispuesto a embarcarse en un navío, ir a Marsella y unirse a Stephen! Pero Stephen y la mayor parte de sus soldados fueron vendidos como esclavos a los infieles, y Nicholas murió de la peste antes de llegar al mar... Mi hijo, con sus quince veranos recién cumplidos, al llegar a Londres fue a las orillas del Támesis en pos de un barco que le llevara al otro lado del Canal de la Mancha y cayó en manos de un bribón que tenía más del doble de su edad. El Diablo, creo yo, había poseído a los niños, había conseguido una hazaña que era como un guantelete que pensaba arrojar al rostro de Dios.

Pero Dios no es ciego. Antes de que transcurriera un año me envió otros jóvenes fustigados por la misma locura: John, un moreno normando; y Stephen, un chico sajón que se llamaba igual que el muchacho francés.

¡Pobre y orgulloso Stephen, cuánto desconfiaste de mí! Yo sólo quería el bien para ti, sólo

quería que pudieras atravesar sano y salvo los bosques de tu sueño. Stephen, el muchacho que, acompañado de John, adorado por Miriam, llegó a mí procedente de las tierras de las mandrágoras, de la guarida del Unicornio...

–¡Venid a la feria!

Lo decían igual que hubieran podido decir: «¡Venid a Tierra Santa!»

Stephen había ido a comprar cosas prácticas: lentejas que cocinar y lana que tejer, y también por una rara extravagancia, un pellizco de nardo para su madre, la mujer más bella de aquí a la ciudad de Londres. Pero, ¿cuánto no era capaz de regatear, mirar y probar, antes de comprar? ¡Y cómo le gustaba la jarana, cómo disfrutaba su libertad sacudiendo su dorada cabellera y mirando fijamente a una chica!

–¡Ruibarbo y espárragos!

–¡Sedas de Jerusalén!

–¡Espadas de Damasco, más afiladas que las de los infieles!

¡Ah, si hubiera sido tan rico como Ralph el Halcón, el señor del castillo! Los puestos en forma de tienda, brillantes como narcisos, se alineaban bajo la amplia y protectora sombra de la muralla. Habían venido mercaderes de Chichester Town, pero también había cruzados que exponían el botín traído a su regreso de Tierra Santa. Pero Stephen, alto, colorado, rubio, y lo bastante guapo para deslumbrar a una princesa sarracena, era simplemente el hijo de un siervo de la gleba. Jamás había realizado ningún viaje más allá del bosque donde cazaba, y las chicas que eran objeto de su amor sólo parecían princesas en sus sueños.

–Stephen.

La voz que pronunció su nombre era firme aunque no muy potente. El que le llamaba era John, hijo de Ralph el Halcón, que le miraba desde la puerta del recinto y le dirigía una sonrisa tímida y tanteante.

Si en lugar de ser un sajón conquistado Stephen hubiera sido un normando, hijo del pueblo conquistador, hubiera podido llegar a ser amigo de John. Pero era hijo de un vasallo y a su padre le habían cortado las orejas cuando un cordero que había enviado a su señor, el padre de John, produjo a tan temible caballero tal dolor de estómago que se pasó toda una noche haciendo viajes al garderobe que había en lo alto de la escalera.

–¡John! ¿No vienes a la feria?

–Mi padre me ha castigado. Tenía un faisán a veinte pasos y fallé. Dice que soy tan torpe como un...

–¿Cómo un siervo?

–Sí. No te lo quería decir. Tú no hubieses fallado.

–Ni tú tampoco lo hubieras hecho si alguien te hubiese enseñado a apuntar. Yo podría enseñarte, pero...

–Disfruta tú la feria –dijo el muchacho desapareciendo al otro lado del muro.

Se ha evaporado, pensó Stephen. Sacerdote, erudito, poeta: no pertenece a este castillo ni a este pueblo. Sólo el Cielo sería para él un hogar, el Cielo o el Valle de los Unicornios.

De todos modos, había ido a ver la feria, no a John. Ya había mirado todo lo que tenía que mirar y había llegado el momento de comprar. ¿Quién podía aconsejarle sobre el precio de las cosas? Había charlatanes de almibarada lengua que blanqueaban los huesos de un perro y los vendían haciéndolos pasar por reliquias de santos; otros que extraían el jugo de las violetas y fingían que era de nardo. Tenía que encontrar un amigo. Allí, en medio de la muchedumbre, vio a Timothy y a Leah. Eran tan viejos como los muros del castillo y los dos usaban bastón, pero eran amigos de sus padres y más listos que los mentirosos y ladrones comerciantes.

Había un tipo gordo lleno de verrugas, llamado Michael, que estaba regañando a la hijita de los viejos mientras Rachel, su esposa, asentía aprobadoramente con la cabeza.

–Está demasiado rolliza para ser hija de un villano. Y demasiado sonrosada. ¡Inglaterra está llena de pobres desde que terminaron los tiempos de Ricardo Corazón de León! –decía Rachel–. Demasiado rolliza y rosada, mientras que tú –añadió dirigiéndose a Timothy– no eres más que un pobre mendigo con la espalda encorvada. Creo que tenéis una mandrágora en la familia. ¿No tendríamos que someterla a la prueba?

Los ojos de Timothy desmintieron la calma de su voz cuando a continuación intervino con palabras precisas dichas sin gritar:

–Todo el mundo sabe que vino de la Tierra de las Hadas, cuando perdimos a nuestra Ann durante la peste. Ella logró que mi mujer no enloqueciera. Además, es demasiado obediente para ser hija del Pueblo de la mandrágora. Casi todas las que lo son, son pequeñas criaturas vanidosas que se pasan el día mirándose al espejo y probándose el último aroma venido de París.

–Rebecca no es una mandrágora –dijo.

Stephen.

Había acudido en busca de ayuda y empezaba a darla él. Para ocultar su ignorancia, habló en tono airado:

–¿Y tú qué sabes de mandrágoras, jovencito?

–Más de lo que parece –dijo Stephen adoptando el aire» de un sacerdote o un erudito, y tratando de dar la impresión de seguridad que proporciona el conocimiento, ya que no podía mostrar la que se adquiere con la edad–. Vinieron del norte, dicen algunos, cuando Ricardo se fue a la guerra y se llevó consigo a sus caballeros. El pueblo de la mandrágora excava túneles y planta semillas en tierra, y de ellas salen sus hijos. Y se han multiplicado tanto que hasta los lobos les temen.

–¿Todo eso sabes?

–A veces introducen a sus hijas en familias humanas. Pero nunca lo hacen con sus hijos. Desde el primer momento parecen vegetales. Les llaman también Árboles Acechantes.

–Vaya, qué listo es este joven. Pero yo te puedo decir más cosas aún. Hubo un caso en este mismo pueblo, cuando tú acababas de nacer. Un leñador que se llamaba Thomas encontró una niña en su hogar y se la quedó aconsejado por su esposa, que creía que era un hada. Y tenía miedo de lo que le pudiera ocurrir si no se la quedaba. Las hadas de los brezales no son hadas buenas sino muy fieras.

La niña creció y maduró, y se puso colorada como una manzana. Los padres cayeron enfermos, empeoraron y por fin murieron. La chica se quedó sola en la casa. La piel se le volvió más blanca que la cal. Y le creció barba igual que a un hombre, y además de color verde. Se pasaba todo el tiempo comiendo o sentada delante de un espejo mirándose y llorando. ¿Y sabes lo que era? Una mandrágora. Tuvimos que matarla. La quemamos en la hoguera.

Stephen sofocó un estremecimiento y dio a su rostro una expresión de burla.

–Ahora, cuando tenemos dudas, las sometemos a una prueba. Las pinchamos en un brazo o una pierna hasta que sangran. Si tienen la sangre espesa como resina, o de un tono más verdoso que rojo, les cortamos la cabeza y troceamos el resto. Es el mejor afrodisíaco del mundo. Lo dicen las Escrituras. Esta mañana he visto aquí en la feria a una de ellas, cortada en pedazos y secada al sol.

–Y hay otra que no ha muerto –dijo Rachel.

Era la clase de mujer que Michael se merecía por esposa: una mujer a la que le gustaban

más las zarzas que las rosas.

–Rebecca se pasa casi todo el día con mi pequeña Sarah –añadió– y parece el doble de rolliza que ella. Y Sarah se encuentra tan mal que hoy la hemos tenido que dejar en casa.

–Hay que poner a prueba a la niña –dijo Michael.

Blandió una hoja sarracena que más parecía una cimitarra que un cuchillo y cuya empuñadura estaba adornada con una media luna. La discusión había atraído a su alrededor toda una muchedumbre curiosa. Un cerdo cojo gruñía continuamente tratando en vano de llamar la atención. Y sólo los perros mestizos se fijaban en los magníficos quesos redondos expuestos allí al lado por un mercader.

–¿Dice que es una mandrágora?

–Desde luego. Tan cierto como que Dios echó a Lucifer del Cielo a patadas.

–Hay que quemarla.

–Mejor partirla en pedazos, zoquete. Los afrodisíacos que podrías sacar te darían más dinero que el que hace taita para pagar el rescate de Ricardo Corazón de León.

La muchedumbre miraba a la niña, escuchaba, señalaba y hacía ademanes, llamaba a los amigos y repetía la causa de la disputa.

Stephen no era un orador, pero tampoco era un cobarde:

–Como os atreváis a cortar a la chica en pedazos lo pasaréis peor que si cayerais en manos de los sarracenos.

Michael miraba ceñuda e interrogantemente al joven que le desafiaba. No podía apartar los ojos del oro que coronaba su cabeza como un halo ni de su estatura y su peso, que le asemejaban al ángel que vio Jacob.

–Mirad quién habla. El mayor conquistador del pueblo. ¿Qué, esperas a que Rebecca crezca lo suficiente para llevártela al pajar?

Stephen le agarró por el cuello de su zamarra y lo levantó del suelo, sosteniéndole en vilo mientras le decía:

–Cuando crezca lo suficiente se casará con un caballero y yo estaré en Jerusalén. Pero de momento estoy aquí, y vos no.

En lugar de soltar al hombre, le arrojó con todo su peso y sus verrugas de cara al suelo mientras el gentío se apartaba algo atemorizado. Pero enseguida sonaron unas risas asustadas que recordaban el graznar de una bandada de cuervos al lanzarse al asalto de un campo de cebada.

–Ven aquí, Rebecca –sonrió Stephen–. Este viejo trasgo malvado no volverá a molestarte.

Rebecca estaba más acostumbrada a las caricias que a las maldiciones. Tenía cuatro años, una maravillosa cabellera de un tono rojo y unos labios de color de capullo de rosa, y corrió a los brazos de Stephen.

–¿Vamos a jugar a la gallina ciega? –preguntó.

–En todo caso luego –dijo agradecido el padre de la niña–. Primero compra lo que hayas venido a comprar y luego comerás con nosotros. Bueno, si es que te gusta lo que traemos en nuestro cesto.

–Pero, ¿tendrán suficiente? –dijo Stephen, que había pensado que con aquella invitación podría ahorrar unos céntimos para comprar nardo.

–Siempre hay bastante para un amigo. Y ahora, ¿qué necesitas? ¿Nardo? Tengo un amigo en el que puedes confiar...

–¿Comeremos fuera de las murallas? –preguntó Leah, una mujer de elocuentes silencios.

En su opinión las palabras sólo debían utilizarse con alguna finalidad precisa, y nunca

como pasatiempo–. Rebecca se está poniendo nerviosa con toda esta gente.

El cerdo cojo acababa de inspirar unas rimas que no puedo repetir aquí a un trovador errante. Un espejo de cristal, rareza traída de Tierra Santa, había captado la atención de un enjambre de mujeres acostumbradas a los de bronce.

–Creo que será lo mejor. Aunque no sea frecuente, por una vez nuestro señor está en paz con sus vecinos. Las mandrágoras no se acercan al castillo. Y los lobos sólo vienen de noche.

Más allá de los muros, más allá del foso que se había convertido en un pozo de barro, extendieron sus sencillas provisiones en un campo de narcisos. Claro que a Stephen aquello no le pareció una comida sencilla, sino todo un banquete. Una tarta con una corteza ambarina, un queso de leche de oveja, un pan de jengibre untado con miel, y un barrilito de espumosa cerveza.

–Y ahora la siesta –dijo Timothy–. Como decía Ricardo después de cada botella, «Buena carne para comer, y un buen sueño después»

¡Un lujo después de otro! Una feria, un festín y una siesta. Stephen apoyó su cabeza en una pequeña elevación del terreno sembrada de narcisos, y sus ensoñaciones se convirtieron en parte de su sueño. Era un rey sajón como su tatarabuelo, en lugar de un villano sajón sometido a un señor normando, y combatía contra las mandrágoras y rescataba a una nubil princesa. Luego, como los hombres que a veces prefieren la compañía de los de su mismo sexo, reunió a sus camaradas y a sus perros, formó un ejército y marchó hacia Jerusalén.

Lo más curioso fue que le despertó un beso. Rebecca estaba arrodillada a su lado y apretaba sus labios contra su mejilla.

–Gran Stephen, ¿siempre me cuidarás?

–Siempre –le prometió él. Nunca se sentía capaz de negarle un favor a un niño o a una chica guapa; ni tampoco a un perro o a un amigo–. Ahora tendré que levantarme y regresar a casa. Es toda una caminata, Rebecca. Deja que ellos duerman, estaban muy cansados.

Se sentó haciendo un terrible esfuerzo; trató de levantarse. Una extraordinaria lasitud invadía su pesado cuerpo, como si estuviera convaleciente de unas fiebres. Se tocó la mejilla con una mano y recordó una historia popular que le reveló uno de sus amigos, uno que había viajado a Londres con un grupo de caballeros y habría regresado convertido, al menos para Stephen, en un hombre de mundo:

–Solamente los vampiros de Hungría atraviesan la piel. Las mandrágoras son mucho más sutiles. Te chupan la sangre a través de los poros y a veces parece que en lugar de vampirizarte quieran darte solamente un beso. Esto es, claro está, lo que hacen las hijas de las mandrágoras que se introducen en nuestras familias. Como debes saber, los varones viven en el bosque, y en lugar de sorberte la sangre, te devoran.

–Stephen –dijo Rebecca–, cuando estoy contigo no tengo miedo.

Hasta las mismas rosas debían envidiarle sus labios; su voz sonaba como el tintineo de unas campanillas colgadas de un manzano y agitadas por la brisa.

–No puedes levantarte, ¿verdad? –le dijo Michael–. ¿Todavía crees que no tendríamos que someterla a la prueba?

–¿Qué... qué quiere de decir? –dijo con mucho esfuerzo Stephen, pues su lengua se negaba a obedecer sus deseos.

La feria había empezado a dispersarse y el sol estaba a punto de ser tragado por los robles y los sicómoros, verdes y augustos recordatorios de que Inglaterra era un gran reino pero seguía siendo una enorme selva. La gente pasaba a su lado lanzándole miradas de curiosidad. Había mujeres que se cubrían la cabeza con la capucha de su capa, hombres con zamarras hasta la

rodilla y altas calzas; mujeres incoloras, envejecidas antes de tiempo; hombres que caminaban arrastrando los pies, pacientes en su pobreza.

–Mirad –les decía Michael a los que pasaban–. Ahí tenéis lo que queda del fuerte Stephen. Ahora mismo podrías derribar a un oso, ¿verdad, chico?

Stephen trató de ponerse en pie, cayó de rodillas, y por fin se levantó con un supremo esfuerzo para enfrentarse a una risa burlona y un par de ojos porcinos.

–Parece que ha ganado el oso –sugirió Rachel. Tenía una voz que sonaba como el rasgarse de la seda de un zarzal.

Michael, seguro de que había demostrado lo que quería, agarró a Rebecca y la atrajo hacia sí.

–No –dijo Stephen, tratando de gritar. Intentó seguir a Michael pero no podía dar un paso.

Relamiéndose y delectándose en la operación, Michael hizo la prueba con su hoja sarracena. En lugar de herida Rebecca parecía sentirse desconcertada. Cuando el acero mordió su carne no soltó un solo grito.

La hoja quedó cubierta de una sangre viscosa de un tono verde.

Michael se sentía triunfante.

–¡A quemarla! –dijo su esposa.

Timothy y Leah despertaron por fin de su sueño. Vieron lo que había ocurrido, se pusieron a gritar, y lucharon contra sus amigos.

–¡Quemadla, quemadla, quemadla! –repetían las voces desde el bosque hasta la muralla y desde la muralla hasta el bosque en una estruendosa y cacofónica algarabía de odio y miedo.

Michael, de un golpe diestro y seguro, le cortó la cabeza. Las venas y arterias de la niña parecían raíces.

–Es más fácil así. Además, nadie compraría sus cenizas.

Stephen, víctima de un terrible calambre, cayó derribado al suelo.

El sol, como un escudo de cobre eclipsado por los árboles, se había puesto. Su padre había regresado ya de los campos de cebada, y su madre esperaba con ansiedad a la puerta de su casa.

–He oído los aullidos de los lobos en la obscuridad –dijo–. Temía por ti, hijo. El castillo está muy lejos. Y hay muchos árboles y juncales... Stephen, ¿por qué lloras?

–He comprado las lentejas y la lana. Y aquí tienes. ¿Habías visto alguna vez una redoma tan bonita como ésta? Dentro está el nardo.

–¡Dios mío, si parece ámbar! Pero sé que te ha ocurrido algo, hijo. Nunca te había visto tan pálido.

Sólo en los ojos de su madre se notaban los años y los trabajos. El resto lo hubiera envidiado hasta la esposa de un conde, tal era la gracia de su cuerpo y la finura de los pequeños huesos de su rostro. Antes de la Conquista hubiera podido figurar en los salones de un castillo señorial. De hecho, ella afirmaba que descendía de un rey sajón. Siempre olía a clavo de especias y a bergamota, y se decía que una vez se encontró en los bosques con un unicornio que le había revelado el secreto de la Inmortalidad. Stephen la llamaba Mi Señora de los Narcisos, por el color amarillo de su cabello. Su única vanidad era negarse siempre a cubrirse la cabeza con una capucha.

Stephen la abrazó con una tosca y ansiosa ternura.

–Ha sido una mandrágora –dijo–. En la feria...

–Qué horrible.

–No, madre, no lo entiendes. Ha sido la pequeña Rebecca.

Stephen contó todo lo que le había ocurrido con una voz gris y sin vida. Pronto sería un hombre y no estaba bien que llorase.

Su madre le limpió una lágrima con el borde de la manga y le dijo:

–Pobre Stephen. En lugar de una feria has visto una ejecución.

–¿No hubiera sido mejor abandonarla en el bosque para que su gente la encontrase?

–No, porque entonces crecería y daría a luz a otras mandrágoras –comentó su padre. Siempre se acercaba silenciosamente, como si temiera el ruido de sus propios pasos–. Ya tenemos bastante que temer con los lobos, los ladrones y las guerras entre señores. Confórmate pensando que al menos la decapitación fue rápida. La niña no tuvo tiempo de sentir nada. De todos modos, me enorgullece saber que la defendiste hasta que se supo la verdad.

Su padre había sido el más apuesto y el más amable de los muchachos del pueblo. Ahora, la edad hacía parecer demasiado larga y delgada su cabeza, que parecía la empuñadura de una espada, y se había convertido en un hombre lleno de cicatrices y de piel apergaminada que recordaba una vieja silla de montar, de tantas horas que se había pasado trabajando duramente a la intemperie. Pero Stephen le quería tanto como a su madre.

–Tengo que dar de comer a Bucéfalo –dijo Stephen.

Su perro era un cruce de muchas razas, pero Stephen le había puesto el nombre que tuviera el caballo favorito de Alejandro Magno, aquel soñador y conquistador que, al menos para Stephen, era el más grande de los santos. El joven cogió al perro en brazos bajo el colgadizo de la casa. Para Stephen el tacto era más significativo que las palabras, y mientras tocaba a Bucéfalo, trató de olvidar a Rebecca. Pensaré en la persona más gentil que conozco aparte de mi madre; pensaré en John.

No podía saber que John y las mandrágoras, y también un Unicornio de graves ojos y fiero cuerno, se convertirían pronto no sólo en parte de su vida, sino también en su sueño y su pesadilla.

II

Para Stephen la feria no dejó recuerdos de los momentos que pasó con John, Leah y Timothy, sino solamente de Rebecca; no pensaba, al recordar la feria, en el nardo sino en la cicuta. Pero, ¿quién tiene tiempo de meditar mientras trabaja la tierra? Los campesinos de su pueblo trabajaban según el sistema de los tres campos: en uno cultivaban trigo, en otro avena y el tercero quedaba en barbecho hasta el año siguiente. El y su padre habían pasado una tediosa jornada trabajando los cinco acres que tenían en nombre de Ralph el Halcón, que a su vez los tenía en nombre de John el Cobarde, hermano del fallecido y querido Ricardo Corazón de León.

Aquel día tenían que sembrar avena. Stephen seguía a su padre a través de los campos, asustando a los codiciosos cuervos con certeras pedradas de su honda. Detrás de una colina, el variopinto ganado pacía en las tierras comunitarias junto a las que se extendían ondulantes viñedos, cuyas prometedoras uvas, grandes como nueces, atraían abejas y avispas y parecían apropiarse de sus zumbidos. La tranquilidad yacía como un manto sobre la tierra, pero más parecía símbolo de la muerte que del abrigo. Porque Ralph el Halcón era muy estricto en sus exigencias.

–Si no me pagáis con las cosechas me pagaréis con vuestras vidas –solía decir con altanería–. Sólo os pido una tercera parte de vuestras uvas y vuestro grano, y pollos y vacas y cerdos en la cantidad que yo decida, y la lana de los telares que guardáis en las chozas que tan magnánimamente os presto. ¿No soy un hombre generoso?

Mientras miraba a su padre, Stephen suspiraba y pensaba: «¿Cuántas veces tendré que sembrar hasta quedar tan roto como tú? Perderé el color dorado de mi cabello y la flexibilidad de mi paso; y perderé lo que hace que las chicas aleteen y arrullen como palomas cuando las miro. Un día sigue al otro; primero sembramos, después quitamos las malas hierbas y al final hacemos la cosecha, y lo único que diferencia un año de otro es la nueva novia. ¡Por las heridas de Cristo! ¿Acaso no llegaré nunca a blandir una espada en lugar de un azadón? ¿No llegaré nunca a luchar en Tierra Santa para gloria de Dios y desgracia del infiel? En Francia mismo hay otro Stephen que casi tiene la misma edad que yo y que marcha para unirse a Nicholas en el puerto de Outre-Mer. Yo estaré partiendo leña para el fuego mientras ellos combaten a los sarracenos...»

–Stephen –le gritó su padre–. Los cuervos se comen el grano.

Stephen los dispersó rápidamente con su honda.

–Padre, perdóname. No encuentro excusa.

–No hace falta, hijo. ¡Al menos podemos soñar! No todo el mundo puede embarcarse e ir a Jerusalén A algunos no nos queda más remedio que construir esa ciudad en nuestra imaginación. Vuelve con tu madre ahora. Llévale una corona de narcisos. Su destino es más duro que el tuyo o el mío. Tiene que trabajar sola, y ya sabes lo que le gusta que su casa desborde de invitados.

–Con nosotros basta y sobra.

–¿Cómo es que estás tan amargado últimamente, Stephen? ¿Te ha dicho que no alguna chica?

–Sí –dijo Stephen–, pero no es por eso, padre. Solemos creer que el tiempo es nuestro amigo porque nos trae la cosecha y los hijos. Pero me parece que últimamente se ha llevado más cosas de las que nos ha traído.

–Coge esas flores. Alegra a tu madre y ella nos alegrará a nosotros dos.

Tenían una casa de madera encalada; una casa humilde: no tenía más que una habitación, una ventana y un desván; una mesa, un banco, un juego de tazas de tierra cocida, y un mueble de madera donde guardaban la ropa, la lana y el ajo. (¿Humilde? «¡Tan buena como la de una reina! –solía decir su madre–. Aunque haya que agachar la cabeza, una vez dentro nadie quiere salir. Las hadas, siempre sabemos arreglar bien las casas.»)

–¡Stephen, me has traído narcisos!

–Se le ha ocurrido a padre.

–Me imagino que a ti también. Mira, los pondré al lado de la ventana para que les dé el sol.

–Yo quería hacerte una guirnalda para adornarte el cabello.

–Si lo prefieres, hazme la guirnalda. Yo soy un Unicornio que vive en los bosques de pinos, y tú, querido hijo...

–No es posible que seas un Unicornio –rió él–. Si lo fueras, ¿cómo podrías ponerte una guirnalda? A los unicornios sólo les gustan las vírgenes. Aunque quizás también se contentarían con un sacerdote.

–Pues, como no eres ni un sacerdote ni una virgen, tendrás que ser simplemente mi hijo, alguien de quien me siento muy orgullosa, y yo seré tu madre, Joahna, la mujer de un siervo. ¿Para qué necesitamos un Unicornio?

–Padre tenía razón –dijo él.

–¿Qué quieres decir?

–Que tú me animarías.

–Pero, ¡si eres tú quien me ha animado a mí!

–Es lo mismo. Ahora tengo que ir a cortar un poco de leña.

–Ya tenemos bastante para el fuego de la cena. Descansa en la silla de la ventana. Los chicos no tendrían que pasarse trabajando todo el día, desde que amanece hasta que se pone el sol, para después dormir durante toda la noche.

Necesitáis algún tiempo libre para las diversiones.

Stephen pensó: «¡Santo Cielo, se habrá enterado de lo de mis novias!»

Su madre le dio un beso en la mejilla y prosiguió:

–Todos los niños nacen con una u otra inclinación, un don o una maldición, que les otorga Dios, las hadas o un santo patrón, un don para las canciones y la alegría. Pero se interpone la pobreza. ¿Y qué puedes hacer? Darle a la pobreza tal paliza que la tumbes para siempre. Por fuerte que sea, dale duro en los lomos. Y si es hábil y cruel, apela a tu Alejandro Magno, tu santo guerrero. Lo que quiero decirte, hijo mío, es que tu vida tendría que ser algo más que un torneo de espinos. También tendrías que encontrar rosas. Creo que tú naciste para ser un joven alegre. ¿Por qué no vas al pueblo antes de que se haga obscuro y juegas un rato a la chueca? Creo que te llaman por ahí Stephen el Afortunado.

–Prefiero quedarme aquí contigo –dijo. Hizo una pausa, pensó un poco y volvió a hacer una pregunta que siempre le intrigaba–: ¿Es verdad que te encontraste con un Unicornio cuando eras una jovencita?

–Tengo que mantenerlo en secreto –sonrió ella–. Me lo has preguntado muchas veces, y otras tantas he tenido que pedirte que no lo hicieras. Si es cierto que me encontré a uno, no estaría bien que lo contara, ¿no es así?

–Hay gente que se los encuentra y luego lo dice.

–Hay gente que dice que se los ha encontrado. Lo dicen algunas mujeres que en mi opinión no tienen derecho a hacerlo.

–Pero podrías al menos decirme qué aspecto tienen. Sé que has leído cosas sobre ellos en un bestiario.

Tanto su madre como su padre eran tan capaces de leer un códice como los frailes del castillo, y se sabían de memoria citas de las Escrituras y habían estudiado las vidas de los santos. Pero nunca habían tratado de convencer a su hijo de que aprendiese a leer. («¿Estudiar a la luz de una vela? ¡Si por el precio de una vela puedes comprar un pan!»)

–Para los frailes y monjas el unicornio es el símbolo del alma –dijo ella–. Sus cuernos siempre señalan al cielo. Y, sin embargo, viven en la tierra, como todas las buenas gentes, y también tienen enemigos mortales.

–Las mandrágoras.

–Que simbolizan la lujuria y la pereza.

El sol poniente había teñido de oro su cabello. La túnica que llevaba, tejida en casa pero más azul que las flores del rapónchigo, envolvía su cuerpo en una suavidad de lana.

–Continúa, madre.

–Pero si ya te he contado todo esto mil veces, querido hijo.

–Háblame de la Tradición.

Ella se encogió de hombros y sonrió:

–¿Cómo quieres que te arregle la camisa si me haces hablar todo el tiempo de unicornios? Tengo que lavar la ropa, y tengo que hacer lejía con las cenizas de ayer noche. Estás convirtiendo a tu madre en una perezosa. Cuéntame tú algo, por una vez.

–Cuando muere una persona buena, no siempre va al Cielo. O al menos no siempre va directamente allí.

(Stephen veía un Cielo poblado de ángeles de cabezas rodeadas de halos luminosos que tocaban el arpa. Pero le gustaba más pensar en Jerusalén. Le parecía que tener alas era muy práctico, y que los halos favorecían, ¡pero las arpas...! Hubiera preferido que tocasen sordinos y tarabillas.)

–Si así lo desean –continuó– pueden quedarse en la tierra convertidos en Unicornios, y dedicados a proteger a sus seres queridos. Ya está. Ahora te toca a ti. ¿Qué aspecto tiene un Unicornio? No me dirás que es un ciervo que ha perdido una de sus astas...

–Tienen una piel tan suave como el ala de una mariposa. Sus cuernos están hechos de madreperla. Y cuando corren son más rápidos que el viento.

–Nunca he visto ninguno –suspiró él–. Ni de lejos. A veces he ido al bosque con los cerdos para que comiesen raíces, y otras me he internado a cortar leña. Una vez fui andando a Chichester para conseguir el alcanfor que necesitabas cuando estabas enferma. Y he visto lobos y ciervos, pero nunca me he encontrado un unicornio.

Ella le dio unos suaves golpecitos en la cabeza:

–A los chicos les gusta ir a cazar e ir de juerga. Es parte de su naturaleza, de su maduración. Y los unicornios son muy tímidos.

–Pero si consiguiera encontrar una virgen que quisiera venir conmigo al bosque...

–Quizás entonces se dejarían ver.

–Como el que tú te encontraste.

–Stephen, Stephen, ¿querrías que rompiera una promesa?

Su madre hizo una pausa en el telar y la distancia hizo que sus ojos se tiñeran del azul del cielo, como si en aquel momento estuviese contemplando su propia Jerusalén.

–Pues sea cual sea mi naturaleza, me gustaría ver uno. Quizás él podría llevarme a Tierra Santa.

–Jamás conseguirías que un Unicornio te llevase a una guerra –dijo ella–. Como no fuera una guerra centra el Pueblo de la mandrágora. Por otro lado, si Tierra Santa no pudo ser conquistada ni siquiera por Ricardo Corazón de León, ¿qué iba a poder hacer allí un muchacho?

–De no ser por lo cobardes que eran sus aliados, hubiera ganado la guerra. Si contásemos con el apoyo necesario, Jerusalén caería en nuestras manos como fruta madura.

–Pero me temo que hay muchas abejas que protegen esa fruta. ¿Y quiénes podrían ser tus aliados? ¿Los hijos de Francia y Alemania?

–Y los de Inglaterra. Bastaría con que un Unicornio nos diera su buena estrella.

–Anda, ya puedes ir a hacer mantequilla. Ya hemos hablado bastante de Unicornios.

Era de noche. La luna era una casa señorial de redondo marfil, y Miriam, como si fuera una princesa de Navarra, descendió a la tierra por un puente de curvada luz.

–Stephen –sonrió extendiendo una mano que al instante rompió su sueño porque ella, igual que él, era hija de un villano y su mano estaba roja de tanto trabajar.

–¡Qué magnífico jergón son las hojas! –dijo él. Stephen pensaba que sólo las princesas necesitan ser vírgenes.

–Mi querido Stephen –sonrió ella–. Eres un presuntuoso. Ya te he dicho que soy demasiado seria para ti.

–Eso seré yo quien lo decida. Me gusta que las chicas sean serias. No hace falta que sean juerguistas, me basta con que no se resistan.

–No es necesario que un chico y una chica hagan el amor para que sean amigos.

–Tengo todos los amigos que pueda necesitar. Tengo un perro, y tengo a William en el pueblo, y también a Anthony, el guardián.

–Yo en cambio no tengo. ¿Quieres ser tú mi amigo, Stephen?

En torno a su cabello castaño de normanda la luna había dibujado un halo dorado. En medio, sus ojos brillaban como un prodigio.

–De acuerdo –suspiró él–. Seré tu amigo. Pero no es lo mismo.

–No es lo mismo, pero eso no quiere decir que sea menos. Es diferente, nada más. Me has pedido que vaya contigo cuando partas hacia Jerusalén. Tengo que ser tu amiga, tu compañera de armas. Si me llevaras contigo como otra cosa, el amor te distraería de la guerra.

–Cierto –admitió él–. Para todos los cristianos lo primero son, o deberían ser, las Cruzadas. Creo que cuando termine la cosecha de este año iré a Londres y allí cogeré un barco para ir a Francia.

No era un sueño practicable, pues no se sentía capaz de abandonar a un nombre tan anciano como su padre y a una mujer tan sobrecargada de trabajo como su madre. Pero sí podía, de todos modos, continuar trazando planes con Miriam bajo el musgoso árbol, su árbol de Merlín, que tenía el mismo aspecto que el viejo mago con su larga barba.

–Pero necesitamos un guía –dijo ella. –Un Unicornio.

–¿Verdad que tu madre vio uno? –Nunca me lo ha querido confirmar. –Claro, no te lo puede decir. Pero, ¿te has fijado en lo joven que se mantiene? Para ella parece que no pasen los años. Debe de tener más de cuarenta, y casi todas sus amigas ya parecen ancianas. Ella en cambio conserva un cutis tan puro como la luna que hay encima de nuestro árbol, y tiene unas manos suaves y blancas, no como las mías, que están rojas y estropeadas.

–De todas maneras, ella no nos ayudará, no hay nada que hacer. Tendremos que encontrar un unicornio por nuestra cuenta. Lo malo es que cuando vas a buscar un unicornio te sale una

mandrágora y, ¡después de la muerte de Rebecca...! Seguro que están sedientos de sangre, más que de ordinario.

–Tengo entendido que no es que te los encuentres, sino que cuando menos te lo esperas ya lo tienes encima, y entonces te ahogan y te matan.

–Lo mismo les ocurre a las mandrágoras que consiguen entrar en nuestras familias. Michael saltó sobre Rebecca cuando menos se lo esperaba ella. A veces me pregunto cuál es la solución.

–Los problemas no siempre tienen solución. Tengo que irme, Stephen. Es tarde y mis padres deben de estar empezando a preocuparse.

–Porque estás aquí conmigo, ¿verdad?

–Sí –admitió ella–. Todo el mundo conoce tus costumbres.

–Dormir es morirse un poco. Preferiría seguir charlando.

–Mañana continuaremos.

Miriam rozó su mejilla con un beso rápido y fraternal y Stephen se preguntó si jamás llegaría a saborear sus labios.

–Buenas noches, Miriam. Hija de la Luna.

Stephen pensó: «Lo es a pesar de sus manos.»

Se separaron y cada uno emprendió el regreso hacia su propia casa. Miriam no era de las que temían las malas lenguas y siempre pensaba: «Yo me portaré bien. Si la gente cree que soy mala no es culpa mía. Peor para ellos.» Pero Stephen conocía la malicia de las mujeres cuando querían meterse con alguna chica soltera, y sabía muy bien que él tenía muy mala reputación y todo el mundo le consideraba un conquistador de jovencitas.

Cuando ya se encontraba cerca de su casa oyó ladrar a Bucéfalo. Por las noches le ataban con una cadena, pues cuando no lo hacían se dedicaba a recorrer los gallineros de los vecinos, con intención de proporcionar a su dueño un cambio de dieta y hacerle saborear, en lugar de queso, un buen muslo de pollo.

Stephen aceleró el paso y cogió al perro en sus brazos. Bucéfalo había perdido una oreja hacía tiempo en el curso de un combate con un lobo. Su pelo parecía barro. Los amigos de Stephen decían que era una tarta de barro. Tenía la cabeza grande, la cola larga y era corpulento.

–¡Qué, amigo! ¿Te sientes solo? Yo también. Pero podemos hacernos compañía.

El ladrido de Bucéfalo se convirtió en un frenético gañido.

–¡Calla, calla, amigo! ¿Quieres despertar a todo el mundo? No, lo que quieres es decirme algo, ¿no es cierto?

Un ladrón, un leproso, un lobo... El bosque estaba preñado de todos aquellos peligros para los que el castillo no constituía más que una débil defensa. Stephen soltó rápidamente la cadena de Bucéfalo.

Seguido por su perro, Stephen fue hacia la puerta de la casa. Estaba todavía abierta, en espera de su regreso, pero abierta también para todos, tanto amigos como enemigos.

En la habitación obscura, iluminada solamente por los rayos de la luna, Stephen vio tres cuerpos blancos, acurrucados y agrupados. «Leprosos –pensó–. Han venido a robarnos la comida.» Sus ropas andrajosas estaban amontonadas sobre sus cuerpos.

Al notar su presencia los tres trataron de huir. Cuando se movieron Stephen percibió un olor tan desagradable como el de las ciénagas de los brezales y un grito que recordaba el aullido de una fiera herida. Bucéfalo retrocedió sorprendido como un potro asustadizo y le tiró al suelo. Desde allí vio tres espaldas rígidas a la luz de la luna.

Pero no eran espaldas, eran troncos, una horripilante imagen de miembros retorcidos. No, no eran ni siquiera árboles. Les faltaba la naturalidad del tronco y sus ramas. Eran distorsiones. Perversiones. Eran árboles que fingían ser hombres. Eran mandrágoras...

–¡Madre! –susurró, aunque no sabía quién le estaba escuchando–. ¡Le cuelga el brazo de una forma muy extraña! ¡Y el rostro de mi padre está ensangrentado! ¡A la luz de la luna parece negro...!

–Calla, muchacho. Ya has visto bastante para esta noche.

–«Bucéfalo y yo hemos tratado de detenerles. Pero antes tenía que cuidar a mis padres.

–Y así lo has hecho.

–Pero ahora ya podemos ir a perseguir a las...

–Todavía no. A las mandrágoras no se las puede perseguir de noche. Toma, bébete esto.

Era una pócima amarga y espesa, y al ingerirla Stephen recordó el barro que había visto a la puerta... Luego, al cabo de un instante, dejó de pensar.

Ascendió escalón a escalón las escaleras de la conciencia, como un cojo sin muletas... Al final había una luz... voces, muchas y hoscas... Ralph el Halcón.

–La casa la emplearemos para hacer leña. Ya no sirve para que nadie viva en ella. Está demasiado aislada, como quedó demostrado con lo ocurrido ayer noche.

(Lleva un abrigo forrado de piel. Sus zapatos tienen las puntas de cuero y brillantes botones de cobre.)

–Seguramente vinieron a vengar la muerte de aquella niña en la feria. Se llamaba Rebecca, me parece. Siempre eligen la casa más apartada.

–¿Y el chico? –dijo el gran señor. Tenía la piel colorada de tanto beber vino, y olía muy mal–. ¿Sirve para algo?

–Sabe tratar los animales.

–Necesito un chico para los perros. Que cuide de mis podencos. El que tenía antes se dormía demasiado a menudo. Tuve que adoptar medidas.

–No –dijo Stephen con voz débil y buscando con dificultad las palabras–. No. A mí no me gustáis vos. No quiero cuidar vuestros perros. No soportaría veros darles patadas como soléis hacer.

–Cuando esté un poco más despierto traedle al castillo.

–Llora, Stephen. Llora cuanto quieras. Los demás ya se han ido.

Una mano tímida, como el ala de una mariposa, se acercó hasta tocarle el brazo. ¡John!

–Yo también lloré cuando murió mi madre.

–¿Es cierto, John?

–Sí, pero no quedó nada de ella. No era lo mismo.

–Mi madre yace sin sus narcisos. Y mi padre..., hubieran debido taparle las orejas. Le daban mucha vergüenza.

–Pero ahora me tienes a mí. Podría buscar a tu perro, te haría compañía. Ya sabes que escapó sin que le ocurriese nada.

–¿No te importaría buscarlo?

–Haré lo que me pidas, Stephen.

–Pero no vayas ahora. Todavía no.

–¿No quieres que me vaya ni siquiera para buscar a Bucéfalo?

–¡Sabes cómo se llama!

–Desde luego. Le envidio porque su amo es amigo suyo.

–Pero, ¿tengo algún amigo aparte de él?

Stephen notó el abrazo del muchacho que penetraba en él como un calor repentino y sutil, parecido al que notaba todos los días cuando el sol se encaramaba por las mañanas por el alféizar de su ventana. Era un color vacilante, casi incorpóreo, y más agradable que todas las riquezas de Francia o de Roma.

–Sé un lugar que tiene propiedades curativas –dijo John–. Ven, dame la mano. Con tantas lágrimas no podrás ver el camino.

Era el césped que había bajo el árbol de Merlín.

–Cuando mi padre me pega, siempre vengo aquí a descansar. Sólo aquí puedo sentarme. Te he visto venir algunas veces con una chica. Se llama Miriam, ¿verdad? La que tiene cara de santa.

–Pues nosotros no te hemos visto nunca, John.

–Ya lo sé. Hasta el día de la feria yo creía que nunca te fijarías en mí. Pero aquel día me sonreíste y hablaste conmigo. Por eso he venido hoy, y por eso me he quedado después de que los demás se fueran.

–Hace ya mucho tiempo que me había fijado en ti, cuando se murió tu madre y tú eras todavía muy pequeño. Pensé que podía invitarte a venir a casa para tomar un pedazo de queso y un trago de cerveza, que era todo lo que podíamos ofrecerte. Pero como eras el hijo del señor de estas tierras, no me atreví a dirigirte la palabra.

–Te comprendo; recuerdo que mi padre estaba borracho. Pero si me hubiera pillado con el hijo de un plebeyo, que encima era sajón, no me hubiera podido sentar en todo un año. Duermo en el gran salón con los de los caballeros, y mi padre quiere que no tenga más amigos que ellos, pero no soy amigo de ninguno. De todas formas, ahora ya no me importa que me sorprenda contigo. –¿De verdad, John?

–Me prometiste que me enseñarías a tirar con arco, ¿te acuerdas? Y yo podré enseñarte todo lo que he aprendido del fraile. Por ejemplo, cuántos ángeles caben en la cabeza de una aguja, o los nombres de todos los diablos que hay en el infierno.

–¿Y sabes muchas cosas de los unicornios? –No mucho. Creo que prefieren a las vírgenes.

–No importa. Puedes hacer que te hable de las mandrágoras, y después me lo cuentas. Tengo intención de perseguir a las que mataron a mis padres.

–No me extraña. Tu madre era la mujer más hermosa de todo el pueblo. Todo el mundo lo decía. Joahna, la Señora de los Narcisos. Cuando murió mi madre, la tuya me mandó una corona de violetas.

–¿Lloraste mucho cuando murió? ¿Cuánto tiempo?

–¡Una semana entera!, y no comí nada. Todo lo que recuerdo es que tenía la sensación de que no paraba de llover. Supongo que era porque todo me parecía gris entonces. Así debes de sentirte tú ahora.

–Siempre me sentiré así.

–No, Stephen. Siempre hay muchos recuerdos, y algunos de cosas buenas. Y dentro de un tiempo podrás olvidar. ¿Sabías que a mi madre le gustaban más las guirnaldas de flores que el oro y las joyas? A veces se ponía una corona de caléndulas para ir a las fiestas, y mi padre le decía furioso: «¿Y dónde están los rubíes que robé para ti en Hungría?» Creo que tu madre también era así. Bien, me parece que tendré que llevarte a las perreras. Me temo que tendrás que dormir sobre la paja. Enseguida olerás a perro y todos olvidarán tu nombre y te llamarán

el chico de los perros. Todos menos yo, claro.

–¿Puedo llevar a Bucéfalo a vivir conmigo allí?

–No, es un perro mestizo. Mi padre sólo cría podencos.

–Me parece que para él los sajones somos como perros mestizos.

–Para mí no. Tú tienes la sangre más pura, y, además, siempre te he tenido envidia por el color amarillo de tu cabello. Se me ocurre que quizás podrías regalar a Bucéfalo a alguien que viva en el pueblo.

–¡Sí, y así podría escaparme por las noches e ir a verle!

–Sobornaré al guardián de la puerta para que no se lo diga a mi padre. Claro que si se pusiera enfermo un perro te echarían a ti toda la culpa y te darían una buena paliza.

–No me importa.

–Ya me lo imaginaba. Ah, y otra cosa, vivirás dentro del recinto amurallado, y cuando mi padre se vaya de casa podré ir a verte todos los días.

Stephen pensó que a partir de aquel momento tendría muchas chicas a su alcance y que además podría ser amigo de los chicos que vivían en el castillo. Por otro lado, todos los perros eran amigos suyos.

Pero John estaba por delante de todos ellos.

Sí, incluso por delante de Bucéfalo.

III

Stephen dormía en un jergón de paja en una buhardilla situada encima de la perrera, pero dormía con un sueño ligero porque siempre tenía que estar atento a los gemidos de los perros que se habían herido al cazar o a los gritos de una hembra embarazada. Por las mañanas tenía que levantarse antes de la salida del sol para alimentar a los perros con las sobras de la cocina del castillo. Su señor era muy generoso con la comida –aunque solamente con la que se servía en su mesa– y las sobras eran muy abundantes. Stephen partía los huesos para que los perros pudiesen masticarlos, echaba a un lado los que eran demasiado duros, y trataba de satisfacer el gusto de cada uno de los animales: huesos de cerdo para Cayo, de cordero para Julio y Nerón... El comía lo mismo que los perros, pero no estaba tan mal porque ahora comía carne y antes tenía que conformarse con queso y pan.

Nunca le invitaban a participar en las cacerías ; al fin y al cabo no era más que sajón, un plebeyo, el chico de los perros, cuyos deberes estaban limitados al trabajo que tenía que hacer en el castillo. En cuanto veía al señor montado en su caballo como si se tratara de la mitad humana de un centauro, le llevaba sus perros más rápidos, siempre deseosos de correr y difíciles de sujetar.

Todos los perros sin excepción le querían y le obedecían; por su parte, Ralph y los demás caballeros le ignoraban. Esto era señal, según decía John, de que les gustaba cómo trabajaba, porque su predecesor, en cambio, recibía azotes bastante a menudo debido a sus frecuentes e inexplicables desapariciones. Una mañana que la caza había ido especialmente bien –tres ciervos, un zorro y un gran jabalí– el señor del castillo le dijo en un tono despreocupado que era lo más cerca de la ternura que podía llegar Ralph el Halcón:

–Los perros corren.

Fue el primer y último cumplido que oyó Stephen. Pero no necesitaba que le hicieran cumplidos por su trabajo. Prefería, por otro lado, recibir en las perreras la visita de su mejor amigo, John, los días que su padre se iba a cazar. Era un chico delgado, y siempre llevaba una túnica verde hasta las rodillas que hacía resaltar el intenso verde de sus ojos, un verde más verde que el de los espárragos. Su pelo moreno se ensortijaba encima de sus orejas y caía sobre su espalda como un racimo de uva. Contra las costumbres corrientes, incluidas las del propio Stephen, John se bañaba en su aguamanil siempre que tenía una oportunidad. Siempre olía a tinta, hierba y aguleña.

Acercándose tímidamente a Stephen por detrás, le dijo tocándole la espalda:

–¿Puedo ayudarte?

–No hace falta, John. Cayo tiene una espina clavada en la pata, pero ahora se la quito. ¿Lo ves? Ya la tengo. Vaya, era bastante grande, ¿verdad, amigo? Corre ahora. Pronto dejará de dolerte.

–¿Podemos hablar?

Nadie, excepto su madre, había prestado tanta atención a sus palabras. John se quedaba mirándole con unos ojos muy despiertos que mostraban que entendía lo que le iba diciendo; asentía a sus preguntas y sonreía con aprobación cuando Stephen hacía sus afirmaciones. Y parecía que disponía las orejas como un perro o un zorro cuando de repente oyen algo extraño y se esfuerzan por averiguar qué es. No quiere esto decir que John se pareciera a un animal. A lo que más se parecía era a uno de los valientes niños mártires del Libro de los Santos: era flaco, pálido, ascético, bello y religioso. Stephen nunca llegó a darse cuenta de que, más que a

Jesucristo, John le adoraba a él. Stephen era orgulloso, sabía tratar a los animales, sabía tratar a las chicas (a todas menos a Miriam, de quien seguía sin conseguir ni un beso), pero por otro lado no era más que el chico de los perros, alguien que aspiraba a llegar a ser un caballero pero todavía no lo era. En cambio, John era un santo. Y Stephen decidió encargarse de que su amigo no fuera convertido en un mártir por su severo padre, los picaros pajes o las acechantes mandrágoras.

Gracias a John y a los perros Stephen disfrutaba de la vida y sólo echaba de menos a sus padres, cuyo recuerdo siempre estaba presente para él. La imagen que más grabada se le había quedado, sin embargo, era la que vio la horrible noche de su muerte, una imagen que se le aparecía una y otra vez en sus pesadillas nocturnas. Por otra parte, los altos muros del castillo, con sus cuatro torreones en las esquinas y sus piedras ennegrecidas por el tiempo y los incendios padecidos en los sitios, pesaban sobre él como una enorme mandrágora. Y en su interior soñaba en su casita, con su única ventana adornada de narcisos.

Desde luego, no siempre vivía bajo el peso del dolor; raras veces lloraba, y había momentos en que era capaz de olvidar. Y encontraba consuelo en sus correrías, cuando se levantaba la fría y gris neblina y dejaba ver de repente el púrpura del brezal, un nido de perdiz o las huellas de un zorro. Pero a pesar de todo esto no olvidaba su propósito de matar a los asesinos de sus padres, y John, el erudito, le prometió convertirse en soldado y acompañarle en su arriesgada empresa.

–Una vez herí a un lobo –recordó un día–. Le di en el hocico con una piedra y abandonó la idea de comérseme. Esas mandrágoras que... que... que mataron a tus padres..., son peores que un lobo. Pero si tuviera la más mínima oportunidad, te juro que las apedrearía.

–Entonces tendrás que aprender a usar la honda. Yo te enseñaré –le dijo Stephen–. Pero lo más importante es que encontremos un guía.

–Para que nos conduzca a donde están sus guaridas, ¿verdad?

–Exacto.

–Entonces lo que necesitamos es una virgen. Si no, no les encontraremos. Eso es lo que dice el fraile que me enseña. Pero, si llegamos a verles, ¿cómo sabrás cuáles son los tres que tú quieres matar? Sólo les viste de espalda a la luz de la luna.

–No importa. Mataremos a todo lo que se parezca a un árbol y ande como un hombre Si no conseguimos matar a los tres asesinos, como mínimo conseguiremos que no sea tan peligroso internarse en el bosque.

Pero John no estaba muy seguro.

–Las mandrágoras viven su vida –le dijo a Stephen–. Me parece que tendríamos que matar a los que asesinaron a tus padres, pero que a los demás deberíamos dejarles vivir en sus madrigueras.

–¿Tienes miedo, amiguito? Si lo prefieres, quédate en el castillo.

–Iré contigo –dijo John–, pero creo que no hay que matar a nadie si no se tiene algún motivo. A los sarracenos no les matamos porque tengan la piel obscura, ¿no es así? Les matamos porque deshonraron a Jesucristo robando su casa y llevándose las reliquias.

–Perdóname, John. Ya sé que no tienes miedo.

Era fácil reconocer y respetar los sentimientos compasivos de John. No era tan fácil, en cambio, cultivar este mismo sentimiento y distinguir a tres miembros de aquella raza asesina. Después de todo, pensaba Stephen, él mismo había salido en defensa de una niña que procedía precisamente del pueblo que había enviado a tres asesinos contra su padre y su madre.

–Lo más difícil de todo –dijo Stephen– es encontrar una virgen.

John confesó su sorpresa:

–La Iglesia habla claramente acerca del pecado de la fornicación. Yo creía que la mayor parte de las chicas del pueblo eran vírgenes.

–Casi ninguna lo es.

–Bueno, pero tú debes conocer a las que lo son. Según tengo entendido, todas son... amigas tuyas.

–Eso es lo que me preocupa –dijo Stephen–. Yo tengo muchas amigas, y si piensas que todos los demás chicos deben de tener también al menos una amiga cada uno, y seguro que me quedo corto, ¿cuántas vírgenes nos quedan?

(Stephen no sabía contar de otra manera.)

–Es posible que unas pocas chicas den placer a todos los chicos –sugirió John, para quien la virginidad era algo tangible como una gema de Tierra Santa, como una «preciada perla». Sabía que Stephen había robado muchas perlas, pero Stephen era amigo suyo, de modo que si había algún culpable tenían que serlo las chicas, del mismo modo que cuando roban a un granjero, si se trata de uno descuidado que se olvida de cerrar la puerta de su casa, se le puede echar la culpa a él.

–Casi todas las chicas se divierten con todos los chicos –dijo Stephen. Después añadió con tacto–: Las que tienen más de doce años, claro. ¿Te he cantado alguna vez mi «Canción del Unicornio»?

–No. ¿Es una balada?

–Podríamos decir que sí. Mi madre me ayudó a hacer las rimas.

Stephen la cantó con una voz que, si no era melodiosa, al menos era potente:

Sí el unicornio de grave mirada
quieres atrapar, dicen los sabios,
no uses de cebo tu cuerno de caza,
sino una muchacha de vírgenes labios.

Me asombra ver que ya hace años
que nadie captura animales tan bellos,
y me pregunto ante este hecho extraño
si lo que faltan son unicornios, o cebos.

–Tenemos que encontrar el cebo –dijo John.

–Tenemos a Miriam, porque aunque detesto la idea de exponerla a un peligro, creo que reúne las condiciones.

–Si te ha rechazado a ti, debe de haber rechazado a todos los demás.

–No creas, no soy la única anguila de la charca –dijo Stephen–. Thomas la perseguía sin cesar, y creo que a ella le gustaba. Se encontraban por la noche debajo del árbol de Merlín. Una vez le pregunté qué hacía allí con él, y me dijo que trataba de salvar su alma. De todas formas, es imposible averiguar el método que utilizará una chica inexperta.

El fraile del castillo predicaba sermones aburridísimos en los que condenaba todos los placeres terrenos, pero, por otro lado, debido al ejemplo que daba el propio señor del castillo, la influencia de la iglesia, tanto en el recinto amurallado como en el pueblo, era muy reducida. Además, los jóvenes apenas tenían otras distracciones que la gallina ciega y la chueca, juegos

mucho más aburridos que «ir a buscar flores».

–No hay más remedio que preguntárselo a ella –dijo John.

–Es imposible. Las chicas también tienen su orgullo.

–De acuerdo, pero no podemos perder tiempo. Llevas dos meses trabajando con los perros.

Con ayuda de Anthony, un joven que sin saberlo había contribuido a aumentar la dificultad de su búsqueda, Stephen concertó una entrevista con Miriam debajo del árbol de Merlín. Era precisamente Anthony, guardián de las puertas del castillo, el amigo al que Stephen había encargado el cuidado de Bucéfalo. Era un joven muy simpático que le dejaba salir del castillo de vez en cuando y también ir a visitar a su perro.

–Yo también iré –anunció John.

Stephen negó con la cabeza:

–No nos lo dirá si estamos los dos delante.

–Yo he estudiado dialéctica y conozco trucos que nos permitirán arrancarle la verdad. A veces la gente no sabe qué decir y se le traba la lengua. Basta saber llevarla de forma que se ponga ella misma en un aprieto.

A pesar de su timidez, John era mucho más elocuente que su padre, que generalmente hablaba con gruñidos.

–La verdad es que no sé...

–¿Qué es más importante, encontrar una virgen o salvar el orgullo de una chica? –dijo John, cuya timidez ocultaba al parecer una voluntad inflexible.

–Entonces, de acuerdo. Será esta noche. .

Miriam apareció sonriente detrás de un sicómoro y se quedó helada, como si acabara de ver un lobo o una serpiente de dos cabezas.

¡Aquél era el hijo del señor del castillo!

Stephen se lo explicó todo en seguida:

–He venido con mi amigo. Quería que le conocieses.

Esquiva como un rayo de luna, Miriam le ofreció una mano temblorosa. Parecía que estuviese a punto de desaparecer detrás de la primera nube pasajera.

–Encantada de conocerte, John.

John se mostró confiado y ecuánime y le dijo:

–Tengo entendido que posees una Historia de los reyes británicos.

–Es cierto. Y la he leído al menos una docena de veces.

No era muy corriente que una familia de plebeyos poseyera un códice, y el orgullo de Miriam estaba plenamente justificado.

–Mi padre tiene las Vidas de Plutarco.

Era una noche de comienzos de verano y se oía el apagado canto de las cigarras. Era una noche propicia para las confidencias, pero en lugar de eso John se había puesto a hablar de códices. La dialéctica, pensó Stephen, podía ser eficaz, pero resultaba aburrida.

–Mi reina favorita es Cleopatra –anunció Miriam.

El conocimiento que Stephen tenía de las reinas de la antigüedad era ínfimo. Sabía, sin embargo, que Cleopatra se había casado varias veces, había tenido innumerables amantes, y murió de una mordedura de áspid en el pecho. La zona donde había recibido el mordisco hacía pensar que sus principios morales debían de ser bastante laxos.

–¿No te parece que era demasiado liberal a la hora de conceder favores? –continuó John.

–No hizo más que aprovecharse de los privilegios que tienen las grandes reinas. Supongo

que te refieres a César y Antonio. Casi todas las mujeres se hubiesen entregado a uno u otro.

–Sí, pero ella se entregó a los dos –dijo John–. Creo que hubiese debido discriminar un poco más. –Stephen se preguntó si la utilización de aquellas palabras tan poco corrientes formaba parte de la técnica–. Además, hubo otros.

–Entre uno y otro, no lo olvides –repitió Miriam con cierta aspereza.

–Pero cuando creyó que Antonio la había abandonado...

–¿Creyó? Antonio la abandonó cuando se casó con Octavia en Roma. No puedes culpar a Cleopatra de que buscara consuelo entre los egipcios que la galanteaban. Además, incluso entonces su alma se mantuvo fiel a Antonio.

Stephen sofocó un bostezo. Los amores de una reina muerta le interesaban muchísimo menos que los amores de Miriam, que estaba viva; por otro lado, los que más le interesaban no eran precisamente los de su alma.

–Y cuando Octavio le hizo insinuaciones...

–Miriam –dijo bruscamente Stephen–. ¿Qué opinas de las mandrágoras?

–Me dan miedo –dijo ella con voz sofocada. Aquel salto de mil doscientos años no facilitaba precisamente la conversación. Miriam continuó más tranquila–: Supongo que todo el mundo les teme. Y tú más que los otros porque tienes un motivo...

–A eso es a lo que voy. Quiero encontrar a los que mataron a mis padres.

–Jamás les encontrarás en el bosque. Ya sabes que viven escondidos en sus madrigueras y que cuando están fuera se quedan quietos y se les confunde con los árboles. No sé cómo...

–Si tuviéramos un unicornio que nos guiara y luchara con nosotros...

–Ya sabes que es muy difícil verlos.

–¿Has visto alguno? –preguntó John, algo molesto con Stephen por haber interrumpido el interrogatorio, indirecto pero prometedor, que acababa de iniciar.

–No, nunca. Pero siempre procuro no internarme en los bosques. Y cuando voy, siempre me acompañan mi padre y mis hermanos, porque sólo entro en la espesura cuando vamos a alimentar a los cerdos, y ya sabes que los cerdos hacen mucho ruido y...

–Stephen, Miriam no ha visto nunca un unicornio –dijo John.

–Miriam, ¿querrás conducirnos?

–Pasaría muchísimo miedo...

–¿Lo eres o no? –exclamó Stephen, que ya no soportaba más rodeos. Aquello era peor que andar dando vueltas a la cucaña sin decidirse nunca a subir...

–¿Qué, Stephen?

–Pues virgen, qué iba a ser si no. ¿Pensabas que te preguntaba si eras una mandrágora?

Ella le dirigió una mirada maliciosa:

–Eso tendrías que saberlo tú, Stephen.

Y, después de decir esto, y más orgullosa que Leonor de Aquitania cuando se marchaba al exilio, dio media vuelta y les dejó.

–A lo mejor no sirve –dijo John–. No es posible que una chica que sienta tanta admiración por Cleopatra...

Era evidente que John estaba decepcionado. A él la chica le había gustado mucho.

–Miriam –gritó Stephen yendo tras ella; se sentía avergonzado y desesperado a la vez–.

Regresa. Todo lo hago por mis padres. Por eso teníamos que hacerte estas preguntas.

Al oírle decir esto último Miriam se detuvo, vaciló un momento, y después regresó hacia donde ellos estaban con pasos lentos y deliberados. Tomó el rostro de Stephen entre sus manos y le dio un beso en la mejilla. Era uno de sus besos fraternales.

–¡Pobre Stephen! Claro que te ayudaré a encontrar un unicornio. Te prometo que reúno las condiciones necesarias.

IV

–¿Al bosque? –exclamó–. ¿A cazar mandrágoras? ¿Queréis morir en la empresa?

–No vamos tras una mandrágora cualquiera, Anthony –exclamó John–, sino tras las tres que...

–Ya sé, ya sé –le cortó el guardián de la puerta del castillo.

El joven tenía cara de perro de aguas con las orejas recortadas y la mirada melancólica. No era especialmente listo, pero se podía confiar en él.

–Tu padre ha ido a visitar a su amigo del castillo del Oso. Seguro que no volverá antes de siete días. Podéis ir a realizar vuestra expedición, pero acordaos de volver antes de la hora de cenar.

Anthony empujó la palanca que levantaba las puertas como si se tratara de las mandíbulas de Leviatán.

–Me da la sensación de ir a un sitio donde se me van a comer –dijo Miriam–. Le he dicho a mi madre que iba a llevarle un ponche a un amigo enfermo, y ahora me da la sensación de que el ponche soy yo.

La madre de Miriam era una mujer fuerte, amable y nada recelosa. Sabía leer y recitar encantamientos; de Stephen sólo sabía que era un pícaro con las chicas, y nunca se hubiera imaginado que ahora se llevaba a su hija al bosque.

–¡Tonterías! –dijo Stephen–. En cuanto encontremos nuestro unicornio, y para eso vienes tú, Miriam, estaremos tan seguros como el Papa en el Vaticano.

–Lo que más temo es que mi padre regrese antes de lo previsto –dijo John, que, dirigiéndose a Anthony, añadió–: No te olvides de dar de comer a los perros de Stephen. Si no lo hicieras mi padre le castigaría.

Anthony suspiró y asintió.

–Y tampoco te olvides de Bucéfalo –dijo Stephen–. Supongo que le das de comer todos los días, ¿no?

–Claro que sí –dijo Anthony–. Come mejor que yo, y mucho más. Anda, largaos antes de que cambie de idea.

Como peregrinos rumbo a Jerusalén –asustados, temerosos de no alcanzar su objetivo, pero tan ignorantes como decididos– penetraron en el bosque más espeso de cuantos hubiera al oeste del país de los germanos. Stephen y John vestían túnicas verdes idénticas; Stephen llevaba un arco, y John una honda que, gracias a las enseñanzas de su amigo, sabía utilizar muy bien. Miriam llevaba una lámpara por si se veían obligados a pasar una noche al raso. Se había puesto, como todos los días, su vestido de color marrón hecho con lana tejida por su madre: era su uniforme de virgen, como decía Stephen.

–De todos modos, no sirve para detener las flechas –comentó Miriam.

–Ha servido para detener bastantes –musitó para sí Stephen.

" A la luz del día la zona limítrofe del bosque era fantasmal, pero no aterradora. Los leñadores cortaban árboles y los campesinos conducían su cerdos en busca de pastos y raíces comestibles. Pero pronto se encontraron en la espesura: los robles, los olmos y los falsos plátanos, recubiertos todos de musgo, filtraban la luz del sol como una tupida red, de forma que no llegaban al suelo más que unos parpadeantes y débiles rayos que hacían destacar los trozos de césped, las flores y los riachuelos centelleantes. Pero cada vez la vegetación se hacía más densa y se iba cerrando alrededor del grupo como si tratara de impedirles el paso.

–¡Un camino! –gritó Miriam–. Es extraño que haya uno aquí, en pleno bosque.

–No lo es, yo conocía su existencia –dijo Stephen, pensando que si mostraba sorpresa perdería su condición de jefe del grupo.

–Es el camino que lleva de Chichester a Londres –dijo John–. Lo construyeron los romanos, y lo vigilan los frailes.

–No nos sirve –dijo Stephen–. No creo que los unicornios se paseen por los caminos. Vamos, hay que volver al bosque. Debemos caminar sin rumbo fijo, al azar, y ellos olerán nuestra pista.

–Creo que tendríamos que ir hablando –dijo Miriam–. Si no, podrían pensar que vamos de caza. John, ¿quién crees que fue el más gran gobernante de la antigüedad?

–Julio César.

(Stephen estaba impaciente porque se lo preguntara a él. Hubiera contestado: Alejandro.)

–Pues Cleopatra le utilizó como quiso.

–Fue él quien la utilizó a ella –replicó John–. ¿Crees que realmente tenía intención de convertirla en reina? Y cuando apuñalaron a César, ella no consiguió nada de Octavio.

–Alejandro –dijo por fin Stephen.

–No, Stephen, fue Octavio quien la derrotó. El que luego sería llamado Augusto.

–Ya lo sé, John. –No era cierto–. Pero si de lo que hablamos es de habilidad, creo que tendríamos que mencionar a Alejandro. Lo único que yo quería decir es que Alejandro conquistó más tierras y más mujeres que nadie, más incluso que Julio César. El fue el más grande.

–Puede que conquistara más tierras, pero no más mujeres. Eso dice mi maestro.

Inesperadamente cayeron en un obscuro pozo de vegetación que jamás había sido hollado por planta humana, como si se hubieran caído al mar desde un barco. En cuanto se dieron cuenta, los gobernantes de la antigüedad, por mucho que hubieran construido grandes caminos y enormes imperios, dejaron de tener importancia. El entramado de hojas que se elevaba sobre sus cabezas no dejaba apenas resquicio alguno para que penetrasen los rayos solares.

–Callad –dijo Stephen–. Podríamos asustar al unicornio. Suelen vivir en sitios como éste.

El miedo que sentían era tal que casi podían tocarlo; era tan espeso como la tinta de un calamar. Stephen no había visto nunca el océano ni sabía nadar. «Pero ahora estamos en un mar –pensó–. Los árboles son los tiburones. Las lianas y enredaderas son los pulpos. Seguramente pereceremos antes de encontrar nuestro unicornio, nuestro delfín de los bosques.»

John se quedó tan pálido como el marino que se ahogara en la tempestad, y Miriam le apretaba la mano con todas sus fuerzas. Ya nadie hablaba de reyes ni reinas antiguos. Había otra realeza en aquel bosque, y su dominio era indiscutible.

–¿Creéis que es aconsejable que pasemos toda la noche en el bosque? –preguntó Miriam–. No hemos traído mantas para resguardarnos, y aquí hasta las noches de verano deben de ser frías. Además, mi madre se preguntará dónde estoy.

–Tenemos que buscar un tronco hueco –dijo Stephen–. Es demasiado tarde para regresar a casa. Además, no hemos encontrado absolutamente nada. Ni siquiera una huella. Uno de nosotros permanecerá de guardia mientras los otros dos" duermen.

–¿Y qué vamos a comer? –preguntó John. No estaba acostumbrado a compartir su comida con los perros.

–Primero hay que encontrar un cobijo, y luego pensaremos en la comida. ¿Ves este bulto que hay bajo mi túnica? Traigo una bolsa con pan y queso y un poco de cerveza.

–Y aquí está el árbol que buscábamos –dijo hogareña Miriam–. Ha sido agujereado por un

rayo. ¿Lo veis? Tiene dos cámaras, y están alfombradas de hojas. Casi como si un leñador se hubiera adelantado para prepararnos las camas.

–Y me parece que oigo un riachuelo –dijo John–. Suena como un basilisco que estuviera cambiando de piel. Hacia allí, me parece que lo veo entre los árboles.

–Podrás tomar tu baño de cada día –sonrió Stephen.

–¿Queréis venir conmigo?

–Tengo trabajo con las provisiones –dijo Stephen, para quien el agua sólo servía para beber.

–Entonces, por una vez no me bañaré.

–A lo mejor coges la peste.

–Me parece que el agua está muy fría –dijo John, mirando la obscura y sinuosa corriente–. Comamos.

Encendieron la lámpara de Miriam y se repartieron el pan y el queso. John, que nunca había bebido cerveza, se puso a hablar a tanta velocidad que Stephen le dijo que parecía el fraile del castillo. Pero John no le hizo caso y afirmó que el asesinato de César había sido el acontecimiento más desastroso de toda la historia de Roma, y a continuación se puso a recitar un fragmento de la Guerra de las Galios: Las Galias se dividen en tres partes...

–Miriam, tú harás la primera guardia –dijo Stephen–. Es la más fácil. Luego puedes dormir el resto de la noche.

Miriam aceptó el encargo con la misma seriedad que si hubiese sido una tarea encomendada a un caballero de la Orden de los Templarios, y apagó valientemente la lámpara.

–Tenemos suerte –dijo Miriam–. Allí asoma la luz de la luna entre los árboles.

–Era de esperar–dijo Stephen–. Tú eres mi Señora de la Luna.

–Te mereces un beso por haberlo dicho.

Stephen ofreció esperanzado los labios, pero Miriam buscó su mejilla.

Curiosamente, el beso persistió durante el sueño de Stephen, aunque duro y húmedo y tan doloroso como el pinchazo de una espina. Cuando abrió los ojos comprobó que el beso no era parte del sueño. Alguien se había acostado en sus brazos. Imaginó que debía de ser Miriam, y empezó a pensar que les había engañado al decirles que reunía los requisitos necesarios.

Se puso en pie de un salto y la niña, que no era Miriam, cayó a sus pies y le dijo:

–Por favor, señor, me he perdido en el bosque.

A la luz acuosa de la luna Stephen vio sus labios rojos y sus ojos grandes y expectantes. Sus ardientes mejillas traicionaban la raza a la que pertenecía.

–¿Qué quieres? –exclamó.

–Cobijo y calor.

–¿De qué pueblo eres?

–No tiene nombre –tartamudeó ella.

Tenía una voz dulce y hablaba en términos anticuados pero correctos. Stephen pensó que quizás la familia humana en la que había sido colocada no había querido aceptarla y había sido devuelta a los bosques, al lugar de donde procedía.

–¡Miriam! –gritó Stephen.

John, agotadísimo, seguía durmiendo. Miriam se agachó para entrar en el árbol, y miró apesadumbrada a la niña.

–No es posible que se haya colado sin que yo la viera.

–Lo es.

–¿Es una mandrágora?

–Lo es.

–Quizás me he quedado dormida. ¿Qué vamos a hacer con ella?

–Tenemos que librarnos de este peligro –dijo Stephen.

No se sentía capaz de asesinar a una niña: todavía conservaba todas sus fuerzas, pues la criatura apenas había empezado a sorberle la sangre. La sacó del árbol y la condujo hacia el riachuelo.

–Vete a tu casa –le dijo.

–¿Me echas del bosque? –gimió ella.

Dándole un golpecito en el trasero, Stephen le dijo:

–No te costará mucho encontrar a tus padres. Conoces el bosque mucho mejor que yo.

La niña le lanzó una triste mirada de reproche y se escabulló entre los árboles. Stephen se quedó tan compungido como si hubiera pegado a uno de sus perros.

–Lo siento, Stephen, soy muy mala vigilante, ya lo veo –dijo Miriam.

–Estabas muy cansada –dijo él–. No has podido evitarlo. Yo me encargaré del resto de tu guardia.

–¿Crees que hemos caído en una de sus madrigueras? Ya sabes que algunos viven en árboles.

–No importa. Y si en realidad estamos en su territorio, ojalá Alejandro nos envíe uno de sus unicornios –Stephen no soportaba ni el más mínimo indicio de crítica.

–Mañana encontraremos uno –le prometió Miriam–. No volveré a fallarte. Recuerda que son tímidos. Es posible que nos hayan estado siguiendo y... poniéndome a prueba.

–Duerme tú ahora –dijo John con mucha autoridad en la voz, saliendo del árbol– ya haré yo la guardia.

Stephen hizo una descripción de la niña.

–Era encantadora –añadió al final–, pero era una mandrágora. Puedes creerme. Creo que lo mejor sería que hiciésemos la guardia los dos.

La luna, que de vez en cuando se dejaba ver entre las ramas, escalaba el cielo como un gigantesco y letárgico caracol.

–John, será mejor que duermas ahora. Mañana por la mañana necesitarás todas tus fuerzas.

–¿Querrás hacerme la almohada?

–¿Tienes frío?

–Un poco.

Stephen le pasó un brazo protector por encima de los hombros y le dijo:

–Imagínate que soy un brasero.

–Si no te importa, pensaré más bien que eres Stephen –dijo John. Después de una pausa pequeña continuó–: En realidad no es frío lo que tengo, sino miedo. Tengo miedo desde que salimos del castillo, pero cuando obscureció me entró algo peor: pánico. Me da miedo dormirme. Tengo pesadillas.

–Sé lo que son. Yo también tengo miedo –admitió Stephen–. Pero dicen que dos miedosos juntos hacen un valiente.

–Pues si formo parte de la pareja de miedosos, también participaré en el valiente –dijo John–. Pero durante un rato me había sentido muy solo.

–Que nunca te vuelva a oír decir eso. Nunca que estés conmigo.

–Stephen, ¿sabías que estaban tan cerca de nosotros esos árboles? Yo creía que estábamos en un claro y ahora en cambio, mira, hay unos árboles ahí. ¿De qué especie son? ¿Sicómoros?

¡Eran mandrágoras!

No tuvieron tiempo ni de alzar el arco. Era un combate cuerpo a cuerpo, y ellos sólo tenían dos manos cada uno, mientras que aquellos seres temibles tenían muchas. Si les dabas una patada en las piernas retrocedían como lo hubiera hecho un hombre. Pero sus miembros se estiraban abalanzándose como los tentáculos de un pulpo hacia los ojos y las orejas de los muchachos.

Stephen era con mucho el más fuerte de todos los jóvenes del pueblo, y hasta más fuerte que la mayoría de los hombres. Había salvado un cordero de las garras de un lobo hambriento. Había salvado a una muchacha de las manos de un grupo de feroces leprosos. No es que jamás hubiese sentido miedo, sino que el miedo le había dado valor.

Pero para luchar contra aquellos árboles hacía falta la fuerza de un Sansón. En cierto sentido eran un compendio del bosque inescrutable, de sus misterios y su poder. Cuando los romanos construyeron su camino tuvieron que luchar contra los lobos, y contra salvajes que llevaban la cara pintarrajeada, pero no tuvieron que hacer frente a las mandrágoras, a aquel bosque que vivía dentro del bosque.

Stephen pensó que había conducido a John y Miriam a la muerte.

Se encontró de repente en el suelo, pero no porque hubiese caído, sino porque había sido arrojado por un golpe de aquellos tentáculos. Sentía el pecho oprimido y la fuerza de algo parecido a dedos que le tapaban la boca. De lo único que podía preocuparse era de respirar.

«Alejandro –rezó en su interior–, tú que conquistaste Tiro, Persia y hasta Egipto. Tú que atravesaste el infierno de la India y casi llegaste al mar. ¡Ayuda a respirar a tu discípulo! ¡Ayúdale a levantarse para que pueda ayudar a sus amigos!»

Miriam fue quien respondió a su silenciosa plegaria pues, saliendo del interior del tronco donde había estado durmiendo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Sálvanos, unicornio!

La cabeza de Stephen yacía apoyada en el regazo de Miriam. La muchacha olía a raíces y tomillo, y su mano, increíblemente suave, bañaba su frente con un trozo de tela que había arrancado de su vestido.

–John está bien. Y yo también. ¿Cómo estás tú?

–¡Como si me hubiesen plantado! –dijo Stephen–. ¡Como si me hubieran metido en un agujero y luego hubieran echado tierra encima!

–No te preocupes –sonrió ella–. No llegarás a echar raíces. Las mandrágoras se han ido. Bueno, se han ido sólo dos, porque hemos hecho prisionero al otro.

Era de día y el sol había encontrado en la red de hojas los agujeros por donde colarse y llegar hasta el suelo, que ahora estaba regado de gotitas de oro.

–Por fin hemos encontrado al unicornio.

Tenía un cuerno de madreperla; su fina piel cubierta de pelo estaba rasgada y magullada, pero apoyaba una poderosa pezuña sobre el enemigo vencido. El unicornio miraba a Stephen con unos ojos cálidos e inteligentes.

–Seguramente estaba vigilando desde el primer momento –dijo Miriam–. Incluso me había parecido entreverle antes de que encontrásemos este árbol. ¡Hubieras disfrutado dándole desarraigar a las mandrágoras! El pobre John estaba azul, casi ahogado. Parece que es verdad que les gusta ahogar a los hombres. Y tú estabas todavía en peor estado. Cuando te vi en el suelo creí que ya no tenías salvación. Pero entonces se presentó él. Ya ves lo que hizo.

–Le llamaremos Alejandro –dijo Stephen.

–Le gustará –dijo Miriam.

Luego la muchacha, hogareña incluso en plena crisis, se puso a hacer fuego.

Stephen se levantó convencido de que a pesar de estar lleno de contusiones no tenía ningún hueso roto, y se agachó junto al fuego dispuesto a recuperar fuerzas.

Pensó que lo mejor sería un buen potaje, pero no había nada con qué hacerlo.

Y se acordó de una cocinera, y de la cocina en la que trabajaba.

–No tenemos más que queso –dijo Miriam–. Ayer noche terminamos el pan, y John se bebió la última cerveza que nos quedaba.

–Fíjate en su cuerno –dijo John–. Tiene la misma curvatura que una cimitarra. Fíjate cómo refleja el sol. ¿Crees que le apetecería un poco de queso?

–No –dijo Stephen, mirando con hambre lo poco que les quedaba–. Es demasiado basto para un animal tan etéreo.

(El adjetivo se lo había enseñado John.)

–Podríamos preguntárselo –dijo Miriam–. Unicornio, ¿te apetece un poco de queso?

–No te entiende –dijo Stephen.

Pero el unicornio se acercó al queso y se comió melindrosamente, aunque con decisión, las últimas migajas.

–¿Querrás guiarnos en nuestra búsqueda?

El animal inclinó su cabeza al tocarle Miriam.

–Parece que le gustas mucho –comentó John.

–Supongo que es porque reúno los requisitos necesarios. Ya ves, hasta ahora parecía inútil y hasta me preguntaba qué era lo que me había perdido.

–Mucho –dijo Stephen–, pero por fortuna para nosotros, era verdad. Bien, tendremos que disponer de esta mandrágora. Habrá que matarle, naturalmente.

–¿Por qué? No sabemos si éste fue de los que asesinaron a tus padres –dijo John.

–Pero trató de matarnos a nosotros, ¿no?

–Sí, pero creo que fue porque entramos en su casa y asustamos a su hija.

–De todos modos, es uno de ellos.

La mandrágora exudaba un líquido verde de sus heridas. Ahora que estaba en el suelo no parecía un árbol sino un muchacho muy peludo con el cabello verde y la piel blanca. Un muchacho muy grande, desde luego, que había crecido rápidamente, y que ya se había convertido en un asesino, a pesar de los unicornios.

–De momento no se moverá –dijo Miriam–. Alejandro le vigilará mientras nos bañamos en el río. John va tan limpio que me hace sentir sucia.

A la luz del día aquella corriente de agua era uno de esos riachuelos de curso sinuoso que más recuerdan un camino que una serpiente. En sus orillas crecían juncos y espadañas tiesas como el bastón de un pastor, pero con una punta parda y suave.

La modesta Miriam se bañó algo separada de los chicos, utilizando como cortina un juncal.

–Espero que ella no me oiga –dijo Stephen–. No le he dicho nunca que no sé nadar.

–No es profundo. Ven, dame la mano.

¡Qué bien se estaba en el agua! Era fresca, sin ser fría, y lo bastante profunda para bañarse aunque no lo suficiente para ahogarse. Stephen pensó que era una buena oportunidad para aprender a bañarse. Cogió pelusa de las puntas de las espadañas que tenía al lado y con ella frotó cuidadosamente a su amigo diciendo:

–Va bien para las heridas.

Era un remedio que le había enseñado su madre después de su pelea con el lobo.

–Ahora –dijo después de aclararse la garganta varias veces–, tenemos que matar a la mandrágora y ya podemos irnos.

–¿Y qué hará la niña de ayer noche? Seguramente es su hermana o su hija.

–A nosotros no nos importa lo que le pase.

–Yo diría que los que mataron a tus padres debían de ser parientes de la niña que mataron en la feria.

–Pues yo traté de ayudarla, y no me sirvió de nada.

–Porque ellos no se enteraron.

–Bien, pues les mataré igual. Y éste, no me negarás que trató de matarnos a nosotros, ¿no?

–Porque nos encontró en su casa.

El mandrágora herido le miró con unos ojos sorprendentemente humanos mientras, bajo su verde follaje, se dejaban ver unos contornos de hombre. Estaba desnudo, sucio y era un asesino, pero no por ello dejaba de ser un muchacho. De no haber sido por un accidente que le hizo nacer en el seno de aquella familia, hubiera podido ser un buen amigo de Stephen, hubiera tenido un perro y hubiese vivido en una choza de campesino.

–¡Por las barbas del diablo! –juró Stephen, arrodillándose y frotando con pelusa de espadaña las heridas de aquella criatura. El muchacho se relajó al notar el tacto de Stephen. Su mirada se suavizó, trató de hablar y emitió unos sonidos. Pero eran ininteligibles.

Stephen se puso en pie y, sin mirar atrás, se apartó del árbol y convocó a sus amigos.

–Vamos, es hora de irse.

–¿A casa? –preguntó Miriam.

–Quizás sea lo mejor –dijo Stephen. Estaba seguro de que era lo mejor–. Hemos agotado todas nuestras provisiones y nos hemos quedado sin fuerzas. Podemos volver otro día.

Pero, testarudo como un mulo, el Unicornio les cerraba el paso.

–Quiere que le sigamos –exclamó John.

–¿Creéis que es necesario? –preguntó Miriam–. Ahora ya le hemos visto. ¿No basta con eso?

–Probablemente está enfadado conmigo por no haber matado al mandrágora –dijo Stephen–. Lo mejor será hacer lo que él quiera.

–Stephen... –dijo John, cogiéndole la mano–, has hecho lo que debías hacer. Tú nunca hubieras matado a un ser desamparado como él. Estoy orgulloso de ti.

–Pues yo no estoy orgulloso de mí. Entre vosotros dos habéis conseguido hacerme actuar como una mujer. Ahora no tengo más remedio que seguir al unicornio.

V

A Stephen le pareció ver una luz inmensa, compacta, ininterrumpida e impenetrable. Salió tropezando del bosque detrás del unicornio y delante de sus amigos, y levantó las manos para taparse los ojos ante aquel repentino e hiriente resplandor. Le dio la sensación de estar oyendo rugir varios incendios a la vez. Era la luz que hablaba, cantaba y susurraba en un idioma secreto. Aquel obscuro bosque les había conducido a otro país. Un país que parecía flotar en un nimbo en el que se mezclaban la tierra y el cielo y que se rompía gradualmente en múltiples facetas: el prado cubierto de flores amarillas, junquillos, margaritas y narcisos, como si la primavera se hubiese prolongado hasta el verano, un verano que era un anticipo del otoño. La luz del sol caía como un diluvio sobre aquella tierra rodeada de negros árboles que la cercaban como un muro.

En medio de aquel incendio de luz pacía un rebaño de unicornios. Debía de haber una docena entre machos, hembras y crías, y parecían muy tranquilos y seguros en su isla de sol, en la que vivían sin temor a los peligros del bosque y las mandrágoras. Tenían un pelaje suave, y unos ojos grandes, amables y señoriales, y levantaron sus cuernos para saludar al compañero que acababa de llegar y a los muchachos que le acompañaban.

Alejandro corrió a reunirse con sus camaradas y empezó a contarles con los oíos la historia del árbol hueco, de sus amigos y de la batalla bajo la luna marfileña.

–Esto es el Valle de los Unicornios –dijo John en susurros y Heno de reverencia. Temía que si gritaba los Unicornios se esparcieran por los vientos, de los que parecían haber obtenido su gracia.

–Por fin –dijo Miriam, avanzando hacia el rebaño–. Al fin les hemos encontrado.

Miriam acarició el pelaje de los suaves hocicos.

–Stephen –dijo John–. Nos están esperando, ¿lo ves? –añadió, tirando del brazo de Stephen.

–A mí no me esperan, sólo a ti –dijo Stephen–. No quieren ni mirarme a los ojos.

Stephen pensó que sentían rencor contra él porque no había matado al joven mandrágora.

–¡Alejandro! –exclamó John–. ¡Gracias por habernos traído al lugar donde viven tus amigos!

Y fue corriendo hacia donde estaba el rebaño. Más verde que la hierba, corrió entre los rojizos animales acariciando aquí un hocico, allí una cría.

–¡Mira, Stephen! No tienen miedo.

Stephen, el joven al que todos los animales adoraban, el chico de los perros, el ídolo de Bucéfalo, avanzó hacia el rebaño. Pero cuando abrió sus labios para hablar los Unicornios se alejaron de él. Y cuando levantó una mano para acariciarlos sólo encontró el aire.

Stephen pensó que, efectivamente, estaban enfadados con él por no haber matado a su enemigo.

Aunque en realidad no parecían estar enfadados. Más bien se mostraban indiferentes.

«Fallé –pensó–. Me olvidé de que soy un ángel vengador y guardé mi espada en la vaina. Mi compasión no era más que cobardía. De haber sido ésa la actitud correcta, ni Sodoma ni Gomorra hubieran recibido su castigo, ni tampoco hubiera caído el diluvio.

»Hay algunos hombres que destacan por encima de los demás porque en ellos se combinan la virtud del cielo con la virtud de la tierra, el espíritu inmortal con la carne mortal. Son hombres que llegan a ser lo suficientemente fuertes y grandes como para seguir alguna estrella, alguna voz, un santo Grial, y llegan a Tierra Santa. ¿Acaso se quedó Ricardo en

Librodot

Inglaterra para contar su oro? No, se fue a luchar por Jerusalén. Mi espíritu está encadenado por la carne. Las mandrágoras nacen de la tierra y son indiferentes al cielo; salen de la suciedad, viven en el barro y no pueden ver las estrellas. Y yo soy uno de ellos...»

Stephen sintió el cansancio de aquellos que han sido olvidados por Dios. Había caminado por el bosque, había permanecido largo tiempo en guardia sin dormir apenas y después había luchado junto al árbol hueco. Ahora sus amigos habían encontrado algo con qué sostenerse y algo ante lo que maravillarse, pero todo aquello le estaba vedado a él. Fue hasta el borde del claro, cayó de rodillas y contempló la felicidad de sus amigos. Como un joven Jesucristo, John sostenía un cordero en sus delgados brazos. Miriam, aquella santa hija de la luna, se había sentado entre las margaritas del prado y los animales se inclinaban junto a ella para recibir sus caricias y apoyar la cabeza en su regazo.

¿Es justo?, quería gritar Stephen. John le había pedido que le perdonase la vida al mandrágora. Ah, pero John no era más que un muchachito de corazón blando. Era él, Stephen, quien debía llevar sobre sí una carga digna de los hombros de un adulto, quien tenía que aceptar una culpa como las que llevan sobre sí los hombres.

(«Mía es la venganza», dijo el Señor.)

Enterró su cara en la hierba y, a través de sus lágrimas, vio un saltamontes que caminaba tranquilamente por el campo.

–¡Saltamontes, sé mi amigo!

El saltamontes dio un brinco hacia una hoja de hierba que se dobló bajo su peso. Luego saltó a la fuerte torre de un narciso y Stephen, clavado en tierra, sintió el fuego de sus heridas, el dolor de su cuerpo apretado contra la hierba. «Mis heridas sanarán –pensó–, pero el fuego de la vergüenza jamás se apaga, dura toda la eternidad.»

Cayó sobre él una sombra que le cubrió a modo de mortaja. Era Miriam. «Ha venido a llevarme al lado del rebaño –pensó Stephen– No quiero que vea mis lágrimas.

–Vete –le gritó.

Stephen notó el aroma de una fragancia de hierbas y un calor que no era el del sol.

Parpadeando, levantó la cabeza y vio que quien se le había acercado era un unicornio. Era una hembra. Despedía un fuerte aroma de bergamota. La curva de su flanco era preciosa, y mantenía su cuerno erecto con orgullo sin presunción. Los años, en lugar de marchitarla la habían enriquecido.

Agachó la cabeza y apretó el hocico contra las ardientes mejillas de Stephen. El la apretó contra su pecho y notó el latir de un corazón cuyo ritmo era igual al suyo.

Pensó que tenía que hacerle un regalo. Pero ¿qué podía ofrecer a un unicornio el hijo de un campesino que además trabajaba como encargado de los perros y no era más que un sajón?

–Una –exclamó– y otra, y otra, y otra.

Y cogió muchas flores, todos los narcisos necesarios para hacer una guirnalda, que colocó sobre la cabeza de la hembra.

–No es mucho –dijo–. Te daría el Santo Grial si supiera dónde encontrarlo.

Ella le miró con unos ojos graves, amorosos y que a Stephen le resultaban conocidos...

–¿Podemos decirle a alguien lo que hemos visto? –preguntó John cuando se acercaban al pueblo y al mundo del trabajo cotidiano, el poder del señor del castillo y los sermones del fraile.

–Nadie nos creería.

–¿Hemos visto en realidad lo que hemos visto? –preguntó Miriam–. Todo era tan...,

maravilloso.

–Lo hemos visto –dijo Stephen.

–¿Volveremos allá alguna vez?

–No hace falta. Basta saber que... –Stephen iba a decir «ella», pero se corrigió a tiempo–: que ellos están allí.

–No hemos matado a ninguna mandrágora –dijo Miriam.

–Los mejores viajes son aquellos cuyo final es el más imprevisible.

–Stephen, hablas como un poeta –dijo John–. Hasta has cambiado de aspecto.

–¿Qué quieres decir, John?

–Es como si el cuerpo te hubiese quedado impregnado de parte de la luminosidad que hemos visto.

–No es más que el sol –dijo Stephen.

–No, es como si llevaras una guirnalda de narcisos.

Librodot

Segunda Parte

JOHN

I

He oído decir que la peste es un anciano de pelo muy blanco que anda con pasos vacilantes y tiene manos temblorosas. En el mercado se pasea entre los puestos cojeando y apoyado en su bastón como un leproso, y va pidiendo que le den una moneda o un trocito de queso.

–¡Lárgate! –le grita todo el mundo–. ¡No tengo nada que darle a un muerto!

¡Ah, pero cuando descarga su golpe...! Cuando lo descarga, su bastón se mueve tan rápida y cruelmente como una espada.

No era un leproso quien visitó a Miriam. La muchacha les contó a Stephen y a John la impresión que le causó:

–Cuado vino era de noche. Creo que es Hermes, el que guía hasta su destino las almas de los muertos. ¡Estaba rodeado de un resplandor increíble! Me recordó a nuestros unicornios.

El impetuoso Stephen cogió la mano de Miriam. Ella la apartó sin brusquedad:

–Vino a buscarme a mí, lo sé. A ti, Stephen, y a ti John, os están reservados otros viajes, y tendréis otro guía. Quizás lleguéis a Jerusalén...

Y encontraron su guía, pero ni John ni Stephen eran capaces de decir si aquella muchacha venía del cielo o del infierno. Me pareció que Dios me había convertido en instrumento suyo, y yo era quien tenía que juzgar. ¿La juzgué mal?

Fui yo quien les cobijó de las mandrágoras. Les amé, les herí, y al final... Pero sois vosotros los que me juzgaréis a mí como yo la juzgué a ella.

Corrió con los ojos ciegos de lágrimas por todo el brezal, provocando el vuelo asustado de muchísimos pájaros; sí, levantó tantos faisanes y gallos lira que con ellos se hubiera podido preparar un festín digno de un rey. Los conejos asomaban la cabeza desde su madriguera y se hundían en ella como ranas en una charca haciendo un ruido seco. ¿Acaso no sabían que él, John, que había perdido su arco en el bosque y había tirado las flechas de su carcaj, no era un ser temible sino todo lo contrario? Venía de la cacería a la que había ido con su padre, señor del negro castillo conocido por el nombre de La Tortuga, y con los caballeros Robert, Arthur, Edgar, y otros. Los caballeros tenían nombres diferentes, pero sus rasgos eran casi idénticos: manos toscas encallecidas de sostener los escudos ante los infieles, y también ante otros ingleses; mejillas enrojecidas no tanto por el clima inglés como por el miel; cuerpos olorosos envueltos en peludos capotes que llevaban orgullosamente incluso en pleno verano, en lugar de imitar a los siervos de la gleba, que llevaban siempre sus sencillos calzones y sus túnicas de colores; y el cabello lacio y empapado de sudor, largo por la parte de atrás y cortado en un flequillo recto sobre la frente.

John, el hilo del señor del castillo, había sido autorizado a ser el primero en disparar contra un ciervo perseguido por los perros. No era un buen arquero, pero el ciervo estaba tan cerca de él que sólo podía fallar un tirador que no quisiera alcanzarle. John falló porque no quiso alcanzarle. Una vez, cuando estaba recogiendo nueces con su amigo Stephen, el de los perros, había visto al mismo animal, un magnífico ejemplar con unos cuernos que recordaban los árboles que, castigados por el viento, estiran sus ramas hacia el Mar del Norte.

–No nos tiene miedo –susurró aquel día Stephen.

–Ni tiene por qué tenerlo –dijo John–. Nosotros nunca le haríamos daño. Es demasiado bello.

Ahora, el animal se volvió hacia John y le miró reconociéndole y –pensó John– mostrando

resignación: cercado por los perros contra unos helechos, no tenía escapatoria. Pero John disparó su flecha por encima de los cuernos. El ciervo, dando un tremendo salto sobre los helechos, consiguió escapar asustando con sus pezuñas traseras a tres perros que trataban de seguirle.

–¡Niña! –le gritó su padre con una voz ronca de ira al ver que se perdía la comilona y un par de cuernos que hubieran podido adornar maravillosamente las desnudas paredes del salón de su castillo–. ¡Merecerías que en lugar de un arco te pusiera en las manos una rueca! John recibió como castigo unos fuertes azotes en las nalgas. Después de que los caballeros cobraran otra pieza, una joven cría, le tendieron encima del caliente y ensangrentado cuerpo de la víctima y cada uno de los cazadores le golpeó con la espada plana. La mayor parte de los caballeros lo hicieron sin mucha fuerza, pues, al fin y al cabo, John era el hijo de su señor. Pero el golpe de su padre le hizo sangrar y morderse la lengua para contener las lágrimas.

Luego le dejaron solo.

–Vete a la perrera y que tu amigo te seque las lágrimas –le había dicho burlón su padre al irse.

Una burda carcajada saludó la pulla. Se decía en el castillo que Stephen se había acostado con todas las hijas de los campesinos y artesanos que tenían entre doce y veinte años, y los hombres que no tenían hijas solían decir en son de guasa: «Las niñas lloran hasta que llega Stephen y les seca las lágrimas.»

En cuanto se encontró solo en el bosque, John se olvidó de la vergüenza que había sentido; tenía tanto miedo que su corazón no podía albergar otro sentimiento. Tenía sólo doce años y sabía que algunos ladrones sentenciados a morir en la horca se habían escapado y refugiado en el bosque, entre aquellos sicómoros tan viejos que todavía se acordaban de los romanos, y los robles que habían bebido la sangre de los sacrificios de los druidas. En cuanto a las alimañas, sabía que en el bosque pululaban los lobos, los osos y los jabalíes de afilados colmillos, y también serpientes de dos cabezas y grifos de poderosas alas. Y, lo que todavía era peor, también habitaban la espesura las mandrágoras, un pueblo de seres que nacían de raíces pero que salían de la tierra para compartir con las fieras sus hazañas de canibalismo.

¿Adónde podía ir? Desde luego, no podía volver al castillo. Los cazadores debían de haber llegado ya y estarían en las bañeras de madera frotándose mutuamente la mugre acumulada en las espaldas durante varias semanas, mientras las mozas de la cocina derramaban sobre ellos cubos de agua humeante al tiempo que lanzaban amorosas miradas a sus músculos. Antes, hacía ya muchos años, su madre habitaba en el castillo y todo era diferente. Su obscuridad había brillado con la blancura de sus vestidos de seda bordados de oro, y su mal olor había sido enmascarado con el clavo y la canela, con la nuez moscada y el almizcle de su cocina; y sus patios habían florecido con el ciruelo damasceno, cuyas semillas venidas de Tierra Santa habían sido enterradas por ella misma, y con la delicadeza de los chalotes que crecían en torno al árbol como gnomos guardianes.

–Si la guerra tiene que dar frutos –solía decir su madre–, que sean frutos vivos, y no muertos; que la guerra nos dé cosas dulces en lugar de amargas, cosas suaves en lugar de ásperas. Sí, mejor el verdor de la tierra que el oro de los cofres de hombres que han muerto.

Su madre murió de la viruela hacía seis años. Ahora, cuando John se arrodillaba en el piso de piedra de la capilla, siempre rezaba a Dios Padre y a Dios Hijo, y también a María. Pero María era la Madre.

Desde luego, no podía volver al castillo. Hubiera podido ir a casa del fraile para que éste le diera una nueva lección de lógica y astrología, para que le hablara de Lucano y Aristóteles.

John disfrutaba estudiando y era francamente brillante como alumno. Pero a veces tenía más ganas de charlar con Stephen que de estudiar. Y a pesar de las burlas de su padre, en aquel momento lo que más quería era estar con Stephen. Y no era porque su amigo fuese suave y femenino como una hermana, pues de hecho era tan tosco y rudo como cualquier muchacho. Pero cuando estaba con John refrenaba su tosquedad y respetaba la erudición de su amigo, pasando por alto al mismo tiempo sus puntos flacos. Para describirle habría que decir que era un joven iracundo, pero cuya ira venía de las cosas en lugar de dirigirse contra ellas. Su ira venía de la miseria en la que veía vivir a los siervos de la gleba, de las penalidades que tenían que padecer los perros en las cacerías y de la trágica muerte que de vez en cuando les alcanzaba en sus encuentros con los jabalíes, de ver cómo los señores mataban animales no tanto porque necesitaban comer como porque querían divertirse. Pero en muchas otras ocasiones Stephen estaba contento, y cuando lo estaba era de forma bien visible y ruidosa, y entonces podía disfrutar con cualquier cosa, desde tirar de la cuerda del arco o alimentar a sus perros, hasta descargar golpes de guadaña contra el heno.

En otras ocasiones sus sentimientos no eran iracundos ni alegres sino que estaban más allá de la ira y de la alegría; en tales momentos le embargaba el éxtasis de sus sueños, soñaba que se encontraba con un ángel, que encontraba Excalibur, o, sobre todo, imaginaba que compraba su libertad y se convertía en un caballero de la orden de los Hospitalarios y se dedicaba a socorrer a los peregrinos y matar a los infieles. («Pero ten en cuenta que tendrás que hacer voto de castidad», le recordó un día John. «Ya pensaré en eso cuando llegue el momento», contestó Stephen.) Por otro lado Stephen era uno de esos rarísimos seres que, además de soñar, luchan con todas sus fuerzas para convertir en realidad sus sueños. Últimamente se le había oído hablar de que, después del fracaso de la Cruzada de los niños, había llegado el momento de que otros Stephen y otros Nicholas siguieran el camino emprendido por los primeros muchachos y, armados con espadas en lugar de cruces, triunfaran donde los otros habían fracasado.

–Ahora que Miriam ha muerto –dijo Stephen limpiándose una lágrima–, ¿no te parece que ya no hay nada que nos retenga aquí? Yo no tengo familia, y tú sólo tienes un padre más dispuesto a zurrarte que a hablar contigo.

John tenía tanto miedo de que Stephen partiera sin él hacia Jerusalén que no se atrevía ni siquiera a hablar de ello, pero tampoco sabía si tenía el valor necesario para realizar tal viaje, primero a través de los obscuros bosques que les separaban de Londres, después en barco a Marsella y por fin a los puertos sarracenos. Aceleró su paso y se puso a pensar argumentos con qué disuadir a su amigo. Se cruzó con el viejo Edward, que segaba en el prado de tierras comunitarias con unos calzones andrajosos y la cara y los hombros tan pardos y ásperos como una silla de montar con la que un jinete acabase de hacer todo el camino de Londres a Edimburgo. Edward no levantó los ojos de su tarea ni falló un solo golpe con la guadaña.

–¿Qué necesidad hay de mirar al cielo? –le gustaba murmurar–. El cielo no es para los siervos, sino para los ángeles.

–¿Has visto a Stephen? –preguntó John.

La guadaña siguió golpeando la hierba, cuyos altos tallos caían como si sobre ellos se hubiera cernido la peste.

–¿HAS VISTO A STEPHEN?

–No estoy sordo –gruñó el viejo–. Tu padre se ha llevado mi juventud, mis cerdos y mis cosechas; pero todavía conservo mis orejas, al menos de momento. En cambio, como no se cuide un poco más de su trabajo, tu amigo perderá las suyas. Ahora mismo tendría que estar

Librodot

aquí.

–¿Y dónde está? –exclamó John, desesperado.

–De camino hacia las ruinas romanas, con esa mirada que ya le conoces en sus ojos. Suele esconderse allí. Siempre está soñando. Cuando pasó ni siquiera me dirigió la palabra.

El viejo se refería a las ruinas del templo en el que los romanos habían adorado a Mitra, un dios del sol, en un subterráneo. Posteriormente, como para pedir perdón al dios cristiano, los sajones construyeron una iglesia de madera para ocultar las ruinas y convirtieron el sótano en una cripta para sus muertos. Durante la conquista normanda, las mujeres y los niños fueron a ocultarse a la iglesia, pero los normandos incendiaron el edificio y murieron todos sus ocupantes. Los restos chamuscados quedaron casi ocultos –o curados, podría decirse– por las matas de aulaga que crecieron allí y por unos pocos maderos ennegrecidos que asomaban como manos entre las flores amarillas, y ya nunca más fue nadie a rezar allí.

Ningún forastero hubiera podido sospechar la existencia de una cripta debajo de aquellas matas, pero John separó las espinosas ramas y, pasando por un estrecho agujero, empezó a descender por los escalones. El lugar conservaba todavía un carácter sagrado, un aspecto de escenario de la historia, como el de la piedra druídica, ahora cubierta de liquen anaranjado, que apuntaba hacia las estrellas como queriendo compartir con ellas su cósmica soledad. Allí, los adoradores de Mitra se habían bañado en la sangre del toro sacrificado y habían ascendido las siete etapas de la iniciación que les conducía a una comunidad espiritual con el sol en lugar de las estrellas. El fraile que daba clases a John le había dicho que aquél era un horrible rito pagano, pero el muchacho le preguntó a renglón seguido por qué Jehová había ordenado a Abraham que sacrificara a Isaac. –Era sólo una prueba –dijo secamente el fraile.

–¿Y la hija de Jefthah? En ese caso no fue una prueba.

El fraile cambió de tema. Aunque sólo tenía doce años, John había empezado a hacer preguntas sobre la Biblia, Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo. La religión no era para Stephen pensamiento sino sentimiento; Dios era un patriarca de luengas barbas y los ángeles eran para él casi tan reales como los perros que cuidaba. Para John era diferente. El único tema que para él no estaba sometido a duda ni discusión era la Virgen María, a quien John veía como una bella mujer sin edad, vestida con una túnica blanca, que habitaba en los puntos más elevados del aire pero también casi a su lado, una mujer que brillaba más que el sol pero que era tan sencilla como el pan, la hierba, los pájaros o los amores de Stephen: algo invisible pero no inalcanzable.

Al pie de la escalera había una cueva larga y estrecha con paredes de tierra (en las que se encontraban las cavidades de las tumbas de los cristianos) que convergían hasta unirse en el semicírculo de un ábside. Ahora el ábside no cobijaba las aras sobre las que se sacrificaba el toro ni tampoco la imagen de la Virgen con el Niño Dios en sus brazos. Era Stephen quien estaba arrodillado en el centro. Sostenía en la mano una vela cuya llama iluminaba el techo, que estaba adornado con frescos: Jesús caminando sobre el agua, multiplicando los panes y los peces, ordenando a los ciegos que vieran y a los cojos que andarán.

–John –dijo con voz sofocada Stephen–. He encontrado...

–¡Una Virgen!

Yacía en un montón de hierba en forma de sencillo jergón. A la luz de la vela su cara parecía una máscara de marfil. John pensó que recordaba una de aquellas imágenes esculpidas por artistas franceses que solían adornar el crucero de las catedrales. Pero esta imagen tenía los colores de la vida. Luego, al fijarse mejor, comprendió decepcionado que era demasiado joven para ser una Virgen. Era simplemente una muchacha.

–Es un ángel –dijo Stephen.

–Un ángel –suspiró John, resentido por su juventud.

«¿Para qué necesito otro ángel, y además que sea chica?», pensaba Stephen. Porque él consideraba que Dios ya le había enviado uno, Stephen, que era un ser angelical, pero que no era una hembra y desde luego no era nada afeminado. Stephen tenía un cabello que más que a una aureola recordaba un tumulto, y su rostro era más rojizo que rosado: era un Miguel o un Gabriel que más hubiera servido para tocar una trompeta que una lira; pero era su ángel.

El otro ángel se movió un poco y abrió los ojos. No fue un gesto sorprendido ni asustado sino, pensó John, maliciosamente calculado, como el que hubiera podido hacer una de las rústicas mozas que solían rondar la buhardilla donde Stephen dormía. Tenía los dientes tan blancos como la tela de su vestido, que llevaba ceñido a la cintura con una cuerda de seda. Sus zapatillas puntiagudas, de piel de unicornio adornada con terciopelo azul, eran tan bonitas como las que debían de llevar los santos en los suaves pastos del Paraíso. Sólo le faltaban las alas, aunque quizás las llevaba escondidas bajo el vestido. John sintió tentaciones de preguntárselo.

Pero Stephen se le anticipó diciendo:

–¡Salúdala, dale la bienvenida!

–¿En qué idioma? –preguntó John con sentido común–. Desconozco la lengua de los ángeles.

–Supongo que hablan en latín. Seguro que sabe latín. Piensa que los sacerdotes y frailes siempre les rezan en esa lengua.

Stephen tenía razón. No podían hablarle en su tosco inglés ni tampoco en el francés de los normandos, que, al fin y al cabo, descendían de los bárbaros vikingos.

–¿Quo Vadis? –preguntó John sin demasiada ceremonia.

La sonrisa de la muchacha, aunque a Stephen le pareció encantadora, no era suficiente respuesta a la pregunta.

–¿Qué haces aquí?–repitió John en francés normando.

Stephen, que sabía un poco de francés, amonestó a John.

–A un ángel no se le hacen preguntas. ¡Dale la bienvenida! ¡Ríndele veneración! Dile un trozo de un salmo o un fragmento de los Proverbios.

–Todavía no estamos seguros de que sea un ángel. Ella no ha dicho que lo sea, ¿no?

Pero por fin la muchacha habló:

–No sé cómo he llegado aquí –dijo en un latín perfecto.

Luego, viendo que el rostro de Stephen denotaba que no había comprendido ni una palabra, repitió lo mismo en inglés, aunque con tan grave dignidad que por un momento pareció que aquella tosca lengua se suavizaba. Al mismo tiempo John se dio cuenta de que la muchacha sostenía en sus manos, apretándolo con todas sus fuerzas, un crucifijo. Era una pequeña cruz griega con los brazos de igual longitud, de oro con incrustaciones de piedras preciosas. John sabía, gracias a sus estudios, que aquéllas eran las fabulosas perlas de Oriente.

–Sólo recuerdo una repentina obscuridad, una caída y un gran bosque. Estuve errando hasta que encontré la entrada de esta cueva y bajé aquí a refugiarme de los peligros de la noche. Debía de estar muy cansada y tengo la sensación de haber dormido muchísimo tiempo.

La muchacha levantó la cruz y luego, como si su peso hubiera bastado para dejar sin fuerzas sus delgadas manos, dejó que se hundiera contra su pecho acogedor.

–Supongo –dijo John, preocupado– que tienes hambre.

Stephen se puso en pie de un salto.

Librodot

–¿Qué dices? ¡Pero si los ángeles no comen! ¿No te das cuenta, John, de que Dios nos ha enviado una señal? ¡Ella nos conducirá a Tierra Santa! Se llevó a Miriam pero nos envió un ángel en su lugar. Stephen el francés recibió un mensaje de Cristo. Y a nosotros nos ha enviado este ángel.

–Pero acuérdate de lo que le ocurrió a Stephen el francés. Acabó siendo vendido como un esclavo o ahogado en el mar. Sólo los tiburones saben cuál fue su destino.

–Yo creo que no ha muerto. Y si ha muerto es porque en lugar de hacer caso a lo que le decía Dios prestó oído al demonio. Pero nosotros podemos ver a nuestro ángel.

–Es cierto que podéis verme, y también que podríais haberos dado cuenta de que tengo muchísima hambre. Los ángeles también comen, te lo puedo asegurar, al menos cuando van de viaje, y suelen comer cosas más sustanciosas que el néctar de las flores y el rocío. ¿Tenéis venado, o hidromiel?

–Tendrás que llevarla al castillo –dijo Stephen, que no sentía deseo alguno de separarse del ángel que acababa de encontrar–. En mi perrera no tengo cosas tan refinadas.

–No –dijo John–. No la llevaré a ella ni pienso llevar a nadie. He decidido quedarme a vivir contigo en la perrera.

–¿Por tu padre?

–Sí. Hoy me ha pegado delante de todos sus hombres, y después me ha llamado... –John no consiguió reunir fuerzas suficientes para repetir la burla de su padre, sobre todo teniendo en cuenta que Stephen estaba escuchándole, y prosiguió–: patán. Todo porque fallé al dispararle una flecha a un ciervo. Era nuestro ciervo, aquel que vimos una vez; los dos juramos que nunca le haríamos daño.

Stephen movió la cabeza afirmativamente para demostrarle a su amigo que le comprendía.

–Me alegro que no le acertases. Dicen que es el ciervo más viejo del bosque. Dicen –y aquí bajó la voz– que en realidad no es un ciervo sino que es Merlín, a quien Vivian convirtió en un animal. Pero, John, ¿cómo vas a vivir conmigo en la perrera? Tu padre lo tomará como una ofensa. Imagínatelo: ¡un plebeyo compartiendo la perrera con el hijo del señor del castillo! Te ganarías una zurra terrible, y yo... No sé si recuerdas que le cortó las orejas a mi padre. Además, ahora que tenemos un ángel con nosotros, lo único que podemos hacer es...

–¿Abandonar al ángel?

–¡No! ¡Partir inmediatamente hacia Tierra Santa! Tengo en la perrera un poco de comida y también una muda limpia. No hace ninguna falta que regreses al castillo para nada. Basta que sigamos el camino romano, crucemos el bosque y, una vez en Londres, nos embarquemos en dirección a Marsella para desde allí continuar el viaje hacia Oriente.

–Recuerda que Marsella fue precisamente el lugar donde Stephen el francés cayó en manos de los vendedores de esclavos.

–Sí, pero nosotros tenemos un guía y no nos pasará nada. Cuando Miriam nos acompañó al bosque salimos sanos y salvos. Ahora también iremos bien acompañados.

–Yo prefería a Miriam –murmuró John–. Si esta chica no es de verdad un ángel...

–Como mínimo habremos conseguido abandonar por fin el castillo.

–¿Piensas que tendríamos que irnos del castillo para siempre?

La idea de dejar atrás a su padre animó muchísimo a John, que pensaba que lejos de él se sentiría como un halcón cuando le quitan el capirote. Por otro lado, John guardaba en el castillo todas sus propiedades, un códice de Los reyes británicos de la mejor vitela y encuadernado en marfil, y también un pergamino con su poema favorito, «La lechuza y el ruiseñor», copiado laboriosamente por él mismo con su bonita caligrafía. Además, en el

castillo habitaba algo mucho más importante incluso: el fantasma de su madre, el conjunto de los recuerdos que ella le había dejado, las escaleras por las que había subido, los tapices que había tejido, las prendas que había remendado. Su madre había vivido a través de sus canciones todo aquello que no había podido vivir en la realidad, y las estancias del castillo estaban impregnadas de las melodías con que había cantado a los nobles guerreros y los amores inmortales:

Quien grabó esta madera me ordena
que te haga recordar, oh bella dama,
la antigua promesa...

–¿Irnos del castillo de mi padre –repitió John– para siempre?

La cara de Stephen se puso tan roja como la Oriflamme, el orgulloso estandarte de los reyes franceses.

–¿El castillo de tu padre? Cuando tus antepasados no eran más que canallescos vikingos, esta tierra era de mis antepasados. ¿Crees que voy a quedarme aquí toda la vida como un simple encargado de los perros y al servicio de un hombre capaz de castigar brutalmente a su propio hijo? Piensa que toda mi vida tendré que darle lo que yo cultive y lo que yo cace, y que tendré que pedirle permiso hasta para casarme. Amigo John, ni tú ni yo podemos esperar nada de este lugar. ¡Jerusalén nos espera!

Para Stephen, el nombre de aquella ciudad de Israel era como la arenga de unos clarines; para John sonaba como un toque de difuntos.

–Piensa –dijo John– que para llegar allí tenemos que atravesar un bosque, después un canal y por fin un agitado mar lleno de infieles. Los infieles también tienen barcos que no solamente son más rápidos que los nuestros sino que además van armados de fuego griego.

Pero Stephen le había cogido de los hombros y, fijando en él su azul e implacable mirada, le dijo:

–Sabes muy bien que no puedo dejarte atrás.

–Y tú sabes muy bien que no habrá necesidad de que lo hagas –suspiró John.

En aquel momento les interrumpió el ángel, que parecía bastante furioso al ver que en su intercambio de argumentos y protestas, tan propio de los varones, habían empezado a olvidarse de su empresa y su inspiración.

–Respecto a lo que decís de ir a Tierra Santa, difícilmente podré yo conduciros porque desconozco incluso ese bosque que tendremos que atravesar. De todos modos, en la tierra hay mucha humedad y, por otro lado, antes de venir aquí vi el castillo y os aseguro que no me gustó su aspecto. Me pareció un lugar obscuro y poco acogedor, con su foso seco y sus sombrías murallas y esas ventanas tan estrechas y sin cristal. Quizás sirva como fortaleza, pero no parece que pueda ser utilizado como hogar. Si soy un ángel, espero poder habitar aquí en la tierra en edificios más agradables. Como no sea así, me volveré al cielo en seguida. De momento, partamos hacia Londres. Conducidme vosotros hasta que yo empiece a recordar.

Los tres subieron las escaleras que conducían hacia el sol y, evitando las miradas del viejo Edward, que seguía segando el prado, llegaron por fin a las perreras. Era mediodía. El señor del castillo y sus caballeros no habían vuelto a salir tras regresar de la cacería. Sus siervos, después de haber pasado la jornada trabajando los campos, se habían reunido a la sombra del molino para disfrutar de sus gachas y su pan. Si alguno de ellos hubiera notado el paso rápido y furtivo de los presuntos cruzados, hubiera pensado seguramente que estaban jugando o bien

que Stephen había encontrado alguna mozuela que pensaba compartir con el hijo de su señor, y probablemente habría murmurado:

–Ya era hora.

Mientras los podencos de Stephen lamían sus talones, los tres subieron a la buhardilla para recoger su escasas pertenencias: dos túnicas de color verde con capucha para los días de invierno, unos zuecos de madera y unas calzas que llegaban hasta la rodilla, una bolsa de cuero llena de pan de trigo y pedazos de queso, un frasco de cerveza y un nudoso cayado de pastor.

–Por si hay lobos –dijo Stephen, indicando el cayado–. Lo he usado muchas veces.

–Y por si hay mandrágoras –añadió John maliciosamente, con idea de asustar al ángel.

–Nos hace falta una muda para chica –dijo Stephen.

–No importa –dijo ella sonriendo mientras bebía la cerveza de Stephen. Luego se puso a comer pan en tal cantidad que amenazaba agotar las provisiones antes de empezar el viaje.

–Cuando tenga la ropa manchada –dijo el ángel con picardía–, me la lavaré en un río y entonces os convenceréis de si soy o no un ángel.

A John le pareció que la frase era muy poco propia de un ángel y hasta carente de toda delicadeza. ¡Como si ellos fuesen capaces de espiarla mientras se bañaba!

Recordó con nostalgia la modestia de Miriam. Aquella muchacha había dejado en él un profundo recuerdo pese a que había muerto tan silenciosamente como había vivido, sin expresar temores ni protestas. Ni siquiera la peste había podido desfigurar su rostro.

–Volveremos a vernos en el Cielo –dijo al morir.

Pero Stephen tranquilizó al ángel:

–No hemos dudado ni por un instante de que lo seas. Y ahora...

Su voz se quebró y de repente volvió la cabeza como si quisiera comprobar que su pequeña buhardilla estaba ordenada.

–Tenemos que dejarle solo con sus perros –susurró John al ángel, conduciéndola escaleras abajo.

Stephen, muy silencioso, se reunió al cabo de un rato con ellos en el brezal. Las amistosas lenguas de los perros le habían mojado la túnica, y su rostro también estaba humedecido, aunque resultaba difícil decir si era debido a los perros o las lágrimas.

–¿No te parece que podríamos llevarnos con nosotros uno o dos? –dijo Stephen–. O al menos al pequeño ése que no tiene cola...

–No –dijo John–. Cuando mi padre vea que nos hemos ido se pondrá a gritar y a romperlo todo, pero al final se encogerá de hombros y dirá: «Un par de inútiles. No hemos perdido nada.» Pero si le robamos uno de sus podencos pondrá a todos sus caballeros tras nuestra pista.

–¿No podríamos, entonces, llevarnos a Bucéfalo?

–Se lo diste a Anthony. No sería justo que ahora lo reclamases. Siempre nos ha ayudado.

–Por cierto, nuestro ángel no tiene nombre todavía –exclamó Stephen repentinamente y con cierta irritación, como si pensara: «Ya que ha venido a quitarme todos mis perros, podría haberse traído al menos un nombre.»

–Yo tenía un nombre, estoy segura. Pero me parece que se me ha borrado de la cabeza. ¿Qué nombre queréis darme?

–¿Qué os parece Ruth? –propuso Stephen–. En la Biblia, Ruth estaba siempre viajando, conduciendo a su primos y cosas así, ¿verdad?

–A quien conducía era a su suegra –le corrigió John, quien opinaba que, yendo como iban a

una cruzada, Stephen debiera conocer un poco más lo que decía la Biblia.

–Además de guiar a los otros, también ella fue guiada –observó el ángel, que parecía recuperar su memoria poco a poco–, por dos maridos furiosos. Aunque no al mismo tiempo –explicó en seguida–. Sí, creo que tendríais que llamarme Ruth.

«Es demasiado joven para ese nombre», pensó John. En su opinión, aquel ángel no podía tener más de quince años (aunque como ángel tuviera quince mil) La misma edad que Stephen, cuyos pensamientos estaban a tono con las visiones angelicales, pero cuyas necesidades corporales no eran nada celestiales. A diferencia de un Caballero Templario, no había hecho voto de castidad. De modo que había que admitir que la situación no era nada propicia para emprender como él quería una cruzada en el nombre de Dios.

Pero en cuanto entraron en la región del Weald, que era el bosque de mayores dimensiones de todo el sur de Inglaterra, dejó de pensar en Ruth para ponerse a pensar en el Pueblo de la mandrágora y en los peligrosos grifos. Era cierto que el Stane, el viejo camino construido siglos atrás por los romanos, atravesaba todo el Weald, uniendo de este modo mediante una ruta despejada la ciudad de Londres con la de Chichester –la cual alcanzarían antes de que transcurriese una hora–, pero m siquiera la vía romana era inmune a los peligros del bosque.

II

A instancias de Ruth rodearon cautelosamente los terrenos adyacentes a un castillo que se encontraba en su camino, el denominado Guarida del Jabalí.

–Alguien podría reconocer a John –dijo la muchacha–, y advertir a su padre.

–Es cierto –admitió John, lanzando una mirada a la torre normanda, una de las construidas por Guillermo el Conquistador para reforzar su dominio de la isla–. Mi padre y Philip el Jabalí habían sido amigos, tanto que Philip venía a cenar con nosotros el día de San Miguel y también en otras ocasiones, y yo cantaba para él. Pero luego mi padre y él empezaron a discutir por cuestiones de fronteras, porque los dos pretenden ser los señores de cierta arboleda de hayucos en la que ambos quieren alimentar sus cerdos. Estoy seguro de que Philip no se mostraría muy hospitalario con nosotros.

Dando un rodeo a lo largo de una plácida corriente de agua y una vieja rueda de molino cuyas palas giraban inútilmente, pues estaba todo abandonado, alcanzaron la vía romana. Aquel camino que en tiempos había sido la orgullosa pista por la que avanzaban las legiones que no conocían la derrota, y que posteriormente había gemido bajo las pisadas de sajones, vikingos y normandos, estaba en muy mal estado, pues, a diferencia de los romanos, los otros pueblos, que también la utilizaron para sus guerras y su comercio, no se habían cuidado nunca de reparar los daños que en la ruta causaban las ruedas de los carros y la intemperie. En algunos lugares el piso se había hundido y los carros ya no podían transitar; pero los suaves bloques romanos, sostenidos por una base de cemento, todavía eran lo bastante amplios como para proporcionar un camino para jinetes y viandantes así como para las literas sostenidas por dos caballos en las que viajaban las damas.

–Me siento como esta vía romana –dijo Ruth, suspirando–: cansada.

Se había rasgado los bordes de su vestido en los espinos de los setos y el blanco tejido estaba sucio de barro. Había perdido el halo que adornaba su cabeza, y su sedosas trenzas, doradas como la garganta de las flores de la correhuela, se habían deshecho abriéndose sobre su espalda. En cuanto al pequeño John, se sentía acalorado, jadeaba y estaba empapado de sudor, y le hubiera gustado quitarse un poco de ropa como solían hacer los siervos.

–Stephen –gimió Ruth–, ¿no podríamos descansar un poco ahora que hemos encontrado el camino?

Aunque seguía hablando de forma muy melodiosa, su acento había adquirido gradualmente la dureza del inglés corriente.

–¡Si acabamos de empezar! –rió Stephen–. Londres está a muchos días de camino. Tenemos que haber avanzado bastante leguas antes de que se nos eche la noche encima.

–Pero ya es media tarde. ¿Por qué no descansamos hasta que refresque un poco?

–Muy bien –sonrió Stephen, estirando el brazo para mostrar con un golpecito su buena voluntad.

Stephen siempre tenía dificultades cuando quería expresarse con palabras y prefería hablar con las manos, a las que convertía según las ocasiones en nidos donde calentar un pajarillo, bálsamos capaces de curar un perro, arcos capaces de hacer música con el vaivén de la guadaña o los golpes del hacha, y eficaces instrumentos con que recoger leña para hacer fuego. Era capaz de expresarse con sus ademanes con la exquisita elocuencia de alguien que fuera ciego y sordomudo a la vez. Si alguien le decía buenos días, él contestaba con un golpecito en el hombro. Si alguien caminaba con él, Stephen frotaba su cuerpo con el de su

Librodot

compañero o le cogía del brazo. Le gustaba subirse a los árboles para notar en sus palmas el tacto áspero de la corteza o meterse en agua helada en invierno y golpear la fría corriente hasta entrar en calor. Pero reservaba su tacto para las personas y cosas que le gustaban, y jamás lo utilizaba con cosas feas o personas desagradables.

–Descansaremos todo lo que quieras –dijo. –Creo que me tendríais que dejar una de vuestras túnicas –sonrió Ruth–. Mi vestido está sucio y roto.

Con un modesto estremecimiento, el ángel se retiró tras unos helechos y se cambió de ropa.

–Vigila, puede haber basiliscos –le dijo gritando John–. Ya sabes que tienen una mordedura mortal.

Luego, en voz baja y dirigiéndose a Stephen, añadió:

–Primero se zampa tu comida y ahora se pone tu ropa.

–Nuestra comida y nuestra ropa –le dijo muy serio Stephen–. Los dos somos cruzados. John se quedó tan avergonzado que no volvió a decir nada más, y se quedó escuchando a Ruth, que doblaba ramas, partía ramitas y hacía ruido con la ropa, casi como si tratase de anunciarles las diferentes etapas de su cambio de indumentaria. John se puso a pensar en las mozas –¿diez, veinte...?– que se habían desnudado para Stephen. El tema del amor sexual le tenía perplejo. Los procesos aristotélicos de su cerebro se negaban a analizar, aclarar y evaluar el problema; de hecho, eran perfectamente inútiles para estudiarlo. John pensaba que había amado a su madre de forma filial; a Stephen le amaba fraternalmente. Pero lo otro era distinto. Todavía no había sido capaz de reconciliar el código amoroso de los trovadores –con sus rosas y sus promesas de eterna fidelidad– con la imagen de Stephen el día que le sorprendió en su buhardilla con una mozuela desnuda. Stephen no pareció avergonzarse en lo más mínimo de la situación. Se limitó a sonreír y decirle:

–¡Dentro de un año o dos, podremos ir de conquista los dos juntos!

La chica, que no hizo esfuerzo alguno por ocultar su desnudez, recordó a John una de esas prostitutas bíblicas a las que se condenaba a ser apedreadas. Pero no se sentía capaz de echarle la culpa a Stephen por ceder ante tan tentadores cuerpos. John, en cambio, había jurado el código caballeresco de la pobreza, la castidad y la obediencia a Dios. A menudo había pensado en la posibilidad de irse a un monasterio, pero como no quería separarse de Stephen, cuyo carácter no podía estar más alejado del monástico, decidió entregarse a una vida de aventuras.

–¿Qué? ¿Se te ha comido la lengua un cuervo? –sonrió Stephen–. No pretendía reñirte.

Rodeó los hombros de John con su brazo y añadió:

–Hueles a clavo.

John se puso tenso, no tanto por el contacto como por lo que le parecía una insinuación. No había olvidado la pulla que le dirigió su padre: «¡Niña!». Según la tradición, sólo las muchachas y las mujeres guardaban sus vestidos en cajones donde ponían clavos de olor. Los hombres, en cambio, ponían su ropa en los garderobe, una habitación que en realidad era un lavabo recortado en el muro al lado de la escalera y que estaba provista de un orificio redondo que daba al foso. De esta manera olía de tal modo que la habitación y la ropa quedaban protegidas de la polilla.

–Eran de mi madre –dijo balbuceando–. El clavo, claro. Todavía utilizo su cómoda.

–Mi madre ponía menta en los cajones de la suya –dijo Stephen–. Yo prefiero el clavo. Quizás se me pegue el olor. Hace una semana que no me baño.

Stephen apretó el hombro de John, y éste supo que nadie había puesto en duda su hombría. La verdad, pensó, era que Stephen jamás había dudado de nada respecto a él. Es cierto que

Librodot

muchas veces le gastaba bromas, y que le había hecho daño jugando, y que un día llegó incluso a derribarle de un golpe por haber pisado la cola de un perro; pero nunca había dicho nada sobre su hombría.

–Este camino no es peligroso –continuó Stephen, que, por una vez, se mostraba parlanchín, quizás debido al silencio de John–. Los frailes de Chichester lo patrullan para mantenerlo libre de ladrones. No llevan espada, pero ¡que el arcángel San Gabriel ayude al desgraciado ladrón que caiga al alcance de sus cayados!

–De todos modos –dijo John–, estamos rodeados de bosque; toda esta vegetación parece una manada de verdes grifos de alas escamosas dispuestos a comerse el camino y todo.

Fíjate, parece como si ya hubiesen mordisqueado los bordes y... –añadió bajando la voz–: Ahora que lo pienso, ¿no salió ella del bosque?

–De donde salió es del cielo –rió Stephen–. ¡Qué tonto eres! ¿No te acuerdas que dijo que no sabía nada del bosque?

Antes de que John pudiera discutir las afirmaciones de su amigo, Ruth surgió entre los dos, verde como un prado en plena primavera. Se había puesto la capucha en la cabeza y estaba resplandeciente. Llevaba el ceñidor dorado en la cintura y, abandonando sus zapatillas azules, se había puesto los zuecos de madera, cuya fealdad hacía destacar más aún la belleza de sus tobillos. Con su vestido había hecho un paquete en el que había envuelto las zapatillas y el crucifijo.

–Nadie podría adivinar ahora que soy un ángel –sonrió–. Ni siquiera que soy una chica.

–En lo primero aciertas –dijo Stephen–, pero te equivocas en lo segundo. Para parecer un chico tendrías que tener las manos más encallecidas y ocultar todos esos rizos.

Ella fingió ocultar su cabello, pero en cuanto reanudaron la marcha sacudió la cabeza dejando asomar de nuevo algunos rizos. Luego se puso a cantar una canción muy popular aquellos días:

En un valle de esta mente inquieta,
busqué por colinas y pastos...

Aunque la canción hablaba de un hombre que iba en busca de Jesucristo, la letra de la canción fluía de sus labios con la misma alegría que si estuviese cantando un villancico. John pensó que si tuviera un timbal podría acompañarla, y Stephen se puso a silbar. De este modo consiguieron olvidar la desolación de aquel camino por el que nadie viajaba a aquella hora y que parecía que fuera a ser devorado por el bosque.

Más adelante, al doblar un recodo, estuvieron a punto de tropezar con un caballero en cuyo pecho había una cruz roja. Parecía un Templario. Detrás de él, montada en un caballo pío iba una dama precedida por un criado que caminaba con los ojos fijos en el suelo. Al verles el caballero frunció el ceño; a pesar de los votos que debía de haber hecho para pertenecer a aquella orden, parecía un hombre más entregado a la guerra que a Dios. Pero la dama les sonrió y les preguntó adonde iban.

–Vivo en un castillo que hay camino arriba –dijo John en francés normando.

A diferencia de sus amigos, John iba vestido como un joven caballero, con una túnica de lino de color ciruela en lugar de la tosca tela de las camisas de los otros, y, además, ceñía su cintura un cinturón muy fino con un brocado en hilo de plata. Era evidente que tenía que ser el portavoz del grupo.

–He venido al bosque con mis amigos a buscar castañas, y ahora vamos de regreso a casa.

El caballero frunció todavía más el ceño y tiró de las riendas de su corcel, como si sospechara que John era un plebeyo que hubiera robado una fina túnica con intención de hacerse pasar por el hijo de un caballero. No era nada corriente que los hijos de noble cuna, ni siquiera a los doce años, salieran a los campos y bosques acompañados de villanos. Y mucho menos que llamaran «amigos» a éstos, y que estuvieran fuera de los muros de un castillo a una hora tan avanzada.

–Hace muchas millas que no hemos visto ningún castillo –gruñó el jinete, apoyando una mano de gruesas venas sobre la empuñadura de su espada.

–El castillo de mi padre está bastante apartado del camino, y además no tiene los muros muy altos –dijo algo vacilante John–. De hecho le llaman La Tortuga porque es un hueso tan duro de roer como el caparazón de una tortuga. ¡Muchos señores han intentado el asedio y han fracasado!

–Procura regresar a tu castillo antes de que obscurezca –le dijo la dama–. Tú no tienes caparazón, y este camino es muy peligroso cuando cae la noche. Mi protector y yo nos dirigimos al castillo de nuestro amigo Philip el Jabalí. ¿Sabes si está muy lejos todavía?

–A unas dos leguas –dijo John, que luego dio a la dama indicaciones muy precisas sobre cómo llegar hasta allí, en un francés tan refinado y seguro que nadie hubiera podido dudar de su sangre normanda y su noble cuna.

Lo cierto era que John pasaba miedo cuando pensaba que iba a ocurrirle algo, pero nunca cuando ya le estaba ocurriendo. Ahora, haciendo adiós con la mano y tras una cortés reverencia, se despidió de ellos, recibió una sonrisa de la dama, y condujo a sus amigos camino adelante, alejándolos de La Tortuga.

–Qué muchachito tan guapo –oyó murmurar a la dama– y tan varonil.

–Si no hubiese estado tan asustado –dijo Stephen en cuanto estuvieron lo bastante alejados de la dama, su caballero y su silencioso criado– me hubiera rasgado la túnica cuando te oí decirles que íbamos a La Tortuga. ¡No hay un solo castillo en las próximas diez millas! ¿ Sabes que es la primera mentira que te oigo decir?

–¿Tú también estabas asustado? –dijo John, asombrado ante tal confesión.

–Desde luego que sí. Esos dos eran amantes que iban al castillo del Jabalí a consumar sus amores. Tengo entendido que al dueño del castillo le gusta mucho que se utilicen los salones para esta clase de citas. Tiene todo un burdel para los grandes señores. También él lo usa para lo mismo. Seguro que esa dama tiene un marido en algún lado, y no hubiera sido de extrañar que el Caballero Templario nos hubiera atacado para evitar que pudiéramos contar lo que hemos visto.

Cuando obscureció eligieron un ancho y voluminoso roble dotado de un frondoso ramaje, y entre los dos chicos ayudaron a escalar el tronco a Ruth. Ella preparó un nido de hojas y musgo con sus diestras manos y, después de quitarse los zuecos y el crucifijo y guardarlos bien escondidos, se sentó lo más cómodamente posible, como si estuviera muy acostumbrada a dormir en lugares como aquél. Parecía tener un gran talento para hacer nidos, tanto en el suelo como en el aire. Después de comer un poco de pan y queso y beber algo de cerveza, y negándose testarudamente a dejarse ayudar por los muchachos, bajó del árbol mostrándose muy ágil y experta.

–¿Crees que está enfadada con nosotros? –preguntó John.

–Debe de ser la cerveza que ha bebido–explicó Stephen–. Oye, mientras ella no está...

Treparon hasta el borde del nido y, apoyándose contra una rama, apuntaron al roble de al

Librodot

lado. John se rió mucho diciendo que Ruth estaba agachada entre sus ramas.

Pero no era así, y John se sintió fastidiado cuando la vio emerger de detrás de un olmo en lugar de hacerlo del mojado roble.

–He ido a buscar juncos para calentarnos –dijo cuando volvió a reunirse con ellos–, pero no he encontrado ninguno. Tendremos que acostarnos muy juntos.

Ruth eligió el sitio de en medio pensando que con un chico a cada lado tendría menos frío, y Stephen se tumbó muy a gusto a su izquierda.

Sin embargo, con la rapidez y destreza de un Lucifer disfrazado de serpiente, John consiguió introducirse entre los dos y empujó a Ruth hacia un lado. Pero ella decepcionó a John, pues aceptó este arreglo sin protestar y se apoyó contra él comunicándole un aroma de galanga, la planta aromática importada de Oriente que las damas inglesas utilizaban como base de su perfume.

–Esta noche brillan las estrellas –dijo Ruth–. Mira, John, allí asoma Arturo entre las hojas, y también Sirio, la estrella del Norte. Los vikingos la llaman Lámpara del Errante. Stephen le dio un codazo a John como diciéndole: «¿Lo ves? ¡Sólo un ángel puede saber estas cosas!»

–Stephen –susurró John. –¿Qué?

–Ya no tengo miedo. No me asusta irme del castillo, ¡ni siquiera dormir en el bosque! –¿De verdad?

–Sí. Debe de ser porque no me siento solo. –¡Ya te dije que con nuestro ángel no teníamos nada que temer!

–No lo digo por el ángel –dijo John, apoyándose en el hombro de Stephen como si fuera una almohada. El olor de los perros y los pajares borró el aroma de Ruth.

–Duerme, hermanito. Sueña en Londres..., y en Tierra Santa.

Pero antes de que pudiera soñar, John volvió a sentir miedo. Cuando todo el ambiente parecía decirle que era medianoche, por el frío y la neblina y el canto de la lechuza, el sonido de un cuerno de caza le despejó del todo. Simultáneamente oyó un chillido tan fuerte que parecía que cien nutrias hubieran sido atrapadas a la vez por la rueda de un molino. Los sonidos parecían llegarle de bastante lejos, pero eran lo suficientemente estridentes como para obligarle a taparse los oídos con las manos.

–¡Algún cazador ha atrapado a una mandrágora! –exclamó Stephen, sentándose en el nido–. Es una noche sin luna, y debe de ser algo más de medianoche. Tocan el cuerno para acallar el chillido. Vamos a ver qué han cazado.

Pero John no tenía ganas de abandonar el árbol.

–Si lo que han matado es una mandrágora, no creo que quieran compartirla con nadie. Por otro lado, podrían ser ladrones.

También Ruth se había despertado al oír el chillido.

–John tiene razón –dijo–. Además, es algo horrible que no vale la pena ir a ver. ¡Una criatura arrancada de la tierra!

–Yo me quedaré para hacer compañía a Ruth –dijo John.

Pero Stephen le sacó del nido a empujones y el pobre John bajó resbalando y arañándose por el tronco del roble.

–¡No podemos dejar sola a Ruth! –exclamó levantándose del suelo, que estaba sembrado de bellotas.

–Los ángeles no necesitan protección. ¡Corre, o se nos van a escapar!

Cruzaron el camino romano y se internaron en el bosque del otro lado. Pronto encontraron a los cazadores, que eran un par de toscos leñadores, padre e hijo a juzgar por sus respectivas

Librodot

estaturas, la tez y el color muy rubio de su cabello. El que parecía ser el padre era un hombre encorvado por el cansancio y los años y tan gastado como una guadaña vieja, y el otro llevaba un parche sobre un ojo. Los leñadores contemplaban una mandrágora muerta del tamaño y la forma de un recién nacido. Cualquiera le hubiese tomado por un bebé humano de no ser por las raicillas sucias de tierra, los desproporcionados genitales y la verdosa mata de pelo con flores como campanillas rojas. El patético cuerpo se retorcía como un pollo al que acabasen de cortar la yugular. A su lado yacía muerto un perro atado a la mandrágora con una cuerda y con las orejas ensangrentadas.

Aunque no había luna y las grandes estrellas, Arturo y Sirio, estaban veladas por la neblina del bosque, uno de los cazadores llevaba una lámpara y John pudo ver la mandrágora, el perro y la sangre bajo una luz fantasmal y parpadeante que le hizo pensar en la caída de Lucifer al infierno. Al final acabó pensando que tal vez Stephen y él hubieran caído también con el demonio.

Uno de los leñadores les vio.

–Ahora mismo podríais estar los dos muertos, como este perro con las orejas reventadas –les dijo en tono de reproche y quitándose la cera de abeja de las orejas con los dedos.

Luego sacó de debajo de su túnica un cuchillo de larga hoja y siguiendo las instrucciones de su padre –«No, así no, tienes que dar cortes rápidos y limpios, sin rasgar»– partió la mandrágora en pedacitos del tamaño de raíces, más resinosas que ensangrentadas, que fue envolviendo en tiras de tela y colocando cuidadosamente en una bolsa de piel de zapa.

–Un diablo menos –murmuró el padre enderezando su cuerpo–. Dentro de una semana hubiera crecido y se hubiera ido a las madrigueras con los suyos.

–¡Toda una fortuna! Estos trozos son los mejores afrodisíacos –dijo el hijo en tono triunfal.

El mercado de raíces de mandrágora era lucrativo e inagotable: sus clientes eran ancianos señores que se sentían abandonados por su potencia sexual, o amantes cuyo amor no era correspondido. Desde los tiempos de la Biblia, los tiempos de Jacob y Leah, la raíz de mandrágora estaba considerada como el único afrodisíaco infalible. Ciertamente aquellos leñadores habían ganado una auténtica fortuna. Los compradores estaban siempre dispuestos a pagar oro y plata, tierras y ganado, para poder conquistar a su amada o recuperar su lujuria.

Cuando los leñadores terminaron su truculenta disección, el hijo dirigió una sonrisa a los muchachos y les ofreció un pedacito del tamaño de un guisante.

–Tomad. Si lo ponéis en el plato de una muchacha, se os va a comer...

–Este no lo necesita –dijo John, tomando el regalo–. Las chicas se lo comen sin necesidad de nada. ¡Como hormigas delante del azúcar!

–Pero tú sí que lo necesitas, ¿eh? –rió el hijo guiñando a John su único ojo.

Era muy corriente encontrar, tanto en Francia como en Inglaterra, siervos a los que les faltaba un ojo. Y no era porque lo hubiesen perdido en una pelea, sino porque muchos señores se lo arrancaban como castigo; por ejemplo, por haber tardado mucho en recoger leña para el fuego.

–Ahora se te comerán a ti –añadió el hijo.

–Tampoco lo necesitará dentro de muy poco –le interrumpió Stephen–. Dentro de uno o dos años le perseguirán todas las chicas. Ahora sólo tiene doce años.

Luego, señalando al perro, Stephen dijo muy serio:

–¿Hacía falta usar un perro para esto? ¿No hubierais podido hacerlo igual sin sacrificarlo?

–Todo el mundo sabe que lo mejor es un perro, porque da un tirón mucho más fuerte y saca la mandrágora entera de una vez. Es como arrancar una muela, con raíces y todo. Además, era

un perro viejo. Ya no hubiera vivido muchos años. Y con lo que sacaremos de la venta podremos comprarnos toda una jauría.

Cuando los hombres se fueron, hablando con volubilidad de la venta de su tesoro en la próxima feria, y de que gastarían su dinero en secreto para impedir que su señor se quedara como siempre con la tercera parte de lo que obtuvieran, los muchachos enterraron al perro.

–Malditos sean –dijo Stephen–. ¡Mira las señales de los latigazos que le dieron para que saltara! ¡Ni siquiera le pusieron cera de abeja en los oídos para que no le reventaran!

–La cera de abeja sólo sirve para los hombres. Los perros tienen un oído muchísimo más sensible y el chillido atraviesa la cera y les mata igual que si no le llevaran. Lo leí en un bestiario.

–No me extraña que las mandrágoras se nos quieran comer. Al fin y al cabo los hombres arrancamos a sus hijos de la tierra y los cortamos en pedazos. Si no fuera por mis padres, casi sentiría compasión por estos pobres seres. Y ahora, un montón de viejos asquerosos comprarán las raíces y se pavonearán delante de las mozas de la cocina.

–Supongo –dijo John, que había enterrado furtivamente el pedacito de mandrágora junto con el perro– que lo difícil es averiguar quién empezó primero, si los hombres o las mandrágoras.

Se interrumpió un momento y luego cogió la mano de Stephen y dijo:

–Me parece que voy a vomitar.

–Tranquilo, ya verás como no –dijo Stephen, calmando a su amigo–. Volveremos a nuestro árbol y dormiremos un poco.

Pero también Stephen temblaba, y John lo notó. «Siente pena por el perro –pensó–. No voy a marearme. Sólo conseguiría entristecerle más».

Ruth les esperaba y había en sus ojos una mirada que ellos no pudieron leer porque la luz de las estrellas estaba tamizada por la niebla.

–Sentimos haberte dejado sola tanto rato –dijo Stephen–, pero los cazadores acababan de matar una mandrágora y...

–No quiero ni oír hablar de ellos.

–Las mandrágoras no pueden subirse a los árboles, ¿verdad? –dijo John–. Los padres podrían estar por aquí, como pasó la otra vez.

–Claro que pueden subirse a los árboles –dijo Stephen, que como sabía muchas cosas sobre los bosques se atrevía a contestar improvisando incluso las que no sabía–. En cierto modo son árboles. O al menos raíces.

–¿Crees que pueden sospechar que estamos aquí arriba? Ya sé que no pueden vernos, pero me gustaría saber si pueden olemos.

–¿Por qué no me hacéis el favor de dejar de hablar de mandrágoras? –cortó Ruth–. Oyéndonos hablar cualquiera diría que nos rodean por todas partes, cuando en realidad son una raza prácticamente extinguida.

–Las mandrágoras mataron a los padres de Stephen –la interrumpió secamente John.

Sentía deseos de dar un bofetón a la muchacha, que, en su opinión, tenía un talento especial para interrumpir las conversaciones y decir las frases menos adecuadas. A John le había parecido oportuna y generosa la actitud de Stephen al expresar su compasión por la cría de mandrágora, y en cambio le resultaba imperdonable que aquella chica ignorante mostrara simpatía por aquellos asesinos. A John le parecía ahora tan imposible que Ruth hubiese venido del cielo como que un ángel bailara sobre la cabeza de una aguja, un tema que el fraile que le daba clases había discutido con la más absoluta seriedad, mientras su alumno reía

secretamente.

–Perdona, no lo sabía –exclamó Ruth.

–¿Cómo ibas a saberlo? –dijo Stephen–. Una noche que no estaba en casa, tres mandrágoras entraron en ella. Las hembras también son peligrosas, porque las jóvenes se hacen pasar por niñas y van a vivir a los pueblos. Los varones no pueden hacerlo porque desde muy pequeños ya son demasiado peludos y..., bueno, ya sabes, están demasiado bien dotados. Pero las niñas parecen a primera vista seres humanos, aunque por dentro tengan resina en lugar de sangre y un esqueleto marrón de una materia..., ¿cómo dijiste que se llamaba, John?

–Fibrosa.

Ruth escuchó en silencio todo aquello y se encogió hasta quedar convertida en una pequeña bola. Su imagen recordó a John una diadema en forma de araña con brillantes dibujos de oro. Había recogido sus piernas de una forma que parecía la mitad de su tamaño real.

–Cuéntale más cosas tú, John –dijo Stephen, que casi jadeaba tras pronunciar tan largo discurso–. Tú lo sabes todo –y, dirigiéndose a Ruth añadió–: Sabe francés, inglés y latín. Y los nombres de todos nuestros reyes y reinas desde Arturo hasta el malvado rey John. Y también los nombres de esas diosas paganas que siempre iban desnudas y se casaban con sus hermanos.

A John le encantó continuar el relato. Le gustaba mucho dar conferencias pero, aparte de Stephen, nadie le había prestado nunca atención.

–Antiguamente, antes de las cruzadas –dijo John adoptando una entonación parecida a la del viejo vagabundo que se dispone a contar una de las mil anécdotas que ha vivido–, las mandrágoras vivían en el bosque y estaban tan sucias y eran tan peludas que hubiera sido imposible confundirlas con seres humanos. Comían de todo, tanto carne animal como humana, y ponían redes en las que atrapaban a los cazadores, luego los asaban sobre brasas ardientes, y después de comérselos esparcían los huesos por el suelo igual que hacemos nosotros con los palillos de tocar el tambor el día de San Miguel.

Al llegar aquí, como un hábil juglar, John hizo una pausa y miró a Ruth para medir el efecto que estaba causando su relato. El interés que ella mostraba le dio confianza. La muchacha estaba tan absorta en la historia que hubiera podido caerse del árbol.

–Pero un día, una pequeña mandrágora salió errando del bosque y un sencillo herrero, creyendo que era una criatura humana que se había perdido en el bosque, la adoptó. La niña se ponía cada vez más bonita y rolliza al mismo tiempo que el herrero y su esposa iban adelgazando, y todo el mundo comentaba la generosidad del pobre herrero que daba su mejor comida, y precisamente un invierno en el que los alimentos escaseaban para todos, a una niña adoptada. Pero al verano siguiente un carro cargado de heno atropello a la niña y la mató. Todo el mundo pensaba ya en castigar con la muerte al que conducía, cuando notaron que la sangre de la niña era una mezcla del fluido rojo normal con una espesa y viscosa resina.

–¿Qué quiere decir viscosa? –interrumpió Stephen.

–Pegajosa. Como esa sustancia que sale de las arañas cuando hacen su tela. Fue así como se averiguó que el pueblo de la mandrágora no sólo es caníbal sino también vampírico, y que si se alimentan de sangre humana su propia sangre va perdiendo su aspecto resinoso. Sin embargo, sus huesos siempre siguen siendo de color marrón. Además, si no siguen chupando sangre humana, la suya vuelve a ponerse resinosa.

«Pues bien, las mandrágoras se enteraron de lo que le pasó a la niña adoptada por el herrero hasta que tuvo el accidente. Seguramente se lo contó algún ladrón que trataba de escapar de la justicia en el bosque antes de que lo asaran. Las mandrágoras decidieron enviar a los pueblos

Librodot

a otras hijas suyas, confiando que allí su vida sería menos difícil que en el bosque. Después de frotarlas lo mejor posible, los padres dejaban a sus hijas en casas habitadas por los hombres, llevándose a cambio a niños humanos cuyo destino es fácil de imaginar. A la mañana siguiente la familia creía que las hadas les habían cambiado su hija por una de ellas, y como todo el mundo sabía que si te niegas a aceptar a la hija de un hada te ves condenado a la mala suerte para el resto de tu vida, todos las adoptaban. Pasó mucho tiempo antes de que la gente se diera cuenta de los planes de las mandrágoras. Actualmente, siempre que una madre encuentra a un bebé extraño en su cuna y cada vez que llega un nuevo niño a un pueblo, suele ser sometido inmediatamente a una prueba: se le hace un corte con un cuchillo, y si lo que sale es resina, ahogan y queman al niño. De todas formas de vez en cuando se cuela alguna que otra mandrágora. »Es decir, es un caso muy diferente al de los cruzados que el siglo pasado, al atravesar Hungría, se convirtieron en vampiros. Recordarás que la enfermedad les fue transmitida por los húngaros que acompañaban a los cruzados a su paso por el país. Cuando los caballeros regresaron a Inglaterra trajeron consigo la enfermedad. Estos vampiros necesitaban atravesar la piel para absorber la sangre de sus víctimas, y antes de alimentarse tenían un aspecto cadavérico, y después se quedaban sonrosados e hinchados. Era muy fácil reconocerles y quemarles. En cambio, las niñas mandrágora son capaces de extraer la sangre a través de los poros aplicando sus labios sobre la piel, y lo más grave es que no parecen vampiros, y que a veces ni siquiera saben que lo son ni que nacieron de una semilla enterrada en el suelo. Cuando absorben la sangre están como en sueños, y a la mañana siguiente ya no recuerdan nada.

–Me parece monstruoso –dijo Ruth.

–Desde luego –dijo John, mostrándose de acuerdo y alegre del éxito de su relato–, son unos seres monstruosos.

–No digo ellos. Digo que es monstruoso clavarle un cuchillo a un niño pequeño.

–¿Y cómo vas a saber entonces si es una mandrágora? Sólo porque todavía queda gente tan sentimental como tú logran colarse todavía algunas mandrágoras.

–Francamente –dijo Ruth–, no creo que se cuele ninguna. Creo que sólo viven en el bosque y comen venados y bayas, y que nunca se comen a los cazadores. Ahora, vamos a dormir. Por lo que me habéis dicho queda mucho camino hasta Londres y necesitamos descansar.

–Buenas noches –dijo Stephen.

–Dulces sueños –dijo Ruth.

III

A la mañana siguiente el sol brillaba en el cielo como un escudo sarraceno –como el escudo de Saladino, hubiese dicho un cruzado– y la luz se filtraba hasta el interior del bosque, mientras los pajarillos revoloteaban, se posaban en una rama y movían su cola. Ruth y Stephen estaban de pie en la horcajadura del árbol y contemplaron sonrientes a John, que abría gradualmente los ojos.

–Hemos decidido dejarte dormir un poco más –dijo Stephen–. Cuando traté de despertarte roncabas como un jabalí y lo dejamos correr. Hemos seguido a una lavandera que nos ha llevado a un sitio donde había un buen desayuno.

–Tenemos fresas silvestres –dijo Ruth, cuyos labios estaban muy rojos después de haber tomado aquel magnífico desayuno, ofreciéndole una cestita llena de fruta que ella misma había hecho con juncos, demostrando una destreza notable en alguien que manifestaba desconocer el bosque.

Después de bajar del árbol terminaron su desayuno con unos cuantos hayucos, que, por cierto, ofrecían bastante resistencia a dejarse arrebatar su carne.

Después Ruth se apropió de la cerveza de Stephen y de un par de tragos vació el frasco.

–Así bajan mejor los hayucos –dijo.

–No sé cómo pueden gustarles tanto a los cerdos –dijo Stephen–. Tanto trabajo quitando la cáscara para luego no comer casi nada.

–Es que los cerdos no les quitan la cáscara –le recordó John.

–De todos modos, en esta parte del bosque apenas había dónde elegir –dijo Stephen–. Pero hemos encontrado un riachuelo.

Luego, guardando en la bolsa los escasos restos de comida que habían quedado junto con las prendas de ropa que llevaban, añadió:

–Ruth, ve a buscar tu paquete, y vamos a bañarnos.

Ruth recordó de pronto que lo había escondido y dijo:

–De momento lo dejo allí. Bañémonos y después lo recogeré. Andan por ahí muchos ladrones.

John se preguntó por qué tomaba Ruth tantas precauciones, teniendo en cuenta lo reducidas que eran sus pertenencias, y hasta casi creyó que la muchacha les estaba tomando a Stephen y a él por ladrones. «¡Encima de que se ha bebido casi toda nuestra cerveza!», pensó el muchacho.

La corriente era muy lenta y en las orillas crecían lepidios que parecían tréboles de cuatro hojas. Stephen, que últimamente se había acostumbrado a bañarse una vez al mes en una bañera mientras las mozas le rociaban con barreños de agua, se apresuró a quitarse la túnica por la cabeza. Estaba justificadamente orgulloso de su cuerpo. Una vez le había dicho a John:

–Cuanto menos ropa llevo, mejor estoy. Si llevara unas prendas de caballero, como las tuyas, parecería tan plebeyo como con mi ropa. ¡Pero desnudo..., hasta las damas se vuelven a mirarme!

Pero John no estaba dispuesto a que ocurriese nada inadecuado. No estaba dispuesto a mostrar su cuerpo flaco y blanco en presencia de Ruth, ni tampoco a permitir que Stephen exhibiese su radiante desnudez.

–Báñate tú primero –dijo, dirigiéndose a la muchacha–. Stephen y yo esperaremos en el bosque.

Librodot

–No –rió ella–. Vosotros primero. Stephen ya está casi desnudo y será mejor que empecéis vosotros. Yo no me alejaré mucho.

–No mires, ¿eh? –le dijo John.

Pero Ruth ya se había metido en la espesura y no le contestó.

A pesar del sol sarraceno, el agua estaba muy fría. John chapoteó en la orilla, entre las plantas, y con el agua hasta las rodillas, hasta que Stephen le dejó empapado salpicándole con todas sus fuerzas. Luego jugaron un rato en el agua, y después se frotaron mutuamente la espalda con arena que cogían en el fondo. Se divertían tanto que John pensó que Ruth y el camino a Londres podían esperar hasta el día del Juicio Final, pues él no pensaba interrumpir sus juegos por nada del mundo.

Cuando por fin volvieron a la orilla se tiraron en la hierba y rodaron por ella para secarse. Stephen, diestro luchador, sorprendió a John trabándole con lo que él llamaba su «golpe de la serpiente de dos cabezas», que consistía en rodear el cuerpo de su adversario pasándole los brazos por debajo de los hombros hasta derribarle contra el suelo.

–No te soltaré si no pagas el rescate –exclamó apoyado sobre el pecho de John como Dylan, el duende marino, a caballo de un delfín–. ¡Tendrás que darme seis francos de cerveza de malta tostada!

–Te lo prometo... –empezó a decir John, liberándose de pronto con tal fuerza que Stephen cayó en la hierba bajo el peso menor pero no menos insistente de John–. ¡Te prometo que te daré dieciséis coscorrones con la vara de un abad!

Stephen no se había enfadado. –¡Por el arco de Robin! –exclamó–. ¡Has aprendido todos mis trucos!

–Creo que será mejor que nos vistamos –dijo John, soltando a su amigo antes de que éste intentara derribarle otra vez–. Ruth debe de tener ganas de bañarse. Espero que no haya estado espiando –añadió, mirando de soslayo unos helechos que se agitaban no lejos de la orilla.

Pero pronto se sintió aliviado al ver que de los helechos no salía la muchacha, sino una lavandera.

–¿Qué temías que viese? –preguntó riendo Stephen.

–A ti –dijo John mirando a su amigo con admiración más melancólica que envidiosa.

Stephen era un muchacho con cuerpo de hombre de pies a cabeza, y lo bastante agraciado como para tentar hasta a un ángel. Cuando Stephen se sacudió el pelo mojado por el baño pareció que se agitara en su cabeza un ramo de narcisos. «Un auténtico matrimonio de la belleza y la fuerza», pensó John. Por enésima vez se sintió maravillado al considerar que aquel muchacho le había elegido nada menos que a él como amigo y como hermano, sobre todo teniendo en cuenta que no les vinculaban lazos de sangre ni de raza. John contempló su propio cuerpo y sintió deseos de vestirse lo antes posible. En el castillo no se bañaba nunca cuando lo hacían los amigos de su padre; prefería irse solo al monte con su aguamanil (en el castillo no tenía una habitación para él solo, ya que compartía el dormitorio con los sosos hijos de los amigos de su padre), o en todo caso bañarse en compañía de Stephen en algún riachuelo. Pero Stephen, al verle, le dijo:

–Sabes, John, ya no estás tan flaco como antes. Has empezado a llenarte. Y tienes buenos huesos, y también empiezas a tener bastante fuerza, como acabas de demostrar. Lo único que te hace falta es un poco más de músculos. Te habrás convertido en un hombre en poco tiempo, antes de que te des cuenta.

–¿El año que viene? –preguntó John, pese a opinar que aquel objetivo estaba más lejos de su alcance que la bellísima ave fénix–. Tú eras ya un hombre cuando tenías trece años.

–Cuando tenía diez. Pero no es lo mismo. Yo soy hijo de un siervo de la gleba y nosotros crecemos de prisa. Yo diría que a ti te faltan dos o como mucho tres años. Entonces iremos juntos a buscar mozas.

–¿Y qué chica querrá venir conmigo si puede tenerte a ti?

Stephen le condujo a la orilla.

–Mira –le dijo señalando la imagen que reflejaba el agua: Stephen era brillante y John obscuro, como las dos caras de la luna–. Es cierto que soy más musculoso, pero tú tienes más cerebro. Se te nota en la cara.

–A mí no me gusta mi cara. Ni siquiera he querido mirarme nunca en esos espejos de cristal que traen de Tierra Santa. Siempre pongo cara de sorprendido.

–Quizás antes sí, pero he notado un cambio en ti desde que salimos del castillo. Ayer mismo, cuando miraste al caballero templario, yo estaba a punto de morirme de miedo. En cambio tú resististe su mirada. Además, se te notaba tan sabio que no había quien pudiera contigo. Llegará un día en que serás tan musculoso como yo, mientras que puedes apostar lo que quieras a que yo no tendré nunca tu cerebro. Venga, vamos a decirle a Ruth que se bañe.

Cediendo a la insistencia de Stephen, que tuvo que porfiar bastante, John y su amigo hicieron un paquete con sus túnicas y se quedaron en calzones, esa prenda que todos los hombres, tanto los sacerdotes como los caballeros y los campesinos, utilizaban para tapar sus partes. Ahora tenían aspecto de labradores que se habían puesto frescos para emprender el trabajo del día, y nadie sospecharía de ellos ni la bonita túnica de John atraería a ningún ladrón.

–Lo que pasa –dijo John– es que tengo los hombros demasiado blancos.

–Se te pondrán más morenos antes de que lleguemos a Londres –dijo Stephen, que luego añadió gritando–: ¡RUTH, ya puedes bañarte!

Pero tuvo que repetir un par de veces el nombre de la muchacha antes de que se oyera, lejana, la voz de ella diciendo:

–¿Qué quieres, Stephen?

–Ya puedes bañarte –repitió él–. Tienes el río para ti sola.

Después miró a John y, sonriendo, añadió:

–Se ha tomado en serio lo de no espiar. Claro que nosotros no hemos prometido nada...

–¿Te atreverías a espiar a un ángel?

–¿No decías que no lo era? –respondió Stephen, dándole un golpe en el hombro–. No, no espiaré. Pero pensaré en ella. Siempre me he preguntado si los ángeles son como las chicas. Podríamos explorar un poco mientras ella está en el agua. Después del baño y la pelea, tengo ganas de zamparme otro desayuno. Pero no nos alejemos mucho de aquí.

Stephen descubrió una mata de tallos delgados con hojas fragantes detrás de unas hayas.

–Esto es hinojo –dijo–. Va muy bien por si cogemos las fiebres en Londres Nos llevaremos un poco, con raíces y todo.

Pero lo de las raíces hizo pensar a John en el Pueblo de la mandrágora, y, dejando a un lado el hinojo, se dirigió guiado por su olfato a unas plantas de menta que había cerca.

–¿Verdad que era esto lo que ponía tu madre en los cajones para dar buen olor a la ropa?

–Sí, y además es buena para comer.

Se arrodillaron en el suelo y se pusieron a masticar las hojas de menta, cuyo zumo dulcemente ardiente les dejó tan afónicos y sin aliento como si hubiesen bebido un fuerte moscatel.

De pronto empezaron a preguntarse dónde estaba el río, el camino y el roble en el que habían dormido.

Librodot

–Todos los árboles parecen iguales –dijo Stephen–. Mira esa vieja haya de allí. ¿No la hemos visto antes? Y allí la tierra está arrancada...

Al parecer habían ido sin darse cuenta al sitio donde había sido sacrificada la pequeña mandrágora. En el suelo seguía viéndose un agujero de forma turbadoramente humana, con unas grietas más profundas en los sitios de donde habían sido arrancadas las raíces por el desventurado perro.

–Vayámonos de aquí –dijo John, que se sentía tan mareado como si le hubiesen encerrado en un garderobe.

–Espera –dijo Stephen–. Hay otro agujero. Aquí es..., aquí es donde enterramos al perro. ¡Cristo! Esos cerdos lo han desenterrado y...

En torno al agujero había muchos huesos: la calavera, un fémur, la pelvis..., y no quedaba ni un pedazo de carne en ellos.

–Stephen –dijo John, cogiendo la mano de su amigo–. Ya sé cómo te sientes. Ha sido una crueldad comerse la carne del perro, pero tenemos que alejarnos de aquí. ¡Van a creer que fuimos nosotros quienes arrancamos de la tierra a esa mandrágora!

Había algo esperándoles.

Al principio parecía un árbol. O mejor, un cadáver exhumado de una tumba en torno al cual hubieran crecido raíces. Poco a poco, aquel ser avanzaba oscilando hacia ellos. Tenía la piel blanquecina como el tronco de un haya, pero la piel podía ser una corteza y la verdosa mata de pelo que la cubría por muchas partes hubiera podido ser en realidad una serie de raicillas. Unos ojos rojos brillaban en unos negros huecos. «Son como dragones asomando en las bocas de dos cuevas», pensó John. La boca era como un hilo, hasta que se abrió en una mueca que reveló unos dientes triangulares como los de un tiburón, unos dientes hechos para aplastar, rasgar y destrozar.

–¡Corre! –gritó John tirando de su amigo.

Pero el orgulloso Stephen había decidido luchar.

–¡Comeperros! –gritó lanzándose contra la mandrágora y usando su cabeza como arma en su acometida.

La criatura cedió como una puerta cuya madera estuviese podrida, pero proyectó sus miembros y envolvió a Stephen en su caída. Una vez en tierra parecía un pulpo vegetal que apresaba a su víctima con sus tentáculos en forma de zarcillos.

A diferencia de Stephen, cuando John sentía ira se tranquilizaba, y empalidecía en lugar de enrojecer, como si se hubiera lanzado a un río de aguas heladas. Primero se quedó atónito. Luego las circunvalaciones de su cerebro empezaron a funcionar con claridad cristalina. Sabía que era demasiado joven y relativamente débil. Sus puños desnudos nada podían contra aquella piel resistente como una corteza de árbol. Una carga ciega y sin armas no serviría para ayudar a su amigo. Se puso de rodillas y como un topo se puso a arañar la tierra. Encontró piedrecillas, pinas, hayucos, y cosas igualmente bellas e inútiles. Con las manos ensangrentadas siguió tratando de arrancar a la tierra el arma que tan desesperadamente necesitaba. Luego, sin levantarse, lanzó contra la caída mandrágora una gruesa piedra que hizo que la fibrosa calavera se partiera y se abriese bajo el impacto, manchándole de resina y de una sustancia vegetal de color verde.

–¡Stephen! –gritó.

Pero la única respuesta que obtuvo sonó por encima de él:

–¡Humano! –dijo una voz llena de odio.

Una multitud de dedos le cogieron y le ataron y le arrastraron por tierra junto a Stephen.

Las madrigueras de las mandrágoras no eran tanto habitaciones como catacumbas sombrías en las que se refugiaban de los hombres y las fieras. Nadie sabía si aquellas criaturas las habían construido por sí mismas o si las habían encontrado, dedicándose posteriormente a ampliarlas conectando cuevas naturales y cubriendo el piso de paja. John no había perdido el sentido y notó con su dolorido cuerpo, apenas protegido por los calzones, que le estaban arrastrando por un tortuoso paso que parecía la garganta de un dragón. Dedujo que quienes les habían capturado eran capaces de ver en la obscuridad. Y supo que Stephen estaba todavía cerca de él por el ruido que producía su cuerpo al frotarse contra las estrechas paredes que les rodeaban.

–¡Virgen María –rezó John–, haz que no se despierte!

Durante largo tiempo tuvo que adivinar que pasaban de una habitación a otra solamente por la repentina ausencia de paja que marcaba los puntos donde había una puerta. Por fin, una luz débil y vacilante anunció que se acercaban a un fuego. Quizás se trataba de la cámara del consejo. Era, en cualquier caso, el fin de aquel brutal viaje.

La sala del fuego era redonda y espaciosa. Las hembras de las mandrágoras estaban sentadas y entregadas silenciosamente a la tarea de añadir trozos de turba al fuego. No utilizaban como combustible ni las raíces ni las ramas, pues aquellos seres que empezaban siendo unas raíces no utilizaban la leña para nada. Maliciosamente, John pensó que aquellas criaturas se llevarían un chasco si supieran que lo que utilizaban como combustible había sido antiguamente materia vegetal.

Las mandrágoras les dejaron caer como hubieran hecho los hombres al llegar a su casa con unos troncos para el hogar, y se pusieron a alimentar el fuego al lado de las mujeres. John estaba muy bien atado, con los pies cruzados y las manos a la espalda, pero hizo rodar su cuerpo hasta colocarse al lado de Stephen y poder mirarle a la cara. Tenía las mejillas llenas de arañazos y un tremendo morado en la frente. Y los narcisos de su pelo estaban manchados de sangre y llenos de telarañas que deslucían su brillo habitual.

–Stephen, Stephen, ¿qué te han hecho? –susurró John mordiéndose el labio para no llorar.

Contemplar a su héroe caído le hacía sentir una ternura que iba más allá de la adoración. «Por una vez –pensó– tengo que ser fuerte para poder ayudarle. Tengo que pensar el modo de huir de aquí.»

John examinó la habitación. No había en ella camas ni jergones. Era de suponer que las mandrágoras dormían en las habitaciones más pequeñas y aquella sala cumplía la misma función que el salón de un castillo. Aquí debían reunirse para hablar y celebrar sus fiestas. Las paredes estaban ennegrecidas por el humo. La paja estaba sembrada de huesos, dientes y pelo: todo lo que no era comestible. Entre el hedor de todo aquello y el de los excrementos y la orina, John estuvo a punto de vomitar. Para luchar contra las náuseas empezó a pensar qué hubiera hecho su maestro de encontrarse en aquella situación: sin duda se hubiera identificado con Hércules cuando tuvo que limpiar las cuadras de Augeo, o con Jesucristo cuando entró en el templo y lo encontró lleno de mercaderes.

Después, al otro lado de la sala, vio el crucifijo. Sí, era inconfundible, una enorme cruz de piedra, una cruz latina, con los brazos de longitud desigual, situada en un hueco que tenía forma de ábside. Delante de ella había unas piedras que parecían caparazones de tortuga y utilizaban como asientos. Entre piedra y piedra; el piso de tierra había sido barrido y apisonado por las rodillas de quienes se acercaban allí a orar. Era evidente que aquello era una capilla, y John recordó que había oído contar –hasta aquel momento había creído que se

Librodot

trataba de un mito– que cuando los cristianos fueron a Inglaterra con San Agustín, un sacerdote bajó a las madrigueras de las mandrágoras. Después de comérselo volvieron a pensar en lo que les había dicho y se hicieron cristianos.

–¡Asesino de niños!

Una mandrágora se encontraba sobre él y exudaba un olor a charca llena de verdín. Su voz era gutural y al principio ininteligible, pues usaba palabras de una forma primitiva del inglés. Después se puso a maldecir a todos los caballeros que vestían cota de malla y a desear que el camino de las ballenas se los tragara a todos cuando subieran a sus barcos de madera para ir a la guerra. Después de atacar a los seres humanos en general, pasó a lanzar acusaciones concretas contra John y Stephen, a quienes creía culpables de la muerte de su hijo, del hijo que había engendrado con sus propias semillas. Aunque aquellas criaturas copulaban igual que los seres humanos y los animales, las hembras, dedujo John, debían dar a luz objetos parecidos a bellotas que luego tenían que ser enterrados en el suelo y cuidados a fin de que arraigasen. Si los cazadores no lo impedían, las raíces acababan saliendo de tierra como una tortuga cuando sale de un huevo, y sus madres conducían a las crías hasta sus madrigueras.

–No –dijo John, sacudiendo la cabeza–. No fuimos nosotros los que matamos a tu hijo. Fueron los cazadores.

Aquella criatura abrió los labios e hizo una mueca, la mueca que al parecer era su única expresión; tanto cuando sentían ira como cuando experimentaban placer, siempre enseñaban los dientes. En todas las demás ocasiones eran unos seres tan inexpresivos como una col.

–¿Cazadores? –dijo–. Vosotros.

La habitación estaba llena y hacía en ella tanto calor como en la cocina del castillo cuando se ultimaban los preparativos para un festín, pero las figuras que cuidaban el fuego, encorvadas como bajo el peso de la suciedad, el esfuerzo y los años, no parecían sentirse afectadas por el calor Era evidente que habían hecho el fuego para cocinar, y ahora empezaban a afilar las estacas contra unas piedras. Pero incluso las estacas eran de metal en lugar de ser de madera.

El centelleo de las llamas debía de haber alertado a las mandrágoras más jóvenes que estaban en las habitaciones adyacentes, pues pronto llegaron a la sala y se reunieron gesticulando alrededor de los cautivos. Todavía no caminaban encorvados como sus mayores, y parecían unos seres enérgicos e inteligentes. John pensó que la vida en el bosque acababa por hacer languidecer la mente y el cuerpo de aquellos seres, y no era, por tanto, de extrañar que tratasen de colocar a sus hijas en familias humanas a pesar del odio que sentían por los hombres.

Casi todas las chicas que vio John, con una sola excepción, parecían ser adolescentes, pero el pelo cubría abundantemente sus brazos. La única excepción, una niña que debía de tener unos cuatro años, era maliciosamente bonita. Sus ojos no eran todavía rojos ni se habían hundido en sus cuencas, y tenía los labios del color de las frambuesas. Hubiera podido colarse entre los humanos.

John pensó que los niños habían estado jugando antes de venir, pues todavía tenían en sus manos algo parecido a unos dados que recordaban los cubos de hueso de ballena con que solían pasar el tiempo los caballeros en el castillo de su padre. Pero los dados de los hijos de la mandrágora tenían forma irregular y parecían fragmentos de huesos en los que habían grabado figuras. John recordó que su profesor le había enseñado que los griegos utilizaban como dados los huesos de los nudillos de corderos y otros animales.

Pero pronto encontraron aquellos niños un juego más animado Quitaron a John y a Stephen

sus calzones y se pusieron a empujarles y a pellizcarles con dedos que parecían afiladas zanahorias, y a burlarse de ellos por lo ridículas que eran sus partes. Los muchachos, que iban desnudos como sus padres, tenían unos genitales enormes, de los que se derivaba el poder afrodisíaco de las raíces fragmentadas de aquellos seres. Stephen se movía un poco, pero John se sintió aliviado al ver que no despertaba y no tenía, por tanto, que padecer aquel ridículo. Stephen se había enorgullecido siempre, y no sin motivo, de las dimensiones de sus partes, y si se hubiera visto superado y sometido a pullas por muchachos de ocho años hubiera padecido mucho más que si le hubieran golpeado. La única que no participó en el juego y se quedó en un rincón mirando críticamente a sus amigos, fue la niña de cuatro años.

Después sonó una campana de iglesia, que dio unas notas fantasmales nada apropiadas para un lugar como aquél, y todos los presentes quedaron en un silencio emocionado. Un anciano mandrágora que parecía un enorme árbol cubierto de musgo, avanzó cojeando entre los pequeños y se detuvo entre John y Stephen. Primero les examinó muy pensativo y después eligió a Stephen. Pero cuando se agachó su espalda crujió como un herrumbroso puente levadizo. «Se va a partir –pensó John–. No lo conseguirá.» Pero llegó hasta el suelo y cogió a Stephen en sus musgosos brazos.

–¡Maldito sarraceno! –gritó John–. ¡Deja a mi amigo!

Haciendo fuerza con todo su ser, John consiguió reventar las ataduras que retenían sus tobillos y darle un rodillazo al mandrágora en la ingle. La criatura soltó tal grito que a John le pareció que le estaban metiendo unos clavos al rojo vivo en las orejas. Pero se retorció en el suelo y levantó sus manos tratando de calmar así el dolor. Su cerebro estaba cubierto de sombrías telarañas cuando recuperó el conocimiento. Stephen había sido colocado en la capilla frente al crucifijo. A su lado, el viejo mandrágora recordaba a Abraham cuando estaba a punto de sacrificar a Isaac. Veinte adultos aproximadamente estaban sentados en las piedras en forma de tortuga y los niños contemplaban el espectáculo acurrucados junto al fuego. A John le pareció que en sus rostros –pequeños, huidizos y desdibujados debido al humo y a la poca luz que había en la habitación– no había malicia ni curiosidad sino respeto y miedo. La niña pequeña se había vuelto de espaldas y enterraba su cara entre los brazos de una muchacha algo mayor.

El mandrágora que oficiaba entonó algo parecido a una oración y una invocación. A John le pareció entender las palabras «Padre» e «Hijo», y comprendió con horror y casi con sorpresa que del mismo modo que los cristianos quemaban el leño de Navidad y adornaban sus castillos y casas con ramas de acebo y muérdaga para honrar a Cristo, las mandrágoras, que también eran cristianos, dedicaban el sacrificio de Stephen a su propia idea de lo que era Cristo. Primero el ofrecimiento y luego la fiesta. La misma víctima servía para ambos fines.

John ya había roto las ataduras que sujetaban sus tobillos. A pesar de que todavía tenía atadas las manos consiguió ponerse en pie y acercarse a la capilla. Hacía ya un rato había matado a uno de aquellos seres con fría implacabilidad. Y ahora decidió que usaría el fuego: el fuego griego venido de Oriente y que se usaba como arma en los combates navales y en los asedios de los castillos: asfalto y petróleo puro, azufre y cal, tan ardientes como las llamas del infierno. Le daba la sensación de que todo, incluidas las mandrágoras, tenía que ceder a su paso; pensaba que María, la Madre de Jesucristo, descendería de los castillos del cielo o treparía desde el santuario de su corazón para ayudarle a poner a su amigo en libertad.

Pero las mandrágoras se levantaron formando una firme y sólida empalizada. John volvió a sentirse un simple muchacho de doce años y golpeó con su impotentes puños sus cuerpos leñosos.

–¡No! –sollozó–. ¡Sacrificadme a mí en lugar de a Stephen!

–JOHN.

Su nombre sonó en la sala como el choque de un rostro contra un casco de acero.

–No te preocupes, John, no le pasará nada.

El rubísimo pelo de Ruth, sucio de barro y hojas, caía turbulento sobre sus hombros como un montón de viejas monedas de oro. Se había puesto su vestido de lino blanco, pero las manchas y las lágrimas habían obscurecido su blancura. Parecía un ángel caído, y en sus ojos hervían recuerdos del paraíso y visiones del infierno.

No había entrado forzada ni era tampoco una cautiva. John imaginó que había ganado el favor del Pueblo de la mandrágora cediendo a sus impulsos lujuriosos, pero que Dios la perdonaría si les salvaba a Stephen y a él, y juró servirla hasta su muerte.

Vio que la muchacha llevaba su crucifijo cogido con tal fuerza que daba la impresión de que si alguien hubiese tratado de arrancárselo hubiera tenido que cortarle los dedos que se apretaban en torno a los brazos dorados.

Uno de los que la acompañaban llamó al sacerdote, que permanecía impasible entre la cruz de piedra y su congregación, mientras Stephen seguía tendido a sus pies. El sacerdote no dijo nada ni tampoco hizo ningún ademán, pero en su silencio era patente su desaprobación.

Ruth avanzó hasta el fuego y levantó su crucifijo a la luz de las llamas. Inmediatamente la cruz se convirtió en un océano soleado cubierto de miles de puntos brillantes, como una embarcación sarracena, y las mandrágoras se quedaron mirando aquel fenómeno como si sus hundidos ojos jamás hubieran contemplado nada parecido ni sus cortos cerebros vegetales hubieran podido imaginar nada semejante. En cierto sentido, podían ser comparados –aunque la suya era una situación mucho más infantil y patética– con los primeros cruzados cuando, tras tomar Jerusalén de manos de los turcos, contemplaron por primera vez el Santo Sepulcro. Aunque se hubieran sentido arrastrados hasta Oriente por motivos innobles, todos sus pecados quedaron purgados al vivir aquel instante trascendente de orgullo y admiración, aquel momento de reverencia y exaltación. Lo mismo ocurrió con las mandrágoras.

El sacerdote asintió con la cabeza mostrando su aquiescencia. Ruth se le acercó pasando a través de las filas de mandrágoras, que se separaban murmurando como los juncos en una tarde ventosa, y puso el crucifijo en sus manos. Los dedos del mandrágora lo acariciaron lenta y cariñosamente, deteniéndose con delicadeza en los bultos de las perlas. Ruth no esperó a obtener permiso y, sin vacilar ni mostrar temor alguno, fue hacia John y le desató las manos.

–Ayúdame a levantar a Stephen –le dijo Ruth–. Les he cambiado la cruz por vuestras vidas.

Cuando por fin abandonaron las sombras de la última cueva y se enderezaron para contemplar el último sol de la mañana, el mandrágora les dejó sin dirigirles una mirada ni un ademán, ávido al parecer de regresar a la sala del consejo y contemplar de nuevo el codiciado crucifijo. Mientras atravesaban los obscuros pasillos, Stephen había recobrado el conocimiento, pero tuvo que apoyarse en Ruth y John, que caminaban tras los pasos lentos y crujientes del mandrágora.

–Stephen, ¿estás bien? –preguntó John.

–Muy cansado –dijo Stephen con voz sofocada, estirando sus maltrechos miembros y cerrando los ojos.

–¿Y tú, Ruth? –dijo John, mirándola maravillado y con cierto temor. Acababa de presenciar un milagro.

Pero una vez al lado de Stephen ya no parecía tan milagrosa. La noche anterior, cuando

encogió sus piernas, Ruth le había recordado una araña; ahora le recordaba una túnica húmeda arrugada y rota que alguien hubiese tirado al suelo.

–¿Qué ha pasado, Ruth?

–Después de bañarme me encontraron junto a la orilla. De repente levanté la mirada y les vi.

–¿Y ..?

–Me cogieron, y me arrastraron hacia sus madrigueras. Luché con ellos, pero el que me cogió era muy fuerte.

–¿Y entonces se te ocurrió pensar en el crucifijo y en que eran cristianos y podía gustarles?

–Sí. Recordarás que lo había escondido en nuestro árbol. Traté de hacerles comprender que si me dejaban ir les daría un tesoro. Ya sabes que hablan de forma muy extraña, como si fuesen unos niños que acabasen de aprender a hablar, y con palabras raras y antiguas. Yo les grité: «¡Tesoro, tesoro!», y también: «¡Crucifijo!», hasta que por fin me comprendieron. A su modo, son muy devotos. Me enseñaron sus dientes, discutieron y agitaron los brazos y luego me soltaron. Entonces les conduje hacia el árbol. Pasamos por donde tú y Stephen habíais luchado con ellos. Había en el suelo trozos de vuestros calzones y comprendí que os habían capturado. Entonces me detuve y les dije que no les daría nada si no os dejaban en libertad a vosotros. Entonces uno de ellos me dije que si el crucifijo no era brillante no aceptarían el trato.

«Cuando llegamos al árbol trepé a él seguida por un par de ellos. Cuando deshice el paquete y vieron el crucifijo se quedaron boquiabiertos. Lo cogí y lo adelanté para que lo tomaran, pero todos sacudieron la cabeza y dijeron que no se atrevían a tocarlo, que sólo el sacerdote tenía derecho a ello. Daba la sensación de que pensaran que su suciedad y su fealdad podían estropear el brillo del oro o reducir los poderes mágicos de la cruz. Desde aquel momento, abandonaron sus sonrisas y su inexpresividad, adoptaron una expresión extraña, como si tuvieran ganas de llorar. Se volvieron de espaldas mientras me vestía y me trajeron aquí.

–Y han cumplido su promesa.

–Claro, son cristianos.

El comentario de Ruth turbó a John. Había oído historias en las que los cristianos no cumplían sus promesas. Sabía que los mismos cruzados habían roto sus tratos con los griegos y los sarracenos.

–¿Y por qué...?

John quería preguntar por qué los mandrágoras se habían sentido obligados a cumplir la promesa dada a un miembro de la raza humana.

–No podemos quedarnos aquí todo el día –le interrumpió ella–. Podrían cambiar de opinión. ¿Dónde está el camino?

Se pusieron en pie y Stephen consiguió hacerlo por su cuenta, negándose a aceptar la ayuda de los otros dos, y se quedó mirando los árboles que les rodeaban y enjaulaban, unos grandes sicómoros y unos robles más grandes aún, que parecían antiguos reyes de un viejo país, reyes celtas, romanos y sajones, los reyes que permanecieron en guardia hasta que llegaron los normandos y el país que se había llamado Britania pasó a llamarse Inglaterra.

–Creo que el camino está por allí –dijo Stephen.

Pero como Stephen se encontraba todavía bajo los efectos de los golpes recibidos en la cabeza, se confundió y en lugar de llegar al camino pronto se encontraron en la Mansión de las Rosas.

Tercera Parte

LADY MARY

Librodot

I

Les vi salir de la espesura: un muchacho fornido al que ayudaban a caminar otro muchacho moreno y más bajo, y una chica con un cabello angelical. Cuando la mañana es soleada suelo salir de casa en cuanto oigo cantar a los gorriones y voy a coger rosas blancas al seto que rodea mis propiedades, o bien visito el molino de viento –que según tengo entendido es el primero que se construyó en el sur de Inglaterra– para ver las grandes ruedas de piedra moliendo el grano con el que luego haré pan. Cuando le vi ya era por la tarde. Había comido (albaricoques, pan y aguamiel) a la sombra de una morera, y les encontré cuando regresaba al seto de rosas. Seguramente debí de hacer algún ruido debido al asombro que sentí, porque ellos se detuvieron y se quedaron mirándome. La chica se puso tensa y susurró algo a los chicos En aquella época no era nada corriente que unos muchachos visitaran casas señoriales desconocidas. Parecían gorriones asustados, aunque no fueran pequeños ni frágiles. La chica y el mayor de los muchachos ya no eran unos niños. Pero su vulnerabilidad era evidente. Acababan de sufrir alguna dura experiencia, y no sabían si yo era un amigo o un enemigo. Tenía que demostrar que no quería hacerles ningún daño actuando del mismo modo que cuando atraigo a los gorriones para que vengan a comer de mi mano.

–Seguid el seto –les dije sonriendo–, y veréis la puerta. Imagino que viniendo del bosque debéis de estar cansados y hambrientos. Puedo daros comida y un sitio para dormir. Llevaba en mis brazos un montón de rosas» No temía las espinas porque me había puesto mis guantes de piel de antílope, y me había abrochado las mangas en la muñeca. Aquel día me había vestido con mi toca y mi falda azul con un brocado de flor de lis con hilo dorado que caía en anchos pliegues desde mi cintura. Y cuando vi a los muchachos que habían improvisado unos calzones con hojas de árbol envidié su libertad para vestir como querían e ir a donde se les antojara. La única libertad que no envidio a los hombres es la de ponerse sus armaduras e ir a la guerra.

El más joven de los muchachos, el moreno, que seguía sosteniendo a su amigo, se dirigió a mí en un francés propio de un caballero:

–No creo que ésta sea la mejor forma de presentarse ante una dama. Venimos del bosque.

Su rostro me confirmó la impresión que me había producido su acento. Se dice que Saladino, el más noble de los enemigos de Inglaterra, también tenía una cara así cuando era un muchacho: la cara de un asceta, de un sabio, de un poeta. Pero ante todo comprendí las necesidades que tenían tanto él como su amigo, el muchacho sajón de fuerte cuerpo, tan robusto como el errante Aengus, el Gran Joven cuyos besos eran tan dulces como el canto de los pájaros. Hasta el calzón parecía una afrenta contra su cuerpo. De todas formas, me necesitaba. Sus labios, aunque dibujaron una forzada sonrisa, estaban tensos de fatiga y hambre, y tenía una gran herida en la frente. Los dos estaban llenos de arañazos.

La muchacha, a pesar de que su blanco vestido estaba sucio y rasgado, parecía uno de esos ángeles esculpidos en marfil que adornan la catedral de Londres: bello, altivo e inexpresivo. «Está cansada», pensé. El agotamiento estropeaba los bellos rasgos de su rostro. Me dije que más adelante tendría tiempo para analizar su corazón.

Me reuní con ellos junto a la entrada del seto; la puerta era tan pequeña y baja que mi hijo, cuando se fue a Londres, saltó por encima de ella.

Abrí mis brazos cargados de rosas para darles la bienvenida, pero ellos se quedaron quietos. El muchacho más joven parecía sentir deseos de acercarse, la muchacha de alejarse y el sajón

Librodot

se mantuvo entre los dos.

–Puedo daros algo más que flores –les dije dejándolas caer al suelo.

–Señora –dijo el normando–, ¿a quién tenemos el honor de dirigirnos?

–Me llaman lady Mary. Esta es la Mansión de las Rosas.

–Pensé que quizás erais otra María –dijo–. ¿Querríais ayudar a mi amigo? Ha sufrido un terrible golpe en la cabeza.

Pero en lugar de ayudar a su amigo tuve que prestar mi apoyo al normando, porque sus piernas cedieron y cayó hacia mis brazos.

–Voy a mancharos el vestido –dijo.

–La tierra es buena y no mancha. No hay sustancia más pura. Es la madre de las rosas.

–Siento que hayáis tirado las flores.

–Tengo más.

Sosteniéndole con mi brazo y seguido por sus amigos, le llevé hacia la casa.

En tiempos había un foso que rodeaba el edificio, pero después de la muerte de mi esposo hice que lo llenaran de tierra y planté en él unas moreras en cuyas ramas cantaban los pajarillos y se alimentaban los gusanos de seda. Los árboles formaban un círculo menor que el del seto de rosas, y ambos servían para que mi casa, sin quedar aislada, fuese como una isla. El edificio no era de las frías piedras grises que tanto gustaban a los grandes señores que vivían en los alrededores, sino de alegres ladrillos. La casa la hizo construir como regalo de bodas mi esposo.

–Quiero que esté hecha de ladrillos –le dije–, que tenga el mismo color que tu cabello.

–Tendrá que ser muy fuerte además –dijo él.

Sin embargo, la gran pared con su puerta de roble, sus hileras de ladrillos antiguos tomados de una villa romana en ruinas, y sus estrechas troneras desde las que los arqueros debían disparar sus flechas, habían perdido su carácter amenazador, como lo pierde una armadura cuando cuelga de una pared. No hay duda de que no hubiese podido resistir un asedio con los hombres que vivían conmigo, pues no eran sino jardineros, porteros, cocineros, criados y mozos, un total de treinta. Y de ellos ni uno solo era un caballero. La fiebre de las cruzadas no había perdonado a ninguno de los que vivieron en la Mansión de las Rosas.

El portero me ayudó a conducir al muchacho diciendo:

–Os cansaréis, señora.

Pero yo dije que no con la cabeza. No hay peso más duro de llevar que la soledad.

Una vez en el interior del recinto, Sarah, la cocinera, que estaba tomando un poco el sol, levantó sus pesados brazos –imagino que con gran esfuerzo– y me dijo:

–¿Qué habéis encontrado, señora?

–¿No lo ves? ¡Niños! Sarah, corre a la cocina y prepara una comida como la que se merecen estos niños o, mejor dicho, estos jóvenes. Prepara faisán y...

–Ya sé, ya sé –dijo Sarah–, olvidáis que también yo tengo hijos, los que os sirven todas las noches. –Sarah tenía tres hijos y dos hijas. Aunque el grupo había llegado al caserío hacía poco tiempo, la cocinera hablaba como si hubiese sido mi nodriza–. Ya sé lo que les gusta a los muchachos. Tanto el venado como el pollo, tanto lo que vuela como lo que trota, ¡y ración doble de todo, a no ser que sea tan grande como un jabalí!

Se nos adelantó escaleras arriba y, tras hacer una leve genuflexión que le costó sudores, abrió la puerta y desapareció bajo el dintel, en el que había una virgen esculpida en madera que acunaba al Niño Jesús.

–Es una casa encantadora –dijo en inglés el muchacho sajón–. Parece la granja de un

monasterio.

–De un monasterio muy rico –acotó el normando, temeroso sin duda de que yo me tomase a mal la frase de su amigo, pues los monasterios más pobres tenían casuchas bastante escuálidas.

–Sólo quería decir –tartamudeó el sajón– que es bonito y pacífico y me gusta la estatua de la Virgen y el Niño, y también...

Stephen se interrumpió esperando que su amigo terminara su frase, cosa que el normando hizo inmediatamente:

–...y su tejado de dos aguas en lugar de almenas, y sus ventanas de verdad en lugar de las feas troneras, ¡y además con cristales en las ventanas! Mira, Stephen, qué precioso es el césped. Y allí hay perejil y tomillo, laurel y mejorana, y nuez moscada y estragón...

–Sé mucho sobre hierbas –les dije yo.

–Yo he leído un herbario.

Una vez dentro de la casa les conduje al baño. Creo que en todo el Weald –y hasta podría decir que en toda Inglaterra– no hay ninguna casa que tenga como la mía una fuente para el baño bajo su techo. La boca de un delfín esculpido en bronce por artesanos de Constantinopla arrojaba un poderoso chorro de agua en una bañera cuyo fondo de mosaico representaba unos peces de colores. En invierno tapábamos la boca del delfín y llenábamos el baño con agua caliente traída de la cocina.

–Vuestra amiga se bañará primero –les dije a los chicos. Ahora hablábamos todos en inglés. Dirigiéndome a ella, le pregunté–: ¿Cómo te llamas...?

Como la muchacha tardaba en contestar, el sajón intervino y dijo:

–Se llama Ruth. Es nuestro ángel de la guarda. Fue ella quien nos rescató.

–¿Os atacó algún animal salvaje?

–No, las mandrágoras.

Al oírle me estremecí.

–Hay muchas en los bosques –dije–. Son unas criaturas muy desgraciadas. Pero a mí no me han hecho nunca daño. Luego me contaréis cómo lograsteis salvaros. Bien, Ruth, ahora puedes bañarte tú sola. Cuando termines haré que te traigan ropa limpia, y perfume de almizcle, y...

Ella me miró con unos ojos velados y fríos:

–Sois muy amable.

En mi interior yo pensaba: «Te doblo la edad, y soy mucho menos bella que tú. Confía en mí, ¡confía en mí!»

Luego me volví hacia los muchachos, que me dijeron sus nombres: John el normando y Stephen el sajón.

–En cuanto termine Ruth podréis bañaros vosotros.

–Gracias, mi señora –dijo John–. Nos encantaría bañarnos, pero...

–Pero lo que queréis sobre todo es comer, ¿verdad? ¿Qué os parece si os preparo pan y queso y una infusión de menta? No, mejor un poco de cerveza...

Aunque cometí un fallo, seguramente porque siempre estaba rodeada de mujeres, supe corregirme inmediatamente, y mi segunda sugerencia fue aceptada con agrado.

–Cerveza –dijeron los dos a la vez–. Pero también haría falta algo para curar la herida que tiene mi hermano en la cabeza –añadió John.

–¿Hermano? –le pregunté sorprendida. Parecía imposible que fueran hermanos un caballero normando y un campesino sajón.

–Nos hemos adoptado el uno al otro. ¿Tendríais algo para su herida de la cabeza?

–No creas –le dijo Stephen–, lo que más me duele ahora es el estómago. ¡Lo tengo vacío!

–Encontraré remedio para las dos cosas –dije.

El salón de mi casa es húmedo y caluroso en verano, y frío en invierno por muchos troncos de pino que queme, y muy grande y viejo. Siempre ha sido el lugar de reunión de los hombres, el escenario de sus gritos, sus jaranas y sus borracheras. Yo siempre he preferido la galería soleada en la que duermo, como hilo, y que también es la habitación donde recibo a mis amigos en las escasas ocasiones en que vienen a visitarme. Allí fue donde dejé a los chicos con el pan, dos quesos enormes y una buena cantidad de cerveza, indicándoles antes de retirarme que después de comer se lavaran y que luego les tendría preparada ropa limpia y seca.

–Llamadme cuando terminéis.

Apenas había tenido tiempo de encontrar un vestido para Ruth cuando oí la voz de John que me decía:

–Ya hemos terminado, señora.

Estaban tan fragantes con el aroma de alcanfor que desprendía la ropa que les había dado, que preferí pasar por alto los restos de suciedad que todavía eran visibles en sus codos y rodillas. El pan, el queso y la cerveza habían desaparecido como si acabara de pasar por allí una banda de duendes de la cocina resentidos porque no habían encontrado su ración cotidiana de migajas en el sitio de siempre. Curé las heridas de mis amigos con una pomada hecha de hinojo y díctamo blanco, y los dos se entregaron sin sentir vergüenza al tacto de mis dedos igual que hubieran hecho de haber sido hijos míos, y mientras les cuidaba me dio la sensación de que por fin mis manos podían dedicarse otra vez a aquello para lo que estaban hechas.

–No escuece nada –dijo Stephen–. Mi padre solía curarme con una mezcla de carne de víbora y carcomas y arañas machacadas, pero no solamente escocía mucho sino que además apestaba.

–Las manos de la señora son como seda. Por eso no escuece –dijo John.

Los muchachos se pusieron unas túnicas que habían pertenecido a mi hijo. John eligió una verde, una capa de color cervato, calzones del mismo color que la capa y zapatos de cuero negro. Stephen se puso una túnica azul con una capa de color rosa pálido y zapatos de plata. Cada vez que añadía una prenda a la anterior daba la sensación de estar añadiendo eslabones a una cadena.

–No me atrevería a ir al bosque vestido así –murmuró el pobre Stephen–. Me tomarían por un faisán y me dispararían una flecha en cuanto me viesen aparecer.

–No es más que para esta noche –le dije–. ¿No te gustaría mostrarte como un galán a los ojos de Ruth?

–Está acostumbrada a verme casi desnudo. Creerá que soy un bufón.

–Señora –dijo Ruth, que acababa de entrar en la habitación.

Llevaba una túnica roja que ceñía en la cintura con un cinturón de piel de conejo e hilo de oro. La falda caía en amplios pliegues y sus pies, en los que se había puesto unas zapatillas verdes, parecían un par de lagartijas asomadas. Se había recogido el cabello con una redecilla verde musgo y sus doradas trenzas centelleaban como luciérnagas enjauladas. (Es curioso: siempre que pensaba en ella se me ocurría compararla con los seres que habitan en los bosques, con las criaturas más salvajes, extrañas e indomables.)

–Señora, los muchachos ya pueden bañarse. Os agradezco que me hayáis enviado esta ropa tan bonita.

–Ya nos hemos lavado –dijo Stephen con indignación–. ¿No ves que vamos muy bien vestidos?

–La señora nos ha curado las heridas con hinojo y díctamo –dijo John–. Ahora ya no nos duelen.

–Y ahora vamos a comer –dijo Stephen.

–Por segunda vez –concluyó John.

Ruth examinó la soleada habitación y por unos instantes pareció que abandonaba su característico hermetismo:

–Qué habitación tan encantadora –dijo extendiendo el brazo y señalando con este ademán todo lo que la rodeaba–. Se diría que está todo hecho de sol y luz.

–No todo –le dije yo señalando hacia el alto techo con las vigas a la vista–. Si me olvido de recordárselo a los hijos de Sarah, siempre se forman muchas telarañas ahí arriba. Y a ellos no les hace ninguna gracia tener que encaramarse con las escaleras hasta ahí para limpiar. Está muy obscuro y temen que salte un duende de entre las sombras.

–Pero todo lo demás está iluminado –dijo Ruth.

La luz de la tarde, que penetraba por las ventanas, iluminaba, efectivamente, toda la habitación: el montón de troncos del hogar, la silla de respaldo alto y almohadones bordados, la gran ventana en forma de arco con cristales rosa traídos de Constantinopla, y la alfombra que tapaba las tablas del piso, una alfombra hecha en Oriente por artesanos sarracenos que habían creado una maravillosa filigrana de rojos, amarillos y blancos que dibujaban formas geométricas y letras persas. Pero las paredes eran totalmente inglesas, y sus paneles de madera de roble pintada de color verde tenían por único adorno unas rosas trazadas en los bordes que hacían juego con la alfombra.

Ruth exploró la habitación y me dio la sensación de que era una muchacha acostumbrada a las cosas bellas. De todos modos, estaba maravillada. Tocó mi rueca con un ademán de Tierno reconocimiento, e hizo una pausa frente a mi cama diciendo:

–¡Es como una tienda de seda!

Luego, viendo una jaula de mimbre en la que había una pareja de pardillos, se volvió hacia mí para preguntarme:

–¿No echan de menos el bosque?

–Están muy contentos. Les doy de comer semillas de girasol y les protejo de los armiños y las comadrejas. Están muy agradecidos y siempre cantan para mí.

–¿No es cierto que cuando están enjaulados los pardillos no cantan igual que en el bosque?

–Sí, su voz se hace más suave.

–Pues a eso me refería. Pierden su carácter salvaje.

–¿No es mejor?

–No lo sé, señora.

Nos sentamos en unos bancos que había junto a una mesa de madera sostenida por unos caballetes. Cuando mi esposo vivía comíamos en el salón y nos servían unos criados de silenciosos pasos a los que les traían la comida lo pinches de la cocina. Pero después de su muerte me acostumbré a comer en la galería. Durante todo el último año me habían servido la comida Shadrach, Mescach y Abednego, los tres hijos naturales de mi cocinera Sarah. Generalmente me gustaba comer sin ceremonia y aprovechaba el momento para charlar con los

tres muchachos, unos trillizos idénticos con una orgullosa mata de cabellos pelirrojos; daba la sensación de que acabaran de sacarles de un horno. Pero, debido a la presencia de mis invitados, preferí aquella noche que Sarah y sus dos hijas naturales, Rahab y Magdalena, preparasen no una cena sino un auténtico banquete, que deberían servirnos los tres pelirrojos. Las hijas pusieron la mesa con un mantel de brocado que representaba unos caballeros sarracenos al galope en su rápidos caballos, y frente a las figuras del mantel, como si se tratara del objeto de su asedio, las muchachas dispusieron un pastel de azúcar, harina y almendras en forma de castillo.

Después de bendecir la mesa aparecieron los hijos de Sarah con aguamaniles y servilletas, y los pasaron entre mis invitados. Stephen levantó una de las jarritas con agua a sus labios y estaba a punto de beber cuando John le dijo:

–¡Eh, que no es sopa! ¡Es para que te laves las manos!

–Ya vendrán las bebidas –le prometí yo.

–¡Me parece que desde que me bautizaron nunca me había sentido tan limpio! –dijo Stephen, riendo y salpicando la mesa con el agua que utilizó para lavarse.

Aunque Ruth y John no habían comido nunca en platos de plata, al menos sabían utilizar perfectamente los cuchillos y las cucharas. Cortaron el faisán y el pato antes de usar los dedos y utilizaron la cuchara para comer el pastel de pescado y manzana silvestre. Stephen en cambio observaba a sus amigos con irónica perplejidad.

–Nunca he usado un cuchillo como no sea para cazar o pescar –suspiró–. Seguro que si lo empleo para comer acabaré cortándome un dedo. ¡Así sabréis si soy una mandrágora!

–No hace falta esperar tanto –dijo John–. Si lo fueras a estas horas alguien te habría partido en pedacitos y se habría hecho rico vendiendo afrodisíacos.

Creo que con estos espeluznantes comentarios John pretendía más que nada distraerme del hecho de que hubiera acabado por abandonar el cuchillo para coger con la mano, arrancándola del resto del animal, un ala de faisán. Pero yo sabía que esto último lo hacía principalmente para evitarle un mal rato a su amigo avergonzándole con sus refinados modales.

La situación era tan graciosa y bonita que reí como no lo había hecho nunca desde la muerte de mi hijo.

–Los cuchillos son siempre molestos, como las cucharas. ¿Para qué son los dedos, sino para comer con ellos? El único peligro es morderse uno mismo.

De modo que adelanté una mano y cogí un muslo de faisán y noté cómo la grasa entraba en contacto con la piel de mis dedos.

–Sostén por este lado –le dije a Stephen, acercándole el muslo–, y tira; nos lo partiremos.

La carne se partió y luego cedió la articulación y quedó el muslo partido en dos. El lado de Stephen conservaba toda su carne y parte de la que correspondía a mi mitad.

–¿Sabes lo que significa esto? Que estás predestinado para el amor.

–El sabe muy bien qué es eso del amor –dijo John–. Lo sabe de memoria.

–Ella no habla de esa clase de amor –dijo Stephen poniéndose muy serio de repente–. Habla de cariño, de ternura, ¿verdad, señora? También sé en qué consiste esa clase de amor –concluyó mirando a John.

–Pues entonces significa que siempre gozarás de ese amor.

–Ya lo sé –dijo él.

John dirigió una sonrisa a Stephen, luego otra a mí, y estaba muy feliz pensando que los tres éramos muy amigos. Pero yo pensaba en Ruth, que seguía cortando silenciosamente la carne en pedacitos pequeños como una lombriz para luego elevarlos hasta sus labios tan

remilgadamente como una monja. Claro que de vez en cuando se olvidaba de su actitud y se chupaba los dedos.

Shadrach, Meschach y Abednego corrían de la galería a la cocina llevándose las fuentes vacías y trayendo otras llenas, pero parecía que el hambre de Stephen y John no fuera a acabarse nunca. Con la discreta pero nada desdeñable ayuda de Ruth, engulleron tres faisanes, dos patos, dos pasteles de pescado y manzana y bebieron una buena cantidad de hidromiel.

–Deja un poco para nosotros –susurró Shadrach a oídos de Stephen–. Ya no queda nada más.

Stephen le miró primero sorprendido, luego arrepentido, y por fin anunció que estaba tan lleno como una garrapata que se ha pegado a la oreja de un sabueso. Shadrach se apresuró a retirar la última de las aves que había servido a la mesa y que todavía no había sido objeto de los ataques de los jóvenes comensales.

Después del festín los tres visitantes me contaron sus aventuras. Los dos que escuchaban animaban al que llevaba en cada momento la voz cantante diciendo:

–Dile lo del río en el que nos bañamos los dos, John.

–Cuéntale la pelea, Stephen.

El que más habló fue John, que tenía mucha más facilidad de palabra. Stephen contaba las cosas con más ademanes que palabras, y muchas veces pedía a John que concluyese por él una frase. Y Ruth no dijo nada hasta que llegó el final del relato. Llegados a este punto se puso a narrar tranquilamente, y sin mirarme a los ojos ni una sola vez, el episodio de su captura y su negociación con las mandrágoras. Mientras hablaba estuve estudiándola. No era tímida sino más bien distante. Desconfiada. Como mínimo, me pareció que desconfiaba de mí. Porque no era simplemente un problema de celos, pues yo no podía ser una rival para la clase de amor que ella parecía querer conseguir de Stephen. No, lo que la turbaba no era mi belleza, sino la sabiduría que según dice la gente viene con los años; en una palabra, temía la madurez de mis percepciones. Y la temía porque había algo que prefería que nadie percibiese.

–Ahora os daré vuestros regalos –dije.

–¿Regalos? –exclamó John.

–Sí, no hay mejor postre para un festín que unos regalos.

–Pero nosotros no podemos regalaros nada a vos.

–Me habéis contado una historia maravillosa de aventuras y peligros. Ningún juglar hubiera podido mantenerme tan interesada. De modo que os haré unos regalos.

Di una palmada y Shadrach, Meschach y Abednego llegaron con mis regalos: unos instrumentos musicales que habían pertenecido a mi hijo. Para Ruth traían un rabel, un antiguo instrumento de tres cuerdas con la caja en forma de pera que se tocaba con un arco y procedía de Oriente; para los chicos, sendos pares de timbales gemelos, que Stephen se colgó a la espalda mientras John los hacía sonar con unos palillos.

Ruth se quedó vacilando con el rabel en sus manos hasta que Stephen se volvió hacia ella y le dijo:

–¡Toca para nosotros, Ruth! ¿Qué esperas, que te den un arpa?

Entonces Ruth se unió a los chicos y los tres se pusieron a desfilar por la habitación. En cabeza iba Stephen. Detrás, John, que tocaba los timbales, y por fin Ruth, que tocaba su instrumento con auténtica destreza olvidando por un momento su aire enigmático y distante. Los tres pelirrojos estaban mirándoles desde el umbral de la puerta, y pronto apareció también Sarah acompañada de sus rollizas hijas. No me sorprendió oír que se ponían a cantar. Lo que sí me asombró fue que, arrastrada por sus voces, hasta yo misma me pusiera a entonar con

Librodot

ellas una tonada popular:

Ya llega el verano
y cantan fuerte los cucos;
crecen las mieses mientras bebo hidromel
y se alegran los bosques bajo el sol.
¡Canta muy inerte, cuco!

Al cabo de una hora los tres músicos, una vez retirado el público a la cocina, estaban otra vez agotados a pesar de lo mucho que habían comido. Ruth se hundió en una silla junto a la chimenea. Los chicos, después de darme calurosamente las gracias por los regalos, se fueron a las sillas que había junto a la ventana. Stephen bostezó y empezó a dar cabezadas. John, frente a él, le dio una patada para avisarle.

–Venid –les dije–, hay una habitación pequeña junto a la cocina, que es la que utilizaba mi hijo. La sala era demasiado grande, y aquí tenía demasiado calor. Os enseñaré vuestra habitación. A Ruth le prepararé una cama aquí, junto a la ventana. Pondré una banqueta entre las dos sillas donde están ahora ellos y con unos almohadones improvisaré una cama. A no ser –añadí bastante a pesar mío– que prefieras compartir conmigo la cama.

–Junto a la ventana estaré muy bien.

Luego, señalando el armario de madera con adornos de hierro forjado, tan afiligranados que recordaban las figuras de un libro iluminado, añadí:

–Está abierto. Coge un camisón mientras acompaño a su cuarto a los chicos.

La habitación de mi hijo era tan pequeña como la capilla de una muralla. Tenía una pequeña ventana cuadrada, pero la cama era grande y bonita, y resultó irresistible para los agotados muchachos.

–¡Es igual que la vuestra! –dijo John.

–Un poco más pequeña, pero muy muelle también.

–En el castillo de mi padre yo dormía en un banco apoyado contra la pared, en una habitación que compartía con otros ocho chicos, los hijos de los caballeros de mi padre. A mí me tocaba el banco de la pared porque mi padre era el dueño del castillo.

–Yo, en cambio, siempre dormía sobre paja –dijo Stephen, tocando el colchón y sentándose y estirándose cuan largo era y soltando al mismo tiempo un agradecido y profundo suspiro–. Es como un campo de amapolas. ¿Por qué es tan blando?

–Está lleno de plumas de ganso.

–Con los que nos hemos comido esta noche se podrá hacer un colchón, ¿verdad?

–Y hasta dos...

Saqué una piel de oso de un pequeño y tosco armario que mi hijo confeccionó con sus manos cuando tenía trece años, y me despedí:

–Voy a cuidar de Ruth.

No soy una persona reticente, pero al ver a los dos chicos –Stephen sonriéndome desde la cama, medio dormido, y John esperando respetuosamente de pie a que yo me fuera pero mirando con envidia a su amigo– tuve que contener mis lágrimas. Estaba a punto de decirles que les dejaba dormir en la cama de mi hijo todo el tiempo que quisieran a cambio de que se quedaran conmigo, pero no me atreví. Lo único que pude decirles fue:

–Dormid todo lo que queráis. Sarah os preparará el desayuno a la hora que sea.

–Sois muy amable –dijo Stephen–. Pero creo que mañana tenemos que madrugar para salir temprano hacia Londres.

–¡Londres! –exclamé–. ¡Pero si todavía no se han curado vuestras heridas!

–No son más que unos arañazos, y ahora los habéis curado vos con vuestra medicina. Si nos quedásemos mañana, quizás ya no querríamos irnos nunca.

–Quizás yo no quiera que os vayáis.

–Tenéis que comprender, señora, que tenemos que ir a luchar por Jerusalén.

–¿Y pensáis triunfar donde tantos caballeros han fracasado? ¿Creéis que venceréis a los que derrotaron a Federico Barbarroja y a Ricardo Corazón de León? ¡Si no sois más que dos muchachos sin una sola arma...!

–No somos muchachos –protestó él–. Soy un joven de quince años, y John es un mozo que está a punto de hacerse un hombre. ¿Verdad, John?

–Seguro que creceré –dijo John sin mucho entusiasmo–. De todos modos, no sé por qué razón tenemos que irnos mañana por la mañana.

–Lo digo por Ruth.

–¿No es Ruth vuestro ángel guardián? –pregunté con una ironía que John no llegó a captar.

–Sí. Ruth ya nos ha salvado la vida una vez.

–¿Es cierto, Stephen? ¿Es cierto? Lo mejor será que ahora os durmáis. Mañana tendremos tiempo para hablar. Quiero contaros la historia de mi hijo.

Me despertó una fría corriente de aire. No era extraño que después de un caluroso día de verano la noche fuera fresca, casi de invierno. Me levanté, encendí una vela y busqué unos cubrecamas para Ruth y para mí. A la luz de una vela, la cara de la muchacha parecía flotar en el océano de su rubia melena; en cierto modo, daba la sensación de que estuviera decapitada, o de que se hubiera ahogado.

Después caí en la cuenta de que los muchachos debían de estar temblando de frío, pues en la ventana de su habitación no había cristal y al despedirme de ellos no me había acordado de bajar las cortinas de su cama. Con mi camisón de hilo y mis zapatillas puntiagudas de satén, que, como todo el calzado que usábamos las damas inglesas, me oprimían cruelmente los dedos de los pies, atravesé el salón y después la cocina, pasé de puntillas entre los jergones situados cerca del horno donde dormían Sarah y sus hijos, y subí unos escalones tan empinados que daba la sensación de estar subiendo una escalera de mano.

Tras apartar una tosca cortina de cuero, me quedé quieta en el umbral de la habitación de mi hijo, mirando a los muchachos. Se habían quedado dormidos sin preocuparse por apagar la lámpara de peltre que colgaba de una barra al pie de la cama. La piel de oso les cubría hasta el mentón, y sus cuerpos se daban calor mutuamente, unidos en el centro de la cama. Me incliné sobre ellos y empecé a colocar la colcha que les había llevado. John, que era el que estaba más cerca de mí, abrió los ojos y me sonrió.

–Madre –dijo.

–Soy Mary –le dije sentándome al borde de la cama.

–Eso es lo que quería decir.

–Siento haberte despertado. –A mí me alegra. Habéis venido a traernos una colcha, ¿verdad?

–Sí. ¿Quieres que despertemos a tu hermano?

Su sonrisa se hizo más ancha. A John le gustaba mucho que yo considerase a Stephen como un hermano suyo, como un hombre de la misma categoría que él.

–No creo que nuestras voces le despierten –dijo John–. Sólo se despertaría si yo me levantase de la cama, porque notaría mi ausencia. Pero cuando duerme nunca oye nada, como no sean los gañidos de uno de sus perros.

Librodot

–¿Es cierto que vais a iros mañana?

–Yo no quiero irme. Y me parece que Stephen tampoco quiere. Es Ruth la que lo desea. Cuando vos y yo estábamos hablando en la galería, ella se lo dijo al oído. Dijo que teníamos que ir a Londres; que era precisamente para esto para lo que había venido y que por eso nos había salvado cuando estábamos a punto de morir a manos de las mandrágoras.

–John, ¿por qué no confía en mí esa muchacha?

–Creo que os tiene miedo. Creo que tiene miedo de que adivinéis algo.

–¿Y qué podría adivinar?

Los ojos de John me miraron con miedo. Luego los dirigió hacia Stephen, que seguía dormido, y cuando volvió su rostro hacia mí dijo:

–Creo que Ruth es una mandrágora. Una mandrágora que se ha colado entre los humanos.

Al oírle decir aquello, retrocedí de miedo. Yo había pensado que quizás fuese una ladrona, una aventurera, una prostituta, o un ser transmisor de la peste; pero no se me había ocurrido ni siquiera imaginar una posibilidad tan terrible como que fuese una mandrágora. Aunque sentía bastante miedo, traté de hablar con calma. No quería juzgarla precipitadamente. Era muy posible que John, un muchacho muy imaginativo, asustado por el bosque y ahora desconcertado al despertarse a medianoche, hubiera hecho esta deducción sin suficientes motivos. Al fin y al cabo no tenía más que doce años. Sin embargo, y a juzgar por su comportamiento durante las escasas horas que había pasado con él, me había parecido singularmente razonable para su edad. No hubiera encontrado extraño que Stephen se hubiese puesto a hablar de mandrágoras si le hubiese despertado mientras soñaba. Pero en John era algo inesperado. Porque no era de los que dicen las cosas sin una razón de peso.

–¿Por qué crees eso, John?

Sus palabras fueron como la cascada de monedas que cae de una bolsa vuelta repentinamente boca abajo: una cascada de palabras rápidas y a veces confusas, pero en general unidas por un hilo lógico que acabó por hacerme compartir sus sospechas. Primero, la sospechosa aparición de Ruth en el sótano del viejo templo romano. Después las vagas respuestas que había dado a las preguntas de John y la insistencia de la muchacha en decir que no recordaba nada anterior a su presencia en aquel insólito lugar. Más adelante sus profundos conocimientos de la vida del bosque y el disgusto que mostró cuando Stephen y John le contaron lo que habían hecho los cazadores a medianoche. Y por fin, el desconcertante éxito que había logrado cuando salvó sus vidas a cambio del crucifijo.

–Y las mandrágoras cumplieron su palabra –dijo John–. Y eso que ellos seguían creyendo que mi hermano y yo habíamos matado a una de sus crías. Me dio la sensación de que nos dejaban ir porque pensaban que de este modo ella podría utilizarnos para algo.

–Sé que es cierto que son cristianos –le dije yo–. En los bosques que rodean mi casa he encontrado varias cruces de piedra de las que suelen tener las mandrágoras. Es posible que se sintieran obligados moralmente a cumplir su palabra Es posible que consideren sagrada la promesa hecha a un salvaje, sobre todo si se trata de un ser humano, y también que sean mucho más fieles a sus creencias que algunos de nuestros cruzados, que han sido capaces de saquear las ciudades de sus aliados. Cabe la posibilidad de que la historia que contó Ruth sobre el trueque del crucifijo por vuestras vidas sea cierta.

–Ya lo sé –dijo John–. Ya lo sé. Me siento culpable por sospechar de ella. Ruth me ha tratado en todo momento con enorme amabilidad. ¡Hasta me trajo unas fresas silvestres en el bosque porque sabía que estaba hambriento!

Y Stephen la adora. De todas formas, creo que tenía el deber de decíroslo, ¿no es verdad?

Es posible que se introdujera en una familia humana cuando era pequeña y que haya crecido en un pueblo. Quizás temió por su vida y por eso fue a refugiarse en el viejo templo en ruinas, que es donde Stephen y yo la encontramos.

Y en ese caso, si no me equivoco...

–...Todos nosotros corremos peligro. Sobre todo tú y Stephen. Los dos habéis estado expuestos a ella. Es necesario que averigüemos la verdad antes de que abandonéis esta casa.

–¿Queréis decir que tendremos que hacerle una herida para saber si lo es o no? Si en realidad es una mandrágora, hace ya tanto tiempo que vive con los hombres que para comprobar cómo tiene la sangre habrá que hacerle un corte muy profundo, un corte que llegue prácticamente hasta el hueso.

–Desde luego que no haremos nada de eso. Ni siquiera le haremos un arañazo. Lo que tenemos que hacer es enfrentarla a esta acusación. Supongamos que es una mandrágora. Si es así, o lo sabe desde el primer momento, desde que os conoció, o se lo han dicho las mandrágoras que os capturaron. Quizás le dijeron con orgullo: «¡Mira lo suave y bella que has conseguido ser viviendo entre los hombres!» Mañana le pediremos que nos dé una prueba de su inocencia. Si es inocente, ella misma nos pedirá que le hagamos la prueba con un cuchillo. Bastará que se ofrezca a ser sometida a prueba para demostrar su inocencia. Por el contrario, si es una mandrágora no querrá someterse, y entonces sabremos que pertenece a esa raza.

–Será algo así como una prueba de ésas que hacen los caballeros en forma de combate –dijo John–. El que vence con la ayuda de Dios demuestra que tenía razón porque Dios condena al culpable a salir derrotado enturbiando su pensamiento con la culpa hasta que comete un fallo. Pero, haciéndolo como vos habéis dicho, no hará falta que haya ningún combate. Dios mismo hará que Ruth revele si es inocente o culpable.

–Y tú y yo seremos sus Instrumentos. Y nada más.

–¿Y si es culpable?

–La enviaremos al bosque para que se reúna con los demás miembros de su familia.

–Si fuera así, Stephen no podría soportarlo. Antes quería a otra muchacha, pero la peste la mató.

–Pero sólo así conseguirá salvar su vida. Se salvará del peligro que supone Ruth, y se salvará también de otro peligro, el de ir a Londres. ¿Crees que insistirá en organizar la cruzada juvenil cuando vea que no ha venido ningún ángel a ayudarle? No, ya verás como se queda aquí contigo y conmigo. Esta casa necesita un par de muchachos como vosotros.

–Pero no me gustaría que le convirtierais en un criado por el hecho de ser hijo de un siervo de la gleba. Sus antepasados eran señores sajones en esta tierra cuando los míos no eran más que piratas.

–También los míos eran piratas entonces. Y piratas muy sanguinarios. No, tú y Stephen seréis mis hijos Tú le adoptaste, y yo haré lo mismo.

–¿Sabéis una cosa? –dijo John–. Cuando nos hablasteis la primera vez junto al seto de los rosales, cuando nosotros salíamos del bosque, dijisteis que habíamos llegado a la Mansión de las Rosas, y yo pensé que no sólo era la casa de las rosas sino también el mundo de las rosas. Quiero decir que nos tratasteis con una amabilidad que hacía muchos años que no había encontrado en nadie.

–¿De verdad, John?

–Sí, es cierto. Esta casa, y vos, sois tan maravillosas como las rosas.

–Y, como las rosas, tengo espinas con las que protejo a quienes amo. Mañana lo comprobará Ruth.

Librodot

Me arrodillé a su lado y rocé su mejilla con mis labios. Me dio la sensación de que no era la primera vez que le besaba, de que le había besado todas las noches durante muchos años, los años que tenía mi hijo cuando partió a Londres.

–Lloráis –dijo.

–Es el humo de la lámpara. Me irrita los ojos.

John se aferró a mi cuello. Ya no era un muchacho sino un niño tan pequeño que hubiera podido alimentarle con mi pecho.

–Me gusta vuestro cabello cuando os lo dejáis suelto –dijo–. Es como un halo.

Y se quedó dormido en mis brazos.

Librodot

II

Me despertó la estridente algarabía de los gorriones. Sus pequeñas formas parpadeaban contra los cristales de la ventana, y por una vez lamenté que los cristales cerraran el paso. Me hubiera gustado verles entrar e invadir la habitación, llenándola con sus escasamente melodiosos chillidos y compartiendo conmigo la seguridad y comodidad de mis cuatro paredes. Aquellos seres diminutos disfrutaban revoloteando ruidosamente bajo el sol, expuestos en su valentía al ataque de las águilas y los halcones, y pensé que cuanto mayor era el desafío de sus gritos, más importante era el peligro de muerte que corrían.

Pero si los gorriones del cielo corrían aquel riesgo sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, había otros gorriones a los que me sentía capaz de proteger.

Me levanté y me vestí sin ayuda porque temía que las voces de las hijas de Sarah, que todos los días venían a mi habitación para peinarme y expresar en alta voz su admiración por mi cabello, los vestidos que me ayudaban a poner y las joyas con que me adornaba, despertarían a Ruth. Y yo no quería que se despertase porque temía el enfrentamiento.

Cuando regresé a mi habitación lo hice pisando fuerte para advertir a Ruth de mi llegada. La muchacha se había puesto el camisón para dormir, había colocado una banqueta para unir las dos sillas de la ventana y, tras colocar sobre esta improvisada cama un montón de almohadones, se había acostado. Ahora fingía dormir, pero aunque tenía los ojos cerrados supe que estaba despierta porque se había olvidado de imitar la respiración lenta y profunda de las personas que duermen. De todos modos, pensé que sería mejor esperar al día siguiente antes de hacer preguntas. De una cosa estaba segura: de que aquella joven no conduciría a los muchachos a una cruzada, precisamente.

Después de vestirme de pies a cabeza y ponerme la toca, los guantes, las medias y las zapatillas, salí al patio y me senté en un banco situado en medio de mis hierbas y allí me dejé arrullar por el suave aroma del espliego, que sin embargo, aun siendo tan delicioso, no logró borrar de mi mente la terrible duda que la embargaba.

El sol se había levantado tanto como un campanario cuando los ruidos procedentes de la galería me dijeron que los tres jóvenes invitados se habían despertado y estaban reunidos. Cuando entré en la habitación vi que Stephen y Ruth estaban criticando a John. Stephen llevaba puestos los calzones y Ruth se había enfundado la túnica verde que a regañadientes se puso para la cena, pero había despreciado las otras prendas que le dejé. Y los dos le decían a John que debía seguir su ejemplo y vestirse adecuadamente para volver al bosque.

–Esta mañana estás más blanco que una oveja –le decía Stephen–. Te hace falta tomar el sol.

John, envuelto en su capa y su túnica, parecía incluso más joven de lo que en realidad era, y sentí compasión por él porque se sentía forzado a ponerse del lado de sus amigos y en contra mía. Cuando vio que yo le dirigía una sonrisa, me la devolvió haciendo al mismo tiempo un ligero movimiento de cabeza con el que me decía: «Habrá que hacerlo ahora.»

–Lady Mary –dijo Stephen con una voz ahogada por la gratitud–, ahora tenemos que dejaros para reemprender nuestro viaje a Londres. Jamás olvidaremos los cuidados que nos habéis prodigado. Habéis sido como una lámpara que nos ayudara a salir de un bosque obscuro. Los timbales y el rabel que nos habéis regalado nos ayudarán a ganarnos unas monedas en el curso de nuestra expedición a Tierra Santa.

Librodot

–Las monedas que os arrojen los caballeros y los frailes –le dije yo–, os las robarán los ladrones. Os costará muchísimo tiempo ganar lo suficiente para pagaros el viaje.

–¡Por eso precisamente tenemos que irnos ahora mismo, porque tenemos que empezar a ganar dinero! Y cuando, a nuestro regreso, pasemos por aquí, os traeremos un escudo sarraceno para que le colguéis sobre la chimenea.

Stephen besó su mano con una ternura tosca e impulsiva. Todavía estaba rodeado de un aura de alcanfor. Su cabello rubio, que se había peinado hacia un lado, parecía una mata de junquillos que emergía sobre sus ojos de un azul más azul que un cielo despejado. Al verle pensé que la labor del peine no tardaría mucho en malograrse: pronto el gran bosque marchitaría los pétalos y la rubia espesura se vería mancillada por telarañas y quizás hasta por gotas de sangre.

–Creo que tienes derecho a saber quién te acompaña –le dije.

Los ojos de Stephen se abrieron interrogativamente. Su inocencia estuvo a punto de dar al traste con mi determinación.

–¿John? ¡Pero si es mi mejor amigo! Si os referís a su corta edad, no dudaríais de él de haberle visto luchar contra las mandrágoras.

–Hablo de Ruth.

–Ruth es un ángel –dijo con la misma fuerza que si hubiese dicho: «Creo en Dios.»

–Es cierto que a ti te gustaría que fuese un ángel, pero ¿lo es? Pregúntaselo, Stephen.

Stephen se volvió a Ruth para que ella lo confirmase:

–¿Verdad que nos dijiste que venías del cielo?

–Te dije que no me acordaba –dijo Ruth con la mirada fija en la alfombra persa, como si estuviera contando los polígonos o tratando de leer los crípticos caracteres tejidos en los bordes.

–Pero dijiste que recordabas haber caído de muy lejos.

–Se puede caer de sitios que no sean del cielo.

Por fin intervino John:

–Pero de algunas cosas te acordaste luego, ¿verdad? –le dijo con una voz hueca, como si estuviese hablando desde el fondo del sótano del templo romano–. Recordaste cosas del bosque, cómo encontrar fresas silvestres y cómo hacer un cestito con juncos y cómo huir de las mandrágoras.

–Ruth –le dije yo–, diles quién eres. Dímelo a mí. Todos queremos saberlo.

Ella se puso a temblar y repitió una y otra vez:

–No lo sé, no lo sé.

Yo estaba dispuesta a apiadarme de ella en cuanto dijera la verdad. Me dirigí a la despensa con pasos lentos y deliberados. A pesar de mis zapatillas de seda, cada vez que apoyaba un pie en el suelo era como si pisara un acaro que amenazase mis rosales. Abrí las puertas, me arrodillé y extendí la mano hacia el estante más bajo para coger de allí un puñal sarraceno con una empuñadura de marfil con incrustaciones de zafiro en forma de gacela. La hoja damascena estaba muy afilada: era de acero e hilos de plata.

También mi voz sonó acerada cuando dije a continuación:

–No voy a dejarte salir de mi casa sin saber antes quién eres. Te he aceptado como invitada y como amiga. Ahora tengo motivos para creer que eres peligrosa. Peligrosa para los muchachos, ya que no para mí.

–¿Serías capaz de hacerme daño, lady Mary? –dijo Ruth apartándose de la luz que entraba por la ventana y quedándose junto a las sombras que había al lado de la chimenea. En mi

Librodot

interior temía que se convirtiera de repente en una araña y corriese a buscar refugio entre las sombrías vigas del techo.

–Voy a pedirte que pases una prueba.

–¿Creéis que soy una mandrágora? –dijo ella.

–Creo que debes demostrarnos que no eres una mandrágora –le dije caminando lentamente hacia ella con el puñal–. Mi esposo mató al sarraceno que era dueño de este puñal arrebatándoselo de las manos y clavándoselo luego en el corazón. Su punta ya sabe lo que es la sangre. Ahora hará lo que tenga que hacer.

–¡Lady Mary! –dijo Stephen interponiéndose entre las dos con tanta fuerza que su empuje le llevó casi a clavarse la punta del puñal en el pecho–. ¿Qué decís, lady Mary?

–Pregúntaselo a ella –exclamé–. ¡Pregúntaselo a ella! ¿Por qué le tiene miedo al cuchillo? Porque demostrará que es culpable.

Stephen me golpeó la mano y el puñal cayó al suelo. Después me sujetó firmemente por los hombros y dijo:

–¡Bruja! ¡Has blasfemado contra un ángel!

La ira me había abandonado y ahora sentía indignación y duda.

John salió de su estupor y golpeó a su amigo desesperadamente.

–¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Deja que se vaya!

Stephen le lanzó una patada que salió tan rápidamente como una flecha disparada por una ballesta. Por un momento olvidé el puñal y olvidé a Ruth, a quien hasta entonces estaba vigilando porque no podía ver otra cosa que al pobre John, caído junto a la puerta de la despensa y gimiendo dolorido y triste. Logré soltarme de los dedos de Stephen, me arrodillé junto a John y le tomé en mis brazos.

–No me pasa nada –dijo–. Pero Ruth..., el puñal...

Vi el destello que produjo la hoja que sostenía Ruth. Stephen se puso en pie de un salto; ahora era como un oso atado con una cadena, un oso al que unos dan de comer y otros molestan. ¿Cómo distinguir los enemigos de los amigos? Lanzó una mirada alocada primero al muchacho al que acababa de hacer daño y luego a la chica a quien había defendido. Ruth caminó hacia mí con pasos silenciosos y unos ojos fríos como el hielo. Casi parecía estar muerta.

El puñal soltó un destello entre Ruth y yo. Levanté mis manos para defenderme a mí y también a John. Pero ella descargó el tremendo golpe de la hoja contra su propia mano. Pude oír realmente el ruido que hacía su carne al abrirse porque la hoja penetró tan profundamente que alcanzó casi el hueso. Luego la muchacha sacó el puñal sin proferir ni un solo grito, con un movimiento rápido y seco, como un pescador al quitarle el anzuelo al pez que acaba de picar, y abrió los dedos para mostrar su herida. La carne se abrió revelando un hueso blanco y una sangre rojísima y nada resinosa que inmediatamente llenó el hueco. A continuación me dirigió una sonrisa triunfal aunque en absoluto maliciosa, como correspondía a una muchacha que había conseguido derrotar a una acusadora que le doblaba la edad.

–¿Creíais que pensaba haceros daño? –dijo en un tono casi juguetón. Después, al ver que su sangre empezaba a caer sobre la alfombra, hizo una mueca de dolor y dejó caer el puñal.

Stephen la acompañó hasta la silla que estaba junto al hogar, y le apretó la mano para cortar la hemorragia.

–Sois una mujer malvada –dijo mirándome con furia–. Vuestra belleza es una mentira que esconde un corazón viejo.

–Tus dos amigos están padeciendo. No es momento para maldiciones –le dije.

Miró a John, que seguía en mis brazos, y pareció por un momento que iba a dejar a su amiga para acercarse a cuidarle.

–No –le dije–. Quédate con Ruth. Con mi ayuda John se levantó y luego se dirigió a una de las sillas de la ventana. Sus pálidas mejillas se colorearon con la luz teñida por los cristales.

–No le pasa nada grave. Ruth es la que más ayuda necesita. Déjame cuidarla, Stephen.

–No dejaré que la toquéis.

Pero entonces intervino Ruth:

–Me duele muchísimo. ¿Podríais aliviar el dolor, lady Mary?

Traté la herida con una tintura de opio y polvo de pétalos de rosa y después se la vendé. John se levantó y se quedó detrás de mí, tratando con su silencio de vigilar y al mismo tiempo pedir perdón. Stephen, un muchacho activo al que se le había impedido actuar, dijo tartamudeando a sus dos amigos:

–Perdonadme. Los dos. Si no llega a ser por mi idea de ir a las cruzadas, nada de todo esto hubiese ocurrido.

El rostro de Ruth se había quedado tan blanco como las plumas de un cisne, pero su sonrisa era luminosa:

–Sin embargo, Stephen, lady Mary tenía razón hasta cierto punto. No soy un ángel como pensabas. Lo soy incluso mucho menos que tú, porque eres un soñador, mientras que yo soy una mentirosa. Tal como lady Mary supuso, os he mentido desde el primer momento. Por eso recelaba de ella, porque notaba que no podía confiar en mí. Mi nombre no es Ruth sino Madeleine. No vengo del cielo sino del castillo del Jabalí, que está a tres millas de tus perreras. Mi padre era de cuna noble, hermano del Jabalí. Pero detestaba la vida que llevaba aquel gran señor, sus cacerías, sus festines y sus justas, pero sobre todo las Cruzadas emprendidas sin la bendición del Señor. Un día abandonó el castillo de su hermano para ir a vivir como un sabio a la ciudad de Chichester, donde se alojó en una buhardilla que había sobre la tienda de un carnicero. Allí se ganó el pan copiando manuscritos y leyendo las estrellas. Fue él quien me enseñó muchas lenguas: el inglés, el francés de los normandos y el latín, y también, como si yo fuese un chico, todo lo que hay que saber del bosque, de las estrellas y del mar. También me enseñó a tocar el rabel y a saludar como lo hacen las damas, y a usar la cuchara. «Algún día –me dijo– te casarás con un caballero, que espero sea bueno. Confío en que, si tan extraño ejemplar existe, sepas hablar con él sobre las cosas que les interesan a los hombres, y también encantarle con los modales propios de las mujeres. Porque así evitarás que se vaya a las cruzadas, como hacen los esposos de las mujeres ignorantes.» Me enseñó muchísimas cosas, y se quedó tan pobre como un gales. Cuando el año pasado murió de la peste, no me dejó libras sino peniques, y ningún pariente aparte de mi tío el Jabalí, que como despreciaba a mi padre sólo consintió en dejarme entrar en su castillo porque un fraile que me conocía me llevó allí.

«Pero el Jabalí había enviudado recientemente, y era muy mujeriego. Llevaba poco tiempo en su castillo cuando empecé a notar que yo le gustaba. Supongo que me había hecho..., no sé cómo decirlo, más madura, más mujer. Me llevó con él a cazar con sus halcones y alabó mis conocimientos de la vida del bosque. Me senté a su lado en los banquetes, bebí de su cerveza, reí sus anécdotas procaces, y casi olvidé el latín que sabía. Pero una noche, después de una fiesta, me siguió hasta la capilla y pronunció a mi oído unas palabras que no puedo repetir aquí. ¡Y era mi propio tío! Le golpeé con un crucifijo del altar y salí del castillo sin que nadie me detuviera. ¡Nadie sabía que el señor no estaba precisamente rezando! Pero no tenía, ni idea de adonde ir. Pensé dirigirme a Chichester, donde quizás el fraile que era amigo de mi padre

Librodot

me daría cobijo.

»Pero cuando pasaba cerca del castillo de tu padre, John, oí un jinete a mi espalda. Me escondí tras una mata de aulaga y de repente noté que caía rodando por unos escalones. Como ves, es cierto que caí de arriba, aunque no fuera exactamente del cielo. Estaba dolorida, agotada y asustada, y me quedé dormida. Sólo desperté cuando oí la voz de Stephen, que afirmaba que yo era un ángel y que pensaba dirigirse a Londres para ir luego a Tierra Santa. Inmediatamente se me ocurrió que Londres era un lugar mejor incluso que Chichester para refugiarme de mi tío. Stephen, si te dejé creer que yo era un ángel fue porque estaba cansada de los hombres y su lujuria. Cuando estaba en el castillo de mi tío había oído hablar de ti y de tus aventuras con las mozas. Pero al conocerte me gustaste mucho. Porque no eras como decía la gente sino amable y confiado. Pero entonces ya era demasiado tarde para admitir mi mentira, porque no quería que dejases de respetarme.

»El crucifijo que encontrasteis en mis manos había pertenecido a mi tío. El estaba en deuda conmigo, creo yo. Y como le había oído decir que aquel crucifijo era muy caro, me lo llevé con la esperanza de venderlo y comprar una tienda de costurera y luego casarme con uno de los caballeros que me traerían su ropa a remendar. Cuando se lo cambié a las mandrágoras por vuestra vida, me resultó muy útil. Todo ocurrió tal como os lo conté. Ellos cumplieron su palabra porque tienen verdadera fe. Ya veis que ellos fueron mucho más honestos que yo.

Stephen permanecía muy quieto. Le había visto esforzarse por encontrar la palabra adecuada, pero hasta ese momento siempre que le ocurría esto sus manos y sus gestos expresaban sus pensamientos. Ahora, en cambio, no movía ni un músculo. Pensé aliviar la tensión del silencio diciendo algo, pero Ruth estaba mirando a Stephen y comprendí que era él quien debía hablar.

–Ahora ya no soy para ti más que otra moza –dijo ella con una enorme malicia–. Hubiera debido decirte la verdad. Haz las cosas a tu modo.

Stephen estuvo pensando durante largo rato antes de hablar, pero las palabras que pronunció no eran acusatorias:

–Creo que parte de mí sabía que no eras un ángel, sobré todo cuando pasó la primera impresión. No soy lo bastante bueno como para que el cielo me envíe un ángel guardián. Además, me encendías tanto como una chica de carne y hueso. Pero necesitaba un motivo que me permitiera huir del castillo. Necesitaba una excusa, una esperanza. Ya ves, de hecho me faltaba valor. No es nada fácil para un siervo escapar de su señor. Si el padre de John me cogiera, podría matarme, o cortarme las manos y los pies. Por eso tuve que mentirme a mí mismo y decirme que había bajado un ángel del cielo para guiarme. Los dos fuimos poco honestos, tanto tú, Ruth, digo Madeleine, como yo. –Llámame Ruth. Es el nombre que vosotros me disteis.

–Ruth, todavía podemos ir a Londres. Ahora ya no necesitamos mentirnos.

Stephen recuperó su capacidad de expresarse a través de sus ademanes. Cogió los hombros de la muchacha con la deferencia que se tiene para un hermano. Después añadió:

–Lady Mary, creo que, a pesar de todo, fue una crueldad intentar descubrir la verdad de este modo.

–Te equivocas, Stephen –dijo John–. Ella no tenía la intención de tocarle ni un pelo. Sólo quería probarla. Y además, si sospechó fue por lo que yo le dije.

–John, John –dijo Ruth, acercándose a él y tocándole el brazo con la mano vendada–, ya sé que no te gustaba. Desde el primer momento comprendiste que había algo raro en lo que yo contaba. Creías que quería alejarte de tu amigo, que pretendía quedarme con tu amigo. Y

Librodot

tenías razón, es la verdad. ¡Es un muchacho tan extraordinario que no lo daría ni aunque me regalasen a cambio la amistad de Robin, suponiendo que resucitase para ser otra vez el rey de los bosques! Pero siempre te he querido también a ti. Tú eras el hermano que él mismo había elegido. ¿Cómo iba a poder quererle a él sin quererte a ti también? Lo que quería decirte era: «No tengas miedo de perder a Stephen por mi culpa. A ti te amó primero y si me llevo un pedazo de su corazón jamás será el pedazo que te ha entregado a ti. ¿No comprendes, John, que el corazón es como las catacumbas de los primeros cristianos? Siempre se puede abrir una nueva recámara sin necesidad de cerrar la primera. El corazón de Stephen es lo bastante grande para albergarnos a los dos.» Pero me callé porque, de haber hablado así, hubierais visto que no era un ángel, sino una muchacha.

–¿Querrás venir con nosotros, John? –dijo Stephen en tono dubitativo–. No quería hacerte daño. Fue como la vez que pisaste a mi perro. Perdóname como me perdonaste entonces.

–No hay razón para que ninguno de los tres tenga que irse de aquí –les dije.

–No hay razón para que nos quedemos.

–¿Irás a la cruzada sin un ángel?

–Primero seguiremos el camino a pie hasta Londres. Una vez allí, ¿quién sabe qué puede ocurrir? Llegaremos quizás hasta Venecia. Bagdad, Catay... A lo mejor lo que yo quería en realidad no era ir a Jerusalén, sino huir –dijo abrazando a John–. ¿Querrás venir, hermano?

–No –dijo John–. No, Stephen. Lady Mary me necesita.

–También te necesita Stephen –dijo Ruth.

–Stephen es fuerte. Nunca le he servido de nada. No he sido más que alguien a quien él tenía que proteger.

–Algún día comprenderás que el mejor favor que se le puede hacer a una persona es necesitarla.

–Yo os necesito a todos vosotros –dije–. Quedaos aquí. Ayudadme y dejadme que os ayude. Londres mató a mi hijo. Dios no ama esa ciudad.

Pero Stephen negó con la cabeza:

–Ruth y yo no tenemos más remedio que irnos. El Jabalí podría encontrarla y sería horrible. No sólo le hirió en la cabeza sino también en su orgullo, y le robó el crucifijo.

–Yo me quedaré –dijo John.

Preparé provisiones de pan, cerveza y tocino salado; les di el puñal sarraceno para que pudieran defenderse de los ladrones o venderlo en Londres, y coloqué sobre sus espaldas los timbales y el rabel.

–Tendrás que ganarte la vida en Londres –le dije a Stephen cuando éste trataba de dejarle los instrumentos a John.

Acompañé a Stephen y a Ruth hasta el seto y luego les di instrucciones para que encontrasen pronto el camino de Londres: Caminar una milla en dirección este..., buscar un castaño con un agujero en forma de puerta en el tronco...

Pero Stephen no me hacía mucho caso y buscaba con la mirada a John.

–Se ha quedado en la galería –le dije–. Te quiere demasiado como para soportar la despedida.

–¿Demasiado? Quizás demasiado poco. ¿Por qué si no ha preferido quedarse aquí?

–El mundo no es un lugar agradable, Stephen. Es incluso más desagradable que el bosque con sus peligros, y ni siquiera tiene oasis como la Mansión de las Rosas.

¿Cómo hubiera podido hacerle entender que Dios me había dado a John a cambio del hijo

que había perdido?

–Yo le hubiera hecho de isla –dijo Stephen. Su fuerte cuerpo se estremecía de pies a cabeza con sus sollozos.

–No importa –dijo Ruth–. No importa Volveremos a buscarle, Stephen –y luego, dirigiéndose a mí añadió–: Lary Mary, os damos las gracias por vuestra hospitalidad.

Y me hizo una reverencia y me besó la mano con una increíble ternura.

–Ojalá encontréis un auténtico ángel que os cuide –le dije.

Y, a pesar de sus heridas y del peso que llevaban encima, se pusieron en marcha hacia el bosque caminando erectos y orgullosos como vikingos. Stephen dejó de llorar y ni siquiera volvió la vista atrás. Le esperaba Londres, Bagdad, ¡Catay!

Fue entonces cuando, en medio del denso follaje, vi un rostro, una blanca luna asomando entre las sombras de una espesa mata de hiedra.

–¡Ruth, Stephen! –les grité en seguida–. ¡Alguien os acecha!

Pero aquella cara no espiaba a los muchachos. Me estaba mirando a mí. La había visto varias veces en el bosque. Tenía algo –su curiosidad, o mejor su terrible aspecto– que la distinguía de su gris y anónima tribu. Es posible que fuera ella quien dejaba las cruces en diversos puntos de mis propiedades, como encantamientos destinados a alejar al diablo. Nunca me había amenazado. En una ocasión la vi y me puse a correr, pero cuando me volví para comprobar si me perseguía se había esfumado entre los árboles como un fantasma de niebla que emigra justo antes de que lo ataquen los rayos del sol. Me quedé mirándola,, Y sentí vergüenza y compasión.

Caminé hacia donde se encontraba, impulsada por una necesidad más intensa que mi miedo.

–No te haré daño –dije. Estaba muerta de pánico y temía que sus amigos salieran de detrás de los árboles y me rodearan antes de que pudiera pedir socorro–. No quiero hacerte daño –repetí–. Sólo quiero que hablemos.

Mi sentido del olfato quedó anulado por el fétido olor vegetal que desprendía. Siempre me había parecido que la rosa y la mandrágora son los extremos antitéticos del bosque: la gracia y la muerte. Sin embargo, ahora que la miraba fijamente por primera vez, me pareció que era como un árbol retorcido y maltratado por las inclemencias del tiempo, un objeto natural al que no era posible aplicar los conceptos humanos de la belleza o la fealdad.

Rebuscando palabras arcaicas entre mis recuerdos de libros antiguos, me dirigí a ella en un tono lo más dulce posible:

–Dime, ¿por qué vigilas mi casa? ¿Crees que esconde tesoros? ¿Te gustan sus ventanas y sus paredes de ladrillos?

Ella me comprendió.

–No son tesoros lo que busco.

–Entonces, ¿las rosas quizás? Puedes coger las que quieras.

–No. La criatura.

–¿La criatura? ¿En mi casa?

Ella se arrodilló, tomó mi mano y oprimió sus labios peludos contra mis nudillos.

–Tú –dijo.

Me llevé las manos a los oídos como si me hubiese alcanzado el grito de agonía de una mandrágora en plena noche. Era yo quien había gritado. Y salí de allí corriendo...corriendo....

Tenía los ojos cerrados. Estaba apoyado contra un almohadón con unos bordados que

representaban niños jugando a la gallina ciega. Cuando me oyó entrar en la habitación se levantó.

–¿Ya se han ido? –preguntó John.

–¿Qué? ¿Qué has dicho, John?

–Preguntaba si Stephen y Ruth se han ido ya.

–Sí.

John se me acercó y dijo:

–Estáis pálida, lady Mary. No debe entristeceros que me haya quedado. Lo he hecho porque quería.

–Creo que tendrías que irte con tus amigos –le dije con tristeza–. Me han pedido que te mandara tras su pista.

John parpadeó. Parecía que sus pestañas le pesaran más que de ordinario.

–No, yo quiero quedarme con vos para protegeros. Para ser vuestro hijo. Vos misma dijisteis...

–En realidad quería que se quedase Stephen. Tú no eres más que un niño. Stephen ya se ha convertido en un joven. Le hubiera enseñado a ser un caballero. ¿Para qué quiero a un escuálido chiquillo de doce años ahora que él se ha ido?

–Pero yo no pido que se me ame como lo hace Stephen...

Le cogí entre mis manos y su frágil cuerpo se conmovió azuzado por mis burlas.

–Vete con él –exclamé–. Vete ahora mismo, John. Si esperas no le encontrarás.

La palidez abandonó su rostro del mismo modo que el dolor abandona el cuerpo cuando se toma opio.

–Lady Mary –susurró–, creo que os comprendo. Vos me amáis tanto que preferís que me vaya. Tanto que....

Dejé caer mis manos. No quería tocarle ni besarle. Y sólo añadí: –Tanto..., tanto.»

Después de cruzar el seto, se volvió y se despidió con la mano, muy sonriente. Luego corrió en pos de sus amigos. Antes de que llegara al bosque, apareció fulgurante el rostro de Stephen:

–Te estaba esperando –exclamó–. ¡Sabía que vendrías!

Los muchachos se abrazaron produciendo una espiral de colores, cuerpos inquietos y sonoros timbales: ¡era como si acabase de llegar la feria! Después, cogidos los tres del brazo, penetraron en el bosque.

Ya llega el verano
y cantan fuerte los cucos...

También yo entré en el bosque. Pasé largo tiempo arrodillada ante una de las cruces de piedra colocadas por las mandrágoras y dispuesta como un baluarte entre dos enormes robles como defensa contra el diablo, los grifos, los lobos y los hombres que pudiesen amenazar mi casa. Mis rodillas se hundieron en el musgo hasta tocar la dura tierra; ninguna oración acudía a mis labios. Y esperé.

No me volví cuando el fuerte olor vegetal de la mandrágora se me acercó por la espalda.

–¿Quieres vivir conmigo en mi casa? –le dije.

La mandrágora soltó un grito humano, un grito de angustia, pero también de éxtasis, casi como si yo acabara de decirle: «¿Quieres ver el Santo Grial?»

–¿Para ser tu sierva?

–Para ayudarme. Para que tú y tus amigos me ayudéis. Para compartir mi casa conmigo.

Cedí a los tímidos dedos que me acariciaban el pelo y deshacían mis trenzas, con unos movimientos tan cuidadosos como los de quien está abriendo un brocado para admirar sus hilos y la delicadeza de sus figuras.

–Bella criatura –me dijo–. Bella como la Virgen.

Me recordaba a John cuando me dijo: «Me gusta vuestro cabello cuando os lo dejáis suelto. Es como un halo...» Las rosas y yo tenemos algo en común, a ambas se nos ha juzgado demasiado favorablemente por la suavidad de nuestros pétalos.

–Ahora tengo que irme. Los que viven en casa no te recibirían bien. Tendré que pedirles que se vayan, tanto por ti como por ellos mismos. Mañana vendré a buscarte aquí y te conduciré a casa conmigo.

La tierra, madre de las rosas, tiene muchos hijos.